

TUS ÓRDENES Y MIS GANAS



ATHENA PAULSEN

Tus órdenes y mis ganas

ATHENA PAULSEN

© 2024 by ATHENA PAULSEN

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Advertencia, esta es una novela de ficción, cualquier parecido con la realidad es una mera coincidencia.

Capítulo 1

Naomi

Subo al ascensor con la cara pegada al móvil. Solo tengo un minutito antes de la reunión, pero una adorable niña de cinco años llamada Banny me ha escrito pidiéndome opinión sobre su disfraz para el cumpleaños de su mejor amiga, así que primero...

Baby-Banny

Baby-Banny

Esta

(Foto)

O esta

(Foto)

??¿¿¿¿??¿¿?

Naomi

Vaya sirenita más guapa.

La segunda, la de la cola rosa me encanta

Baby-Banny



Acabo de llegar a Indiana, pero ellos siguen en Michigan en la playa. Por suerte me han dicho que vendrán a verme pronto. *No puedo esperar.*

De repente, el ascensor en el que estoy subida da una sacudida poco amistosa.

Mi cerebro tranquiliza a mi corazón asegurándole que no ha sido nada mientras el sudor

frío me corre por la espalda. Antes de que acabe mi *TED Talk* motivadora, el ascensor se detiene por completo, se apagan las luces y se encienden las de emergencias. *No, no, no, no, no, ¡¡por favor, no!!*

El único presente a parte de mí, a quien pertenece la espalda ancha y los brazos fuertes bañados por la luz anaranjada de emergencia, decide apretar algunos botones para arreglar el fallo. *No funciona. ¡Claro que no funciona!* Empiezo a hiperventilar, a sentir que las paredes se acercan más y más a mi cuerpo.

—Ay, dios mío —gimo mientras se me cierra la garganta—. Si esto se cae nos mataremos, ¡y será tan horrible que nuestros seres queridos ni siquiera podrán identificarnos cuando la policía les pida hacer el reconocimiento!

En cuanto lo suelto, el desconocido se da media vuelta y mi cerebro se desconecta varios segundos.

Vestido con una camiseta de North Star, el tío que tengo delante me arranca el aire de los pulmones sin piedad, ni remordimiento. No soy de la clase de mujer que se queda pasmada con facilidad. (De hecho, *nunca* me pasa). Así que no entiendo cómo ha cautivado a todas mis neuronas a la vez, dejándolas tontas.

Tampoco entiendo por qué me fijo en la forma en que su pelo marrón oscuro despeinado tiene la osadía de caer seductoramente sobre su frente. O en el hecho de que su mandíbula podría cortar cristal. *Si nos ponemos honestas, me provoca un cosquilleo en la parte baja del estómago un tanto agresivo.* El hombre que tengo delante es del tipo de persona que, sin duda, desconoce los problemas de no alcanzar los estantes más altos en el supermercado porque... ¡¡es altísimo!! Con esos brazos, fijo que incluso puede levantar dichos estantes. *Y a mí.*

Ah, a todo esto, da la casualidad de que encima se trata de Adler Jenkins, el jugador de hockey cuya carrera voy a mejorar este verano. *Iba, porque ahora lo que voy a hacer es morir espachurrada contra el suelo.*

—¿Naomi? ¿Naomi Nasher? —Sus labios gruesos quedan separados unos largos segundos mientras recorre mi cara y la analiza.

—La misma.

Me ofrece la mano, porque está claro que no se da cuenta de la gravedad del asunto, y yo le doy un apretón porque necesito aferrarme a algo.

—Encantado de... *joder*, estás temblando —lo dice como si fuera espantoso, algo de lo que preocuparse.

—Sí, es que no me hace especial ilusión morir a los veintisiete —contesto dejando hablar a mis miedos.

Espero que se ría de mí como tantos otros han hecho al conocer mi miedo a quedarme encerrada en lugares pequeños, pero su rostro se endurece y su agarre se aprieta.

—No vas a morir, Naomi —sentencia como si tuviera el libro de la vida abierto por la página que nos toca—. El ascensor no se va a caer, solo está parado.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso predices el futuro?

—No, pero ya me ha pasado muchas veces. ¿Puedes regalarme una respiración profunda? Venga, regálamela.

Lo dice como si de verdad fuera un regalo para él, algo que pedir a Santa Claus y eso. *Lo cual demuestra que está l-o-c-o. Genial, estoy encerrada con un l-o-c-o.*

—Muy bien, vamos, dame otra —se la doy y entonces tira de mí hacia el suelo.

Nos sentamos y su cuerpo sigue siendo enorme incluso entonces. Una parte de mí creía que sentado se disimularía más.

Qué idiota soy.

Respirar se vuelve difícil y la única explicación posible es que debo tener un elefante invisible sentado sobre el pecho.

—¿De verdad te has quedado encerrado muchas veces?

—Sí, cantidad. La última vez mi amigo Ace y yo nos pusimos a jugar al tres en raya en el suelo y luego nos echaron la bronca por joder el material comunitario. ¿Pero qué íbamos a hacer? ¿Aburrirnos como ostras?

—¿Estás intentando distraerme?

—En absoluto, pero podríamos utilizar este tiempo para conocernos. Al fin y al cabo, a eso íbamos, ¿no?

Sí, teníamos la primera toma de contacto programada para... ahora mismo. La cosa es que no esperaba tener nuestra primera charla formal sentada en el suelo de un lugar oscuro mientras me coge de la mano. *Casi parece el principio de una peli porno.*

—¿Qué...? ¿Qué tal tienes la mano? —pregunto porque sé que se la hirió en el mismo partido en el que Zayne Swanson perdió el conocimiento.

—Como nueva —me da un apretón porque por lo visto, es la que sujeto.

El ascensor se mueve y se me escapa un chillido.

—Dios, dios, dios, dios.

—Tranquila, Naomi —dice en voz baja e íntima, como una caricia, pero me va el pulso a mil y las lágrimas me arden en los ojos.

Qué terrible primera (y última) impresión. Me siento rota, insuficiente, débil, pero no puedo controlar el miedo. Es demasiado fuerte. Una sombra demasiado grande.

—No sé por qué narices no he subido andando —me recrimino sorbiendo.

—Para hacerme compañía, solo no puedo jugar al tres en raya —veo su sonrisa a pesar de la escasa iluminación y sus hoyuelos.

Encima tiene hoyuelos. ¡Será posible! Es tan atractivo que durante un segundo mis ganas de ceder al berrinche quedan en pausa. Pero el segundo pasa.

—Cuéntame algo de ti que no sepa —pide mientras me acaricia el dorso de la mano con el pulgar en un mantra tranquilizador y dulce.

—¿Acaso sabes *algo* de mí?

—Conocía los nombres de todos los jugadores a los que has entrenado mucho antes de que Zayne me diera la buena noticia de que había sido *el elegido* —se lleva la mano libre al pecho—, lo cual es un gran honor para mí. Pero reconozco que después de ese día, he estado investigándote.

—¿Y qué has descubierto?

—Que eres dura y gritas bastante, pero también que eres legal y tus enseñanzas dan *muy* buenos resultados. No puedo esperar a trabajar contigo.

Que siga hablando del futuro como si fuéramos a tener uno es molesto, irritante y esperanzador. Me doy cuenta de que estoy haciendo respiraciones cortas e inservibles cuando me falta el aire y empiezo a ver lucécitas tras mis párpados. Como cuando tienes un orgasmo, pero sin el placer descomunal machacándote las células.

—No te asustes, Adler, pero creo que voy a desmayarme.

—No, no lo vas a hacer —suelta, como si él tuviera algo que ver con las funciones o disfunciones de mi cuerpo. De repente me coge de mejilla y me inclina la cara, sin soltarme la otra mano—. Naomi este ascensor no va a caerse.

—Entonces nos quedaremos sin oxígeno.

—No, eso tampoco va a pasar porque esta universidad está llena de gente y ya he apretado el botón de alarma. Alguien vendrá a ayudarnos de un momento a otro.

—Es verano, la universidad no está llena de gente.

—De alumnos tal vez no, pero de personal de mantenimiento te aseguro que sí.

—¿Tienes respuesta para todo?

—Sí —sentencia.

—Pues no deberías, afirmar con tanta rotundidad cosas de las que no estás seguro te quita credibilidad.

—Mi padre trabaja aquí, ¿vale? *Estoy seguro* de lo que digo porque sé muy bien cómo funciona esto —replica.

La mano que tiene en mi mejilla se mueve y me acaricia, y a mí debería importarme que alguien que acabo de conocer me toque de esa forma íntima y dulce, pero estoy en modo-supervivencia y si ambos nos hemos *stalkeado* casi puede decirse que somos amigos. ¿Verdad?

—Así que... tu padre trabaja aquí.

—Sí, desde hace más de quince años. Ha sido el empleado del mes en numerosas ocasiones, no es que esté presumiendo.

—*Dios mío* —jadeo incapaz de concentrarme por completo en lo que dice, sintiéndome parcialmente aliviada—. De acuerdo, te creo. Confío en tu padre. El señor Jenkins será rápido. No nos convertiremos en una fuente de inspiración para alguna película gore. Tendremos una vida, saldremos de esta.

—¿Hablar del tema te ayudaría?

—Estoy en un ataúd metálico del que no voy a poder salir, si hay un incendio la pesadilla empeorará todavía más y si caemos...

—He dicho que no vamos a caernos. Sobre lo del incendio, no estoy tan seguro.

—Ay, ¡mi madre!

—Es broma, soy un imbécil. —Su risa rebota por su garganta placándome sin aviso mientras Adler me acaricia la cara.

Mi ego me obliga a apartarle la mano de un manotazo y volver a pegar su inmensa espalda contra la pared. *La otra no la suelto ni muerta*. Jenkins tiene la fantástica idea de mudarnos a lado opuesto del ascensor porque, según él, la refrigeración es mejor. Lo hago arrastrándome porque ni de coña puedo volver a ponerme de pie en esta trampa inestable y mortal. *Tiene parte de razón, se está más fresquito*.

—¿Por qué me miras? ¿Tienes curiosidad por el aspecto que tiene alguien a punto de desmayarse? —pregunto después de que ocupe el espacio a mi lado y me taladre la mejilla con una mirada cuyo color está aún por determinar.

La luz naranja me baña entera en esta parte del ascensor y ayuda un poco a mis nervios.

—No, perdona —se tensa a mi lado y deja de mirarme, pero me da un apretón en la mano. Parece involuntario—. ¿Notas el aire?

—No —miento—. Vale, sí, un poco. Hueles a incienso y almizcle. Curiosa elección de colonia.

—Y tú a coco. Curiosa elección de champú.

Por algún motivo, eso está a punto de curvarme los dedos de los pies.

—Perdón, no quería decirlo en voz alta, ahora mismo no tengo mucho filtro —admito—. No ha sido muy apropiado por mi parte.

El ascensor se mueve, se oye el ruido del engranaje y me arranca otro grito. Empiezo a verlo todo negro y se me empapan las mejillas. Siento la desesperación cual mano gélida aferrándose a mi garganta, impidiéndome respirar. Ni siquiera entiendo lo que dice Adler a mi lado hasta que empieza a golpear las puertas del ascensor con el puño y su voz retumba por todas partes pidiendo ayuda.

—Naomi, respira. —Pide apretándome la mano, cogiéndome ambas.

No sé lo que ve en mí, pero vuelve a golpear las puertas haciendo ruido.

—¿Hay alguien ahí? —pregunta una tercera voz.

—¡Sí, dos personas, el ascensor se ha parado! —responde Adler con una voz profunda, masculina y poderosa capaz de llegar a la otra punta del campus.

—¡Socorro! ¡Sacadnos de aquí!

—Disculpad, necesito un par de minutos para abrir las puertas. ¡Mantened la calma mientras tanto! —explica el desconocido.

—Más fácil de decir que de hacer —maldigo por lo bajo mientras Adler le da las gracias.

—Vamos, dame una respiración profunda, Naomi.

Naomi. ¿Por qué mi nombre pesa más cuando lo dice él? Es como si se volviera de oro. Le doy la puñetera respiración que quiere.

—Nos va a sacar enseguida, ya lo verás.

—¿Es...? ¿Es tu padre?

—No, no es mi padre —parece estar aguantándose la risa.

—Claro, claro, ¿qué probabilidades había?

Se apoya de nuevo contra la pared, pegando su hombro contra mí. De hecho, todo su costado da con el mío y no debería calmarme tanto como lo hace. Joder, estoy segura de que a estas alturas ya tiene las marcas de mis uñas clavadas en las manos.

—¿Qué vas a hacer cuando salgas? —me pregunta.

—Acostumbrarme a que los cigarrillos ya no son la moneda de cambio y aprender a conjuntar algo aparte del naranja.

—¿Acabas de hacer un chiste sobre cárceles?

—Es la esperanza, que me vuelve un poco tonta.

Con los ojos cerrados no le veo la cara, pero sí le oigo reírse. Nos llegan voces desde el exterior y empiezo a tranquilizarme.

—Dime, ¿tú le tienes miedo a algo? —esta vez soy yo la que pregunta.

—A envejecer y no tener una buena historia que contar.

Sus palabras todavía retumban con eco en mi cabeza cuando las puertas se abren. Adler me ayuda a ponerme en pie y ni siquiera entonces, fuera del ascensor, me suelta.

—Estas puertas siguen fallando, Emmett, deberíamos hacer algo al respecto —le dice un hombre de unos ciento cincuenta años a uno de trescientos.

Adler vuelve a darles las gracias y tira de mí hasta una máquina expendedora. Me pone una botella en la mano y unos cacahuets en la otra. *Estoy a punto de no aceptar los cacahuets con tal de no soltar su agarre, pero me obligo a hacerlo.*

—Come, te sentará bien.

—Gracias —le digo y su atenta mirada me obliga a darle un sorbo a la botella. Me fijo en el increíble tono ámbar de su iris y contengo un jadeo—. ¿Podemos fingir que esto no ha pasado y que vas a verme como la profesional que soy?

—No he visto otra cosa ahí dentro, Naomi.

Se me pega a la piel, te lo digo.

—¿Aun así...?

—De acuerdo, pero como no quiero que nuestra relación se base en una mentira, admito que mi padre no trabaja aquí.

Abro la boca con una mezcla de ofensa y agradecimiento.

—Todo lo demás que he dicho sí es cierto —añade mirándome los labios.

Cierro la boca.

—Bueno, supongo que debería agradecerte esa mentira. Oye, siento mucho cancelar la reunión, pero ahora mismo no me veo capaz de...

—No te preocupes. Tengo muchas ganas de trabajar contigo.

Ser su entrenadora parece un pelín inapropiado ahora, con tanta cercanía de por medio.

—Nos veremos muy pronto, Adler. —Le tiendo la mano, como si una parte de mí estuviera desesperada por sentir de nuevo el contacto.

Lo raro es, que cuando él la estrecha, tarda muchos segundos en soltarla. *Casi como si a él... le pasara lo mismo.*

Capítulo 2

Adler

Tres días después

Recibo una llamada entrante y se me revuelve el estómago al leer el nombre que aparece en pantalla. Cuelgo y finjo que no acaba de pasar.

Salgo del coche y estiro las piernas después de conducir una hora y media desde North Star. Durante los dos meses que durarán los entrenamientos con Naomi Nasher, voy a alojarme en el hotel que pertenece al complejo deportivo donde entrenaremos.

Lo cual significa que voy a estar lejos de mis mejores amigos, mis compañeros de equipo y de piso. Voy a echarlos de menos porque llevo compartiendo casa con ellos desde hace una eternidad, pero Zayne, Anthony y Jonathan ya se han graduado y eso supone que no volverán a North Star para el nuevo curso. *Es una mierda dejar de ver a diario a personas que me han enseñado tanto, pero “adaptarse o morir”, supongo.*

Entro en el chat del grupo.

All the single ladies

Anthony Schneider

Rociaré con insecticida al próximo que se deje la puta puerta de casa abierta

Como acabéis teniendo una plaga os vais a reír.

Listos, que sois muy listos



Ace Crawford

Alguien puede recordarle a Schneider que no es Landon?

Y que los calamares no son de secano?

Jonathan Arlington

R.I.P Jenkins

Jacob Bolton

Se ha muerto???



Ace Crawford

Peor.

No va a poder pasarse el verano bebiendo y recibiendo calabazas de mujeres del campus, que, sin duda, es su mayor hobbie.



Tyler Jones

Pobrecillo

Igual sufre una crisis de identidad

Jacob Bolton

Ahhhh, por eso todas parecen de tan buen humor últimamente...

Adler Jenkins

Iros a la mierda, capullos

Zayne Swanson

Tiene una suerte increíble de que Naomi lo haya elegido

Ya veréis cuando acabe el verano, va a barrer la pista con vosotros

Adler, no la cagues



Adler Jenkins

No lo haré, capitán

Tyler Jones

Ya no es el capi, se ha graduado.

Jacob Bolton

Para mí siempre será el capitán



Guardo el móvil y entro en el enorme y extenso edificio. Lo cierto es que desde lo que pasó en el ascensor, no he pensado en otra cosa que no sea ella. *Dudo que alguien en mi posición hubiera sido capaz.* Esa desesperación que desprendía su cuerpo hizo polvo al mío. Me gustaría haber podido ayudarla de un modo más permanente, quitarle el miedo de alguna forma, pero entiendo que eso es casi imposible.

Paso por recepción para que me den el pase de identificación conforme puedo estar aquí y todo eso, y luego voy directo a la pista de hockey. Me arranca un gruñido ver que es más grande que la que tenemos en North Star y ya es decir. Un segundo después desearía que estuvieran todos aquí para jugar, pero enseguida me acuerdo de lo gilipollas que son y se me pasa.

—¡Jenkins!

Alzo la vista y veo, que en lo alto de las gradas, en una de las salas acristaladas que dan a la pista hay una mujer. Naomi. *Acabo de invocarla.* Subo los escalones de dos en dos y es una suerte que llegue arriba jadeando porque así me vale de coartada. *Es preciosa.* Sus enormes ojos siguen ocupándole toda la cara, pero son todavía más azules que hace tres días. Alguien podría poner un «se busca» a su nariz de lo pequeña que la tiene, admito que resulta ligeramente adorable. *Igual que la forma que tenía de apretarme la mano como si quisiera fundirla con la suya.*

Desconozco la razón por la que no le he contado a nadie lo que pasó en el ascensor. Puede que, solo tal vez, quiera tener un secreto con ella.

—Has llegado pronto —dice sujetando la puerta.

—He tenido suerte con el tráfico. —Extiendo la mano en su dirección y me presento—. Es un placer conocerte por fin Naomi Nasher, he leído mucho sobre ti. Te agradezco la oportunidad que me estás dando.

Da un respingo, pero enseguida se recupera.

—Lo mismo digo, Adler. Por favor, pasa.

Cojo la puerta para que entre ella primero y cuando la cierro a mi espalda me doy cuenta de la cantidad de libros que hay en la larga mesa blanca.

Lo siguiente que me fijo es en que Naomi lleva un chándal de verano mucho más grande de lo necesario que me hace pensar en cómo se vería si le dejara mi ropa. Nos sentamos y empieza la charla formal.

—Como leíste en el contrato, no podrás comentar con nadie las técnicas que te enseñe. Es del todo confidencial.

—No las comentaré.

—También quería recordarte la a cláusula obligatoria para todos los jugadores que entrenen en este complejo deportivo.

—Sí, el *reality show* —asiento conforme.

—Solo te grabarán en unos cuantos amistosos con otros de los jugadores de hockey que entrenarán aquí estos dos meses y te harán algunas preguntas sobre tu carrera. Pero eso será dentro de cuatro semanas, por el momento solo estamos tú y yo. Durante este mes ganaremos la ventaja necesaria para que ganes cada partido. —Su determinación me hace cosquillas.

—Puedo cambiarme en un minuto. —Me froto las manos.

—Hoy no vas a jugar, Jenkins, vas a leer.

Pasan tres horas y empiezo a asustarme de que lo haya dicho en serio. Después de dos más, con la espalda molida de calentar la silla, estoy *seguro* de que va en serio. Empiezo a entender lo que el secretismo de los titulares «filosofía innovadora de entrenamiento» y similares ocultaban. Por la confidencialidad no puedo comentar lo que hagamos, pero juraría que Zayne lo sabía.

La Naomi con la que trabajo toda la mañana no se parece en nada a la Naomi vulnerable del ascensor. La única vez que la veo sonreír es cuando una camarera nos ha traído agua y unos tentempiés saludables. *Pero a mí no me sonríe.*

—No estás leyendo —dice sin levantar la cabeza de su libro, uno que por lo visto ya ha leído cien veces.

—¿Cómo lo sabes?

—Tu cara es muy expresiva —mueve la barbilla hacia el libro que tengo entre manos y cuando le mantengo la mirada, estrecha la suya—, ¿quieres que te ponga a copiar todo lo que lees como a los niños pequeños?

Sacudo la cabeza una vez. Aunque su tono amenazador me pone un poco cachondo, estoy cagado. Se exaspera y suelta su libro.

—¿Cómo aprenden a jugar al ajedrez los mejores, Adler?

—Jugando mucho al ajedrez.

—Error. Aprenden leyendo y estudiando todas y cada una de las partidas de los Grandes Maestros.

—Ya, pero la cosa es que yo no soy un jugador de ajedrez. Lo mío es el hockey.

—Estás a punto de descubrir lo poco que importa eso. —Sonríe y es...

Joder, es espectacular. Cautivadora. Irradia una luz que ni las bombillas de la sala. Qué preciosa es.

—Vale —alzo las manos en son de paz—, si es así como quieres empezar esto, de acuerdo. Tú das las órdenes y yo pongo las ganas.

—¿Empezar? —repite confusa.

—¿No pretenderás...? —Me obligo a mantener la compostura, pero esta es mi versión del ascensor, salvo con la diferencia de que ahora solo nos sujeta un cable pelado. Carraspeo y me trago el miedo—. ¿Cuánto tiempo me vas a tener leyendo?

—Cuatro semanas. También veremos algunos vídeos. Te estás quedando un poco pálido.

—Naomi...

—Mira, no eres el primero al que le chocan mis técnicas de trabajo, pero funcionan. Aun así, si quieres ser el primero en renunciar, ahí tienes la puerta. Puedes marcharte antes de que malgaste mi tiempo contigo. ¿Es lo que quieres?

—No, no es lo que quiero.

—Entonces lee —ordena y obedezco a pesar de que sigo flipando.

Pedimos algo de comer, pasan las horas y tengo una certeza: ni de coña aguanto un puto mes así.

Encima Naomi no tiene tics mientras lee. No le da pataditas a la silla, ni tamborilea los dedos en la mesa, ni respira demasiado fuerte. Joder, a veces tengo que mirarla para asegurarme de que sigue ahí a pesar de que tengo los pulmones inundados de delicioso coco.

No soy un tío acostumbrado a estar sentado tantas horas y pese a los parones que hacemos cada cincuenta minutos para levantarnos y estirar los músculos mientras comentamos lo que hemos leído, necesitaré reventarme en el gimnasio antes de acostarme o esta noche no dormiré ni cinco minutos.

Por suerte no tiene nada en contra del gimnasio.

La primera jornada de trabajo termina. Pasamos por la recepción y nos dan las llaves de las habitaciones, que no son más que unas tarjetas azul marino. Falta poco para la cena, pero Naomi está tan absorta en hacerme preguntas sobre la biografía de Nathan Hashel y lo que supuso en su juego profesional su buen entrenador Ashton Danes, que no se da cuenta de que se mete en el ascensor de cabeza.

—Incentivar a los jugadores a desarrollar sus propias jugadas es estimulante y da muy buen

resultado. ¿Cuál ha sido la frase que más te ha gustado?

—«No consigues aquello de lo que eres capaz, si no aquello de lo que te crees capaz».

—*Vale, admito no ha sido un mal libro per se*—. Pfff, nunca me había leído un libro en un día.

—Mañana serán tres.

Qué cruel.

—Naomi, ¿te das cuenta de dónde estamos?

Su cuerpo se tensa y de inmediato me siento como un cerdo por no haber esperado a estar fuera para decirlo.

—Bueno, nos alojamos en la planta veintisiete, no es como si pudiéramos hacerlo caminando cada día.

Le ofrezco la mano y ella la mira unos largos segundos. Luego sacude la cabeza.

—Sé que te pedí fingir que no había pasado, pero hay algo más que necesito aclarar —dice y en cuanto se abren las puertas del ascensor, sale fuera pitando—. Soy una mujer.

—No me jodas, ¿lo dices en serio?

—Y como mujer, tengo mil ojos encima asegurándose de que no existen motivos para arruinar mi carrera.

—¿Quieres decir...?

—Nunca he mantenido una relación personal con uno de mis alumnos.

—Entiendo.

—A nadie le importa la realidad de los hechos, solo lo que parecen. En los cinco años que llevo siendo entrenadora, he tratado con más de setenta y cinco jugadores de hockey y me ha costado mucho labrarme la reputación que tengo actualmente.

—Nunca haría nada para arruinártela, Naomi.

—Me alegra que digas eso, porque necesito marcar una línea entre nosotros. No somos amigos y no vamos a ser cercanos. Las reuniones siempre serán en salas oficiales, yo no pisaré tu habitación y tú no pisarás la mía. Las preguntas personales no están permitidas. No voy a aconsejarte sobre chicas, ni a pedirte que me agregues a Instagram, ni cenar contigo cada noche solo porque nos alojemos en el mismo hotel. Lo que sí voy a hacer es darte las herramientas que necesitas para convertirte en el mejor jugador de hockey que puedes ser.

Si yergo más la espalda igual me la rompo y a este paso voy a quedarme sin muelas. No sé a qué cojones viene el sentimiento amargo en el paladar si he venido aquí a trabajar.

Ya te digo yo a qué viene: le he ofrecido compartir mis lápices de colores para dibujar en

el recreo y me ha mandado a la mierda. Aunque entiendo que está en una posición difícil. Una a la que fijo que el entrenador Landon nunca se ha tenido que enfrentar. Joder, ser mujer en el deporte es complicado de narices.

—¿Adler?

—Estoy conforme. —*Y una mierda.*

—Bien, me alegra oírlo. Me disculpo por mi poca profesionalidad el día que nos conocimos, pero necesito que nuestra relación sea distante desde el principio para que cuando lleguen las cámaras, ambos estemos acostumbrados a nuestros roles.

Me fuerzo a no corregirla en lo de «poca profesionalidad». Nos despedimos y cada uno entra en su habitación.

Resulta que nos alojamos pared con pared y no solo eso, las habitaciones comunican compartiendo una puerta. Una que está abierta permitiéndome ver su cama desde la mía. Además de dos gatos blancos y pequeños sobre las almohadas. que maúllan de un modo amigable al verme. Naomi entra en mi campo visual y evitando mi mirada, cierra puerta y pone el cerrojo de su lado.

Perfecto.

Capítulo 3

Naomi

A la mañana siguiente salgo de la ducha y mis ojos caen en la cama.

—Buenos días, preciosas, ¿ya estáis despiertas? —saludo a las dos bolitas de pelo hambrientas y cariñosas—. ¿Quién tiene hambre? ¿Nadie? Vaya, qué lástima, con la de comida deliciosa que tenía para vosotras. —Se me escapa la risa cuando saltan en mis manos y casi parece que entienden todo lo que digo—. Katastrofe, Mi-Miau, os daré un premio extra con una condición: que no volváis a maullar a esa puerta.

Las dos se volvieron unas débiles mimosas con ganas de atención y hacer nuevos amigos en cuanto le vieron. *Lo revivo todo de nuevo. El ascensor averiado, su presentación de ayer, su forma silenciosa de acatar unas normas que odia y el hecho de que anoche me ofreció su maldita mano de nuevo.*

Y yo casi la cojo.

Bloqueando a Adler de mi mente, me visto rápido y me arreglo. No me avergüenza admitir, que cuando recibo el mensaje de Matthew de que ya están aquí, bajo al *lobby* por las escaleras. *Sip, veintisiete pisitos.*

No los encuentro y vuelvo a mirar el móvil, esta vez jadeante, sudorosa y acalorada.

Family

Matthew Johanson

Banny ha insistido en ir a las pistas de hockey para ver dónde trabajas.

Siento el lío.



A Banny la veo en seguida, aunque no hay ni rastro de Matthew. La niña de mis ojos está junto a la barandilla de la pista, entusiasmada, eufórica, animando a... Adler.

Está entrenando.

No me lo puedo creer, ha desobedecido mi orden de mantenerse fuera de la pista.

Ni veinticuatro horas ha durado. *Pues claro, a diferencia de los hombres que suelo entrenar, él es un crío. ¿Y qué hacen los críos? Lo que les da la real gana. Esto me pasa por tonta.*

—Mira, ¿quieres ver algo guay? —le pregunta antes de marcar en portería de espaldas y hacer que Banny aplauda mientras se mea de risa—. Y mira esto —procede a hacer giros rápidos que la vuelven loca.

Dos de dos, Jenkins. Primero el entrenamiento y luego mi familia. Esto no va acabar bien. Me agacho frente a Banny y en cuanto sus ojos azules me encuentra se me lanza al cuello. Juro que durante un largo segundo todos mis problemas quedan en pausa.

—Hola, pecosa.

—¡Sorpresa! ¿Te has sorprendido?

—Una barbaridad. Estoy en shock.

—¡Te he echado mucho de menos! —sacude las piernas cuando la cojo en brazos como tanto le gusta: cual koala—. Ojalá hubieras venido a la playa. Así Martha y Jennifer no habrían venido. No me caen muy bien.

—A mí también me habría gustado. ¿Quiénes son Martha y Jennifer? —Le doy la espalda al jugador de hockey que se ha quedado petrificado al verme sujetar a la renacuaja y me llevo a Banny fuera del recinto.

—Unas amigas nuevas de papá.

Papá tiene muchas amigas nuevas últimamente.

—Dime, ¿tienes ganas de empezar el cole?

—Nop. Quiero ir más a la playa hasta ponerme súper morena y comer muchos helados.

—Fijo que este año lo consigues. Oye, no puedo ayudarte con los helados ahora, pero... — Me saco las golosinas que he cogido del minibar de mi habitación y se las paso de contrabando, ella me da un beso en la mejilla y se lleva al índice a los labios haciendo «shhh»—. Será nuestro secreto.

—Uno de muchos.

Me río y pego la frente a la suya, frotando su nariz con la mía. *Esta hace que salga el sol*

allá donde va. En serio, menudo bichito poderoso.

Nos encontramos a Matthew hablando con una chica de veintitantos, la agente deportiva de una jugadora. Mi mal humor ruge como el fuego en el estómago de un dragón. En cuanto me ve se despidió de la chica y viene hasta nosotras.

—Sabes que no me gusta que la dejes a su aire. Es una exploradora peligrosa.

—Solo ha sido un momento y estaba vigilando la entrada, no habría salido de allí sin que me diera cuenta.

—Ya, pero es que allí dentro y con un jugador de hockey practicando, también pueden pasar cosas peligrosas.

Matthew me la quita de las manos como hace siempre que se enfada y Banny, anticipando la discusión como la niña lista que es, le pregunta si puede ir a beber agua a la fuente que hay a un par de metros.

—Era Adler Jenkins el que estaba ahí dentro, *mi alumno* —remarco—. Ya sabes lo que opino de mezclar mi vida personal con la profesional.

—Sí, claro que lo sé. No me he dado cuenta, lo siento, tendré más cuidado. Eh, vamos, hemos venido a verte desde Michigan, ¿es que solo vas a discutir conmigo? —extiende los brazos y no puedo evitar rodearle con los míos.

—¿Cómo estás Matthew?

—Bien —me da un beso en la mejilla—, aprendiendo a lidiar con mi nueva vida. ¿Y tú?

Me limito a asentir. *Ya ha pasado un año.* El corazón empieza a hacerme cosas raras y dolorosas, así que bloqueo todos mis pensamientos. Banny vuelve y poco después, me despido de los dos que van a pasar el día en el parque de atracciones.

—Nos veremos esta noche —le acaricio el pelo rubio a Banny—, cenamos los tres juntos, ¿vale?

—¡Síiii! —salta ella—. ¿Y podré ver a Kat y Mi-Miau?

—Claro que sí, se alegrarán mucho de tu visita.

Matthew me sonríe antes de llevársela y cuando vuelvo a la pista de hockey casi no tengo ganas de discutir. *Casi.* Por suerte para ambos, en cuanto le veo practicar vuelvo a sentir el pánico y la irritación. Le hago gestos a Adler para que se acerque y me sorprende que lo haga porque lo que se le da genial es hacerme la contra. *Segunda ronda del día.*

—Buenos días, Naomi. —Sonríe y por poco me hace jaque mate en un solo movimiento—. Estoy listo para las lecturas de hoy, por cierto, ¿quién era la peq...?

—¿Se puede saber qué haces entrenando?

—Solo estaba divirtiéndome antes de empezar a trabajar —su cara de bondad me lo pone más difícil.

—Ayer te dije que no entrenarías en cuatro semanas.

—Soy un jugador de hockey, Naomi, necesito practicar.

—No, necesitas aprender a acatar normas. Joder, mírate, estás empapado en sudor. Vete a duchar.

—No me hace falta —me agarra la muñeca antes de que me vaya quitándose un guante con rapidez—. No quiero hacerte esperar.

—Te pondrás enfermo con el aire acondicionado.

—No lo haré —insiste y lo doy por imposible subiendo las gradas a toda prisa.

Se quita los patines y aparece arriba con ellos en la mano un par de minutos después. El primer estornudo tarda veinte minutos en llegar. El segundo, uno.

—Adler.

—Es alergia.

—¿Por qué tienes que comportarte como un crío? —Suelto el libro y él hace lo mismo como el suyo—. Te pedí que no entrenaras.

Su rostro se endurece, como si esa palabra fuera el peor insulto que ha oído en su vida.

—Con todos mis respetos, entrenadora, lo que dijo fue que no entrenaríamos juntos. No que yo tenía prohibido hacerlo.

—Lo tienes prohibido.

—Bien, ahora lo sé. Y si se me permite opinar, diré que es una absoluta barbaridad que va a perjudicarme, pero...

—¿Eres tú el entrenador?

—No me has dejado terminar. Pero si es eso lo que crees que es mejor para mí, acataré tus normas. —Estornuda.

—Tu cuerpo tiene que olvidar lo que ya sabe para que puedas aprender lo que necesitas saber. Si juegas, ¡la memoria muscular trabaja en nuestra contra y esto no funciona! —Me pongo de pie y me froto las sienes.

—¿Y cómo voy a saberlo si no me lo explicas? —él también se ha puesto de pie, y peor que eso, se ha acercado a mí.

Siento el calor que desprende. Una fuerza sobrehumana empujándome hacia él.

—Adler, no puedo explicarte las razones que hay detrás de cada decisión que tomo, perderíamos horas discutiendo. Esto no va a funcionar si no confías en mí ciegamente. —Vuelve a estornudar—. Por favor, ves a ducharte.

—Confío en ti Naomi. No volveré a desobedecerte.

No me lo creo ni por un segundo.

—Bien, ahora vete. Te pondrás enfermo y entonces perderemos semanas.

Tiene escrito por toda la cara lo mal que se siente y eso me hace algo en el estómago. *Como si me hubiera comido un montón de piedras, qué pesadez tan desagradable.* Adler asiente y se marcha.

El tío tiene que haber ido corriendo porque en unos escasos diez minutos ya está de vuelta. Lo peor no es el chándal oversize que lo hace parecer una mole de músculos todavía mayor, si no la toalla enrollada a la cabeza que lleva.

—¿Se puede saber qué llevas puesto?

—Es para que se seque antes el pelo, entrenadora. No volveré a estornudar.

Me cuesta no reírme y dudo si es eso lo que busca. *Sería mucho más fácil lidiar con esa cara si no hubiera una personalidad interesante, disciplinada, fuerte y al parecer, divertida, detrás.*

Esto va a ser una pesadilla.

Miro el reloj y veo que entre discusiones y duchas hemos perdido treinta y cinco minutos.

—Esto es lo que pasa cuando no trabajamos como un equipo, que perdemos tiempo.

—Leeré más rápido.

—No quiero que leas rápido, quiero que asimiles el conocimiento.

—De acuerdo, haré eso.

—Es la primera vez que tengo problemas con un alumno nada más empezar —miento y él se calla.

En realidad, es la primera vez en toda mi carrera que me encuentro a un jugador de hockey como él. Tan dispuesto a aprender desde el principio, con la mente tan abierta. Los jugadores de hockey son brutos y tiene serios problemas para canalizar la ira. *Él en cambio, es pura paz.*

Pero si Adler mintió por mi bien acerca del trabajo de su padre cuando estábamos atrapados en el ascensor, yo puedo mentirle ahora por el suyo.

Capítulo 4

Adler

Harto de dar vueltas en la cama me levanto a eso de las cinco de la mañana y me llevo el móvil al baño. Naomi se levanta sobre esta hora y por lo visto, se lo pasa increíble con sus dos gatas. Estoy que me subo por las paredes y si vuelvo a oír esa risa melodiosa y dulce, igual me vuelvo loco.

Dixie

Adler Jenkins

Estás despierta?

Necesito ayuda sobre mujeres

Dixie

Claro que estoy despierta, las traductoras no descansamos nunca
Hablamos de la entrenadora?

Adler Jenkins

La misma

Dixie

Acabo de buscarla en internet

Es guapísima

(Foto)



Adler Jenkins

Joder, eso no me ayuda



Dixie

He de suponer que el problema es que quieres acostarte con ella, pero no puedes?

Adler Jenkins

Hostia puta, Dix. No, claro que no.

Dixie

Vale aún estás en fase de negación, ok

Entonces no estás interesado en una lista de vídeos para adultos, no?

Ya sabes que cachondo ninguno sois capaces de pensar con la cabeza



Adler Jenkins

Lo que quiero saber es cómo dejar de discutir con ella cada puto minuto que pasa.

Le doy la razón cuando creo que la tiene, pero eso no evita que sigamos chocando.

Dixie

Igual podrías probar a cerrar el pico y escuchar como harías con Landon

Cuando el entrenador os echa la bronca, os quedáis mudos

Por qué con Naomi es diferente?

Adler Jenkins

Porque a pesar de que se haya pasado los días ladrándome, siempre me da espacio para que me exprese.

Sabe escuchar, Dixie, es muy agradable y estoy muy cómodo con ella, aunque me pone nervioso.

Encima sabe un huevo de hockey, de técnicas y de jugadas.

Aunque no me extraña nada, con todo lo que lee, lo raro sería lo contrario.

Dixie

Estás colado por ella!!!



Adler Jenkins

Vale, gracias por tu ayuda.

Dixie

Va en serio, Jenkins
Lee lo que has escrito!!!

Adler Jenkins

Joder, no sé por qué lo he dicho así, pero eso da igual
Tiene marido y una hija, llevan cenando con ella aquí unos cuantos días.
Puedes ayudarme, por favor?

Dixie

Sí, trátala como a Landon y todo irá bien.
Anthony me dijo que estabais puerta con puerta?

Adler Jenkins

Sí, ¿qué tiene eso que ver con nada?

Dixie

Nada, nada...
Solo contrastaba datos.
Mantenme informada, trato?

Adler Jenkins

Solo si no te vas de la lengua con nadie.

Dixie

Palabrita de girl scout coreana


Llego a la sala de estudio y cuando me siento frente a ella con una enorme mesa de por medio, me fijo en que la camiseta de flores que se ha puesto con los pantalones blancos de deporte, le favorece un huevo. Se ha recogido el pelo con un mar de horquillas de mariposa y le queda... *Landon, joder, piensa en Landon.*

Hay pocas cosas que corten el rollo tan bien como eso.

Puedo leer tranquilo hasta que llega la hora del almuerzo y veo que Naomi ha pedido la fruta que me gusta, el té que no me da arcadas y mis barritas energéticas favoritas. *Es difícil no sentirla tan cercana cuando no para de tener detalles conmigo y huele a puto coco.*

—Los libros sobre psicología deportiva te enseñan a adelantarte al movimiento del otro, a ser una estrategia. Es casi como el póker. Y el que acabas de leerte es, en mi opinión, uno de los tres mejores que hay actualmente en el mercado. Las palabras tienen mucho poder y... ¿por qué no me discutes?

—No quiero discutir.

—¿Acaso no crees que sea un gran libro?

—Sí, lo creo, pero siempre que empezamos una conversación acaba en discusión.

—¿Y cuál es el problema? —sube una pierna a la silla, apoyándose en su rodilla mientras abanica ese mar de pestañas.

—Dijiste que sería perder el tiempo.

—Discutiendo sobre si debemos o no hacer algo que yo considero fundamental, es perder el tiempo. Dándome tu opinión acerca de las técnicas de Adam Shernan sobre utilizar las fortalezas de tu enemigo contra él, es como haces crecer las raíces de tu conocimiento. Además, tienes muy buenas ideas, Adler. Tú también me estás enseñando cantidad de cosas.

—¿Sí? —pregunto como un niño al que acaban de dar una pegatina por buena conducta.

Joder, soy un puto baboso.

—Sí y... Adler, quiero disculparme por no haber sido clara. No te dije que en tu tiempo libre tampoco podías jugar al hockey.

—Aún así no debería haberlo hecho.

—¿Aceptas mis disculpas?

—Por supuesto.

—Entonces, espabila y suéldalo. ¿Qué te ha gustado menos del libro?

—Lo único que me ha resultado un coñazo —carraspeo—, es decir, algo pesado, es que da demasiadas vueltas en cuanto a la visualización. Lo pillo, es importante tener clara tu meta, pero, ¿cinco capítulo enteros?

Se carcajea y la electricidad me viaja por toda la médula espinal. *Me la funde.*

—Estoy del todo de acuerdo, pero fragmentar tus objetivos en pequeñas metas es importante.

—Ya, pero no hace falta que fragmente la explicación en mil páginas, ahora ya sé porque es un tocho de libro.

Se vuelve a reír y esta vez la descarga me cae más al sur. Justo en la polla. *Mierda.*

—Te prometo que el siguiente va a gustarte más —pone una mano sobre la mía, le da la

vuelta y deposita un librito en ella—, si por algo es conocido Joshui Katani es por ser directo. El autor no solo corre hacia la línea de meta, también se da prisa en todo lo demás.

La mano me sigue cosquilleando durante horas.

El día de trabajo termina y creo que es mi mejor amiga. Intento imaginármela en el cuerpo de Landon, con la voz de Landon, gruñendo como haría él, pero es graciosa. Y divertida. Y *guapísima*. Por no hablar de que empiezo a hacerme adicto a sus breves contactos. Me despisto en cuanto uno de sus largos y elegantes dedos me encuentra con tal de que despegue la vista del libro y le haga caso. También me interrumpe para lanzarme caramelos “porque el azúcar favorece la concentración”. Me desmonta el castillo de naipes cada puta vez.

—¿Ves? Nos complementamos muy bien cuando no eres un respondón sabiendo —dice sonriente atravesando el lobby.

—Eh, creía que me habías pedido perdón por no ser clara.

—Una cosa no quita la otra —sonríe y estamos de vuelta en el ascensor.

No ha vuelto a cogerme de la mano, pero tampoco se mueve de mi lado. Oírla hablar apasionadamente del hockey es sexy a un nivel desconocido para mí. El problema es que Naomi se está convirtiendo en una droga de la que no quiero desengancharme.

Salimos del ascensor y nos topamos con Mr-gilipollas y su entrenador Sr-caraculo porque, como no, se alojan en la misma planta que nosotros. *La hostia. Yo he tenido que atropellar a una familia entera de ardillas de camino aquí, si no, no me explico tanta mala suerte junta.*

—Adler Jenkins, que desagradable sorpresa. —Octavius Waylen es un cretino de manual con el que me llevo peleando desde primero en cada partido que coincidimos.

Pelirrojo, con un piercing en la ceja, le rompió la mano a Ace en segundo y yo le di tal puñetazo que le salté un diente.

Eso no hizo que mi mejor amigo se curara más rápido, pero subió mucho los ánimos, la verdad.

Desde que ha llegado, no para de hacer *lives* para sus seguidores, armar escándalo allá donde va y ser una puta molestia. Ah, además de romper material. Pero eh, sus padres son ricos, ¿a quién le importa? A Ethan su entrenador tiene pinta de que no le quita el sueño. Es evidente que solo lo entrena por la pasta, que el hockey se la trae floja, pero como Waylen gana partidos, pues ahí sigue.

—¿Qué, Naomi? —Waylen la mira de arriba abajo y da un paso en su dirección—. ¿Ya te arrepientes de no haberme elegido?

Estoy a punto de colocarme en medio a modo de barrera humana cuando ella se le acerca.

—Mira, después de tantas victorias, de tantas medallas —empieza mientras Octavius se echa vaho en las uñas y se las frota en la camiseta—, de estar harta de leer titulares de los medios de comunicación elogiando una y otra vez las sorprendentes habilidades de... Adler Jenkins, no. No me arrepiento.

Naomi pasa de largo y la sigo después de grabarme en la retina la cara de gilipollas que se le ha quedado a Waylen.

—¿Vas a entrenar? —pregunta cuando se detiene frente a su puerta, siendo reticente a meter la tarjeta en la cerradura, como si todavía no quisiera irse.

—Sí, ¿por qué? —Ladeo la cabeza haciéndome ilusiones—. ¿Quieres venir?

—No puedo, la familia me reclama. Las noches es el único rato que puedo pasar con ellos.

Sí, joder, que tiene familia. Marido e hija. Dios, ¿cómo se me puede olvidar a cada puto paso?

—Que pases buena noche, Naomi —me obligo a entrar en mi habitación, a no quedarme como un pasmarote mirando su puerta, a no llenarme los pulmones de su olor y a prometerme que voy a poder pasar dos meses a su lado sin colgarme de ella.

Bajo al gimnasio y me reviento, porque levantar mucho peso siempre acalla el ruido de mi cabeza. Subo al cabo de hora y media, y la oigo volver a su habitación poco después de salir de la ducha.

Esta vez no lo hace sola.

—¡Hola, Katastrofe! ¡Mi-Miau, pero qué guapas estáis las dos, os como!

—Para empezar, ¿qué clase de nombres son esos para un par de gatas? —susurro—. Katastrofe, ¿estás de coña?

—Banny, descálzate antes de subirte a la cama, no se la manches —dice Matthew.

—Vosotras no tenéis que descalzaros porque no lleváis zapatitos, menuda suerte —dice Banny, imagino que jugando con las gatas.

No es de extrañar que su hija sea un puto ser de luz adorable teniendo en cuenta la madre que tiene. Escucho a una de las gatas hacer un maullido corto antes del maullido de verdad y entonces entiendo porque se llama Mi-Miau. Busco los auriculares por la habitación antes incluso que una camiseta.

—Siento mucho que no os podáis alojar aquí —dice Naomi en tono comprensivo.

Pues yo no. Date el piro Matthew. Banny que se quede si quiere, ella me encanta.

—Son las normas, no es cosa tuya —dice Mr-comprensivo—. Además, Banny está encantada con las piscinas del hotel y estamos en frente.

Le odio. Oigo un montón de pasos correteando por la habitación cuando Naomi le ofrece un KitKat a Banny. Poco después, veo un pequeño papel, una nota, deslizarse bajo la puerta.

—Banny, ¿qué haces? —pregunta la voz de Naomi.

—¿Yo? Nada de nada —se ríe—. Me encanta que hayas colgado tantos de mis dibujos por la habitación. Ahora es un museo famoso.

—Tus dibujos son lo que me hacen sentir como en casa esté donde esté, tesoro.

—¿Qué se supone que es esto? —pregunta el tío ese—. ¿Un caballo?

—No hombre —se ríe Naomi—, es un elegante.

—*Nooooo*, es un delfín —suelta Banny.

Me acerco sigiloso a la puerta y desdoble la nota. Unas letras son más grandes que otras, están torcidas hacia arriba y son de color rosa claro, pero puedo leer: *«te he visto jugar en internet. Eres súper»*.

Gruño por lo bajo.

—Papi, papi, ¿podemos quedarnos a dormir de extranjis?

—No, cariño, no podemos.

Me siento escoria. Peor, me siento como Octavius Waylen. *Tiene una familia perfecta y lo único en lo que pienso es en empotrarla y agradecerle todo lo que está haciendo por mí con la boca. Y de rodillas.*

Soy un capullo.

Me visto rápido y bajo a cenar con tal de no oír nada más.

Capítulo 5

Naomi

Adler no deja de sorprenderme. No quiero decir que mis anteriores alumnos hayan sido más tontos que un zapato, porque no sería verdad. Pero Adler es sobresaliente, brillante incluso. Y tiene mucho mérito que se aplique al máximo, porque sé que odia pasarse el día con el culo pegado al asiento.

De hecho, me he visto obligada a inventarme una pantomima para cambiar de silla cada cierto tiempo. *“El cerebro se acostumbra rápido, por eso no puedes dejar que se aburra”*. Algo así. Funcionó pero puso *esa* cara que pone a veces. *Esa* que denota que se está guardando sus opiniones junto a su sonrisa. *Y caray, menuda sonrisa*. Hace que quiera hacer cosas para ganármela, cosas peligrosas. Reconozco que el único momento del día en que pierdo el control de mi cabeza es cuando sonrío, pero no es mi culpa, es de esos hoyuelos.

Acaba de cumplirse la primera semana y ya me hago una idea de cómo van a ser las otras tres: una calamidad.

—Sonríes mucho cuando te embobas —dice Banny, sentada en un taburete que he colocado frente al espejo del baño—. ¿En qué piensas?

En los problemas que me busco solita. Esto con Octavius Waylen no me habría pasado.

—¿Cuando te embobas, dices? ¡Pero bueno! ¡Yo no me embobo, niña!

—Sí —se carcajea y por poco pierdo el mechón de pelo que le tengo cogido—, sí lo haces. Y se te ponen los ojos brillantes como estrellitas fugaces, así —abre y cierra las manos.

—¿A mí? —Le ataco las costillas—. ¿Brillantes a mí? Abrase visto la pecosa esta las cosas que dice.

—¡Socorro! —Se mea de risa.

—¿Quién te va a socorrer a ti? Estás en mi castillo y aquí solo entra quien yo diga. Ahora

estate quieta o no te voy a poder hacer la segunda trenza igual a la primera.

—Pues no me hagas cosquillas —dice estrechando la mirada, todavía riéndose.

—Trato hecho —prometo y esta vez no pienso en Adler cuando le cepillo el pelo, si no en su madre.

La que tenía el pelo de este mismo rubio intenso. La que se reía con la misma facilidad.
Joder, Stacy, cuantísima falta haces aquí.

—Echo mucho de menos a mamá —dice Banny, una vez más conectada a mi cabeza.

Apoyo la mía sobre la suya y cuando se le llenan los ojos de lágrimas, le beso la mejilla.

—Yo también, tesoro. Muchísimo. —Le sueno la nariz con un poco de papel higiénico y ella se esfuerza en cortar el grifo.

—¿Puedes contarme algo de ella? —Banny se limpia los ojos con los puños cerrados.

Siempre está pidiéndomelo. Me da que le aterra olvidarse de ella. Pienso en algo que no le haya contado ya y que no sea triste.

—¿Sabías que odiaba la zanahoria igual que tú?

—¿De verdad?

—Oh, ya lo creo —termino la trenza y pongo una goma de flores lilas—. Tenía algo en contra de la comida naranja. No soportaba ni el boniato, ni el salmón, ni la zanahoria. El único día del año que hacía una excepción era Halloween, pero claro, no puede decirse que se comiera la calabaza. Más bien, todas las chucherías que había metidas dentro.

—A mí tampoco me gustan las comidas naranjas —arruga su pequeña nariz.

—Si es que sois dos gotas de agua, pecosa, ya te lo he dicho muchas veces.

Qué terrible es que Stacy no vaya a poder verla crecer y convertirse en una mujercita maravillosa. Cuantísimo le habría gustado. Se sentiría orgullosa, de eso estoy segura. *Lo haré por las dos, estaré con ella a cada paso, Stacy.*

—¿Por eso me quieres tanto?

—Claro que no, ¿qué tonterías dices? —la abrazo y la levanto del taburete—. Te quiero porque eres un tesoro.

—No soy un tesoro —dice mirándose las manos, como si esperase que se volvieran de oro o algo así.

—Es cierto, no eres *un* tesoro, eres *mi* tesoro. —Se carcajea y me las apaña para que la cosa siga así cuando salimos de la habitación al pasillo.

Por mí como si tengo que convertirme en un payaso.

—¿A dónde vas? —pregunta cuando guiada por el subconsciente me la llevo hacia las escaleras.

—Nada, nada, es que me he despistado.

Matthew está en el lobby, ha bajado a llamar por teléfono a alguien de su bufete que, por lo visto, no entiende lo que significa la palabra «vacaciones». *Una pena porque me vendría muy bien entrar aquí con alguien.* Banny señala el botón para que avance y pueda pulsarlo ella. Se me acelera el pulso mientras esperamos a que las puertas se abran.

—Estás un poco blanca, Nami, ¿tienes fiebre?

—*Nop.*

—¿Segura?

—*Sip.* Solo tengo hambre —digo y ella se ríe de mis tonterías.

Nunca le he contado que tengo claustrofobia porque no quiero que le coja miedo a los ascensores como yo. *Igual a los dieciocho se lo suelto así, ¡pam!*

Las puertas se abren y tras ellas aparece Adler bañado en sudor, como si alguien lo hubiera empujado a una piscina con la ropa puesta. *Yo me sé de uno que se toma los entrenamientos en serio. Si folla igual que entrena...*

Sus ojos resplandecen al reparar en mí con una emoción que no descifro y se vuelven tiernos al caer en la pequeñaja que llevo en brazos. *Así que no me lo había imaginado, ya la adora.*

—Hola —dice con su voz de barítono.

—¡Hola, súper-hockey! —exclama Banny ofreciéndole la mano para que la choque. Él lo hace y mis ovarios se ven afectados—. ¿Recibiste mi carta? —le susurra poniéndose las manos a ambos lados de la boca, inclinándose tanto que por poco se me cae.

—¿Qué carta?

—Ninguna —asegura Adler ayudándome con Banny para que no se caiga—, soy *super* maniático con mi correo y para que no se me pierda, siempre me lo dejo en casa.

No sé de qué demonios está hablando, pero sus manos se mueven contra las mías y durante un segundo dudo si voy a morir por combustión espontánea. *Creía haber dejado claro que no podíamos tocar a Adler.*

—¿Vienes de hacer deporte? —pregunta Banny mientras me doy prisa en meternos en el ascensor.

—Sí, claro que sí —intervengo—, por eso tiene que ir a ducharse cuanto antes para no

ponerse malito. Buenas noches, Adler.

Espero a que se cierren las puertas, pero en el último segundo dice:

—Ostras, me he dejado algo en el gimnasio, qué faena —entra de nuevo en el ascensor y mi corazón da una puta voltereta—. Dime, Banny, ¿qué vas a cenar hoy?

Incluso ahora, después de entrenar así de duro, huele increíble. Huele como un dios. Yo maldigo el incienso y el almizcle.

—Tarta de chocolate.

—Pero eso suena a postre, ¿no?

—Es por lo único que vivo. Mi padre me obliga a comer muchas verduras, pero si me tapo la nariz, no saben tan mal.

—Yo siempre lo mezclo con algo que me guste, así es más fácil, pero probaré tu truco esta noche.

—¿Quieres cenar con nosotros?

Me quedo sin sangre en el cuerpo. *Puedes tirar del sentido común con un adulto, pero los niños se guían por las emociones y está claro que a Banny le encanta Adler.*

—Sería genial, pero no puedo. Todavía tengo deberes que hacer —Adler me lanza una mirada cómplice.

—¿Tan dura eres con él? —me recrimina el koala.

—Me está ayudando, tengo mucho que agradecerle —sigue.

Jooodeeeeeer.

Espero que Adler no vea lo que me está haciendo, pero por la forma líquida y candente que me queman sus ojos, empiezo a pensar que sí.

Tras el viaje en ascensor más largo y tormentoso de la historia, se abren las puertas y nosotras no tardamos ni medio segundo en salir. Adler por el contrario, no lo hace.

—Pide tarta de postre cuando termines los deberes —dice Banny sacudiendo la mano a modo de despedida.

—Lo haré. Buenas noches, chicas —Adler se aparta de las puertas para que se cierren y yo me quedo mirándolas un segundo entero después de que lo hagan.

Cuando el ascensor se marcha, las flechas exteriores de arriba o abajo indican a dónde. La cosa es, que Adler no baja al gimnasio, si no que vuelve a subir a la planta veintisiete.

Me va. A dejar. Sin corazón.

—Vuelves a sonreír —dice Banny. Acto seguido inspira todo el aire del hotel en sus

pequeños pulmones y se tapa la boca de golpe—. ¡Es por él! ¡Sonríes por él!

—No, de eso nada.

—Estás muy roja, ¡eso es que te gusta el chico de los hoyuelos!

—Primero estoy pálida y ahora roja, al final voy a ser multicolor.

—No me cambies de tema, ¡te gusta, Adler! —se carcajea y es contagioso, pero entro en pánico cuando Banny atrae la atención de agentes deportivos y entrenadores.

Nos aparto a un lado, la bajo al suelo y le cojo las manos.

—Banny, no puedes decir esa clase de cosas de Adler y de mí.

—¿Por qué no?

—Porque en el mundo de los adultos, eso podría traernos muchísimos problemas tanto a él como a mí.

—¿Qué problemas?

—Atención de gente mala que quisiera hacernos daño. Es complicado, ¿pero verdad que Adler te ha caído bien? ¿Verdad que no quieres que le pase nada malo?

—No, no quiero —hace una mueca triste—, y a ti tampoco.

—Entonces lo que has visto tendrá que ser nuestro secreto, ¿vale? —extiendo mi meñique hacia ella y no tarda ni medio instante en rodearlo con el suyo.

Si es que es adorable, ¡para comérsela!

Nos reunimos con Matthew que ya está en la mesa y le veo muy contento todavía con la cara pegada al móvil. No con la clase de felicidad que te da el trabajo, si no una mujer. Banny corre hasta él y casi se le cae el teléfono de las manos.

—¿Todo bien?

—Sí, sí, todo bien —coge a Banny y la sienta en la silla a la que de otra forma no llegaría—, ya he pedido las bebidas.

—Gracias, Matthew.

El móvil le vibra varias veces durante la cena y leo «Celine» en pantalla, pero se lo guarda en el bolsillo en vez de contestar. Un buen rato después, cuando todavía estamos con el postre, le veo aparecer a las puertas del amplio salón.

Adler.

Mis pulmones se quedan sin aire durante un instante. Tal y como estamos sentados en la mesa, soy la única que le ve. Nos busca y en cuanto se da cuenta de que aún estamos cenando, se dé la vuelta y se marcha. Siento un retortijón en el estómago y por poco se me cae la cuchara.

Sabía que no era casualidad, que había estado evitándonos. Está haciendo todo lo que está en su mano por respetar lo que le dije, pero esto va mucho más allá. Es cruel que tenga que ir y venir con tal de cenar solo cuando nosotros no estemos presentes. El salón-comedor es inmenso. Dios, soy una idiota, y una jefa horrible, ¡y una mala persona!

—¿Vas a echarnos mucho-mucho de menos, Naomi? —pregunta Banny con la cara llena de chocolate.

—Mucho más que mucho-mucho —le digo ofreciéndole la mitad que me queda de mi tarta de chocolate, viendo que ya se ha terminado la suya.

—No, ya ha comido bastante —dice Matthew frenando mi mano.

—Déjala —muevo un hombro—, está de vacaciones y se ha comido todo el pescado.

—Es verdad, me lo he comido —sonríe de oreja a oreja.

—Dos contra uno, no es una batalla justa —cede Matthew.

—Podríamos quedarnos más días.

—No, tenemos que irnos hoy, Banny. Tus abuelos nos espera ansiosos en Michigan, ellos también te echan de menos.

Me despido de ellos repartiendo abrazos y besos hasta que tengo el corazón lleno.

Le doy vueltas y vueltas a lo que voy a decir una vez me abra la puerta. Tantas, que casi no me doy cuenta de que me subo al ascensor sola hasta que estoy encerrada.

—Respira, es un ascensor muy grande —me convenzo—, y después de semejante cena no hay quien suba veintisiete pisos sin morir en el intento.

No tener a Matthew y Banny para subir conmigo de ahora en adelante, va a suponerme un problemilla.

Salgo del ascensor y tengo un *speech* perfecto. Uno que se va a la mierda cuando Adler Jenkins me recibe sin camiseta.

Ni siquiera aparece con una camiseta de esas de tirantes muy pronunciados.

Ni tan siquiera con una de esas tan-tan-tan abiertas que casi no son nada.

Sin. Camiseta.

Santo cielo. Estoy acostumbrada a ver a hombres atléticos y fuertes, trabajo con deportistas, ¿sabes a lo que me refiero? Pero el cuerpo de Adler es diferente. Es bonito. Sí, hay músculos y más músculos dibujados sobre una tez ligeramente tostada, pero casi parece una obra de arte. *Una que me está quemando entera y me va a obligar a meterme en la ducha en cuanto me quede sola.*

—Naomi.

—Estás desnudo.

—Según creo, llevo pantalones. —Se le ponen las orejas rojas, pero hay cierta seguridad en esos ojos imposibles que sobrepasa la vergüenza.

Vamos, que está claro que se ha dado cuenta de que me ha dejado con una sola neurona funcional y cachonda perdida. Qué montón de pecas, es como si alguien se hubiera tomado la molestia de adornar sus abdominales y sus pectorales.

—¿Sueles abrir la puerta desnudo?

—No estoy desnudo.

Las gotitas que caen de su pelo y aterrizan sobre los inmensos hombros de quarterback que tiene discrepan a lo grande.

—Estás bastante desnudo.

Su cuerpo se tensa, probablemente incómodo por mi mirada. La alzo hasta la suya para ver que las láminas de oro fundido que brillan en el mar ámbar de su iris han adquirido un color todavía más intenso. *Son los ojos de un león.*

—Pensaba que serían los del servicio de habitaciones —carraspea, me da la espalda y mi mandíbula roza contra el suelo.

Menuda. Espalda. Joder.

Este es un dios que ha bajado a la tierra para ver de qué coño va la experiencia humana, como te lo cuento. Ahora en serio, hormonas revolucionadas aparte, ¿de qué narices va este tío teniendo ese aspecto? Se pone una camiseta y me obligo a dejar de acosarle visualmente como una perversa cuando vuelve a la puerta.

Capítulo 6

Adler

La piel me quema.

Me alejo de la puerta en busca de algo de autocontrol con la excusa de ponerme una camiseta, pero juro que si vuelve a mirarme así, voy a empalmarme y va a ser muy violento para todos. *Tío espabila, joder, que pareces nuevo.*

—¿Adler?

—¿Sí? —Carraspeo. *No sé qué ha dicho*—. Pensaba que serían los del servicio de habitaciones. Por eso he abierto sin pensar, disculpa.

Cierra los ojos con fuerza, perdiendo parte del rubor de sus mejillas. Casi parece que se sienta culpable.

—Justo por eso he venido —se muerde el labio inferior y parece involuntario, pero a mi polla le encanta—. Venía a pedirte perdón.

—¿A mí? ¿Por qué?

—No sabía que nos estabas evitando durante las cenas. Me siento fatal.

—No tiene importancia. Suelo esperar un poco porque no tengo hambre hasta tarde —*a menos que me machaque en el gimnasio tanto como hoy, entonces estoy famélico.*

—Lo siento muchísimo, Adler. No me expresé con claridad. No quería decir que no pudieras bajar a cenar a la misma hora que nosotros. Puedes hacer lo que quieras, eres libre y no tienes que encerrarte en tu habitación por mí.

En honor a la verdad no lo he hecho *solo* por ella. *Me sentaría mal la cena de verla reírse con los comentarios de Matth-ew.* Lo he buscado en internet, ¿sabes? Y el tío no sale por ninguna parte. Es probable que quiera mantener el anonimato, pero ya podría cuidar mejor a su mujer. Si diera la cara por ella y dijera que están casados y hasta que tienen una hija, tal vez que

Naomi no tendría que ser tan distante con todo el mundo.

—Dios soy una mala persona.

—No, no lo eres. Naomi, no tiene importancia, en serio. Puedo cenar aquí las semanas que vayan a quedarse, para mí no es ningún...

—Se van esta noche. Ya se han ido, de hecho.

—¿Sí? —Me apoyo en el marco de la puerta, intentando tragarme la sensación de felicidad que me rebosa.

—Sí, baja a cenar de inmediato —me coge de la muñeca, yo me derribo y ella aparta la mano como si le quemara.

Cómo me está gustando esto.

—Te recuerdo que ya he pedido al servicio de habitaciones.

—Ahhh, sí, cierto.

—Tal vez podríamos hacer turnos —encojo un hombro—, ya sabes, para no coincidir tú y yo.

Tú y yo. ¿Estoy tonto o esas tres palabras suenan de cine?

—Tengo otra idea y puedes mandarme a la mierda si quieres, pero —mira a ambos lados del pasillo cual fugitiva—, ¿y si hicieras una obra de caridad y cenaras conmigo de ahora en adelante?

—¿Y qué hay de los cuchicheos y lo que piensen-o-escriban de nosotros?

—Si pedimos una mesa grande y mantenemos la compostura, nadie tiene por qué inventarse nada —juega con sus manos, nerviosa.

—¿Por qué dices que cenar contigo es una obra de caridad? —estrecho la mirada, mi cuerpo acercándose al suyo, pese a que no me he movido del sitio.

—Porque he estado evitando el ascensor siempre que he podido, pero recién cenada no puedo. Matthew y Banny me acompañaban cada noche, pero ahora que se han ido...

—No quieres tener que subir veintisiete pisos después de cenar.

—Soy despreciable. Soy una mala persona. Puedes mandarme a la mierda si quieres.

Se me ocurren cantidad de adjetivos, la mayoría nunca los he utilizado con una mujer, pero ninguno de ellos es negativo. *Mejor me los callo. Por lo de la línea y eso.*

—¿Sabes qué? —dice después de un breve silencio—. Mejor olvídalo. Se me cae la cara de vergüenza solo de haberlo mencionado.

Engancho su camiseta con dos dedos antes de que se vaya y por alguna magia divina se

queda donde está.

—¿De verdad has subido por las escaleras alguna vez?

—¿Alguna? —Se ríe por lo bajo, mueve las cejas y se encoge sobre sí misma—. Sí, alguna que otra.

Quiero protegerla. De los ascensores y de lo que haga falta. Matthew es tonto por apartarse de su lado cuando lo necesita. Pero yo soy gilipollas porque, pese a saber a ciencia cierta que es una idea terrible, lo digo de todas formas.

—¿Y si cenamos aquí?

—¿En tu habitación?

—O en la tuya —me encojo de hombros entrando para que me siga—. Aquí no nos vería nadie y son dos viajes en ascensor que te ahorras. Además, no me acaba de gustar lo de mantener la compostura, no va conmigo. Pero no te estaría haciendo un favor.

—¿Cómo que no?

—Me lo estarías haciendo tú a mí. Me gusta la compañía. La verdad, llevo años compartiendo piso con un montón de gente y en nuestra casa no existe el silencio. Se me hace raro estar solo.

—Si acepto, ¿puedo pedirte otro favor? —ladea la cabeza y su larga melena castaña llena de rizos se mueve con ella.

Reprimo mis ganas de olerle el pelo.

—Sería el primero, pero sí, sí que puedes.

—¿Podría abrir la puerta que da a mi habitación para que mis gatas no estén solas? Después de todo el día me sabe mal que... A menos que tengas alergia o algo así.

—No tengo alergia, no.

Se balancea sobre sus talones mientras asiente de una forma tierna y adorable que voy a recordar la próxima vez que me duche y luego se acerca a la puerta. Va a quitar el cerrojo de mi lado y entonces se da cuenta.

—No tienes el cerrojo echado.

—Nunca lo he puesto —no sé por qué se lo suelto, ni por qué parece incapaz de moverse durante los siguientes quince segundos.

Me limito a esperar a que vaya a su habitación, quite su cerrojo y abra la puerta que separa las dos. Trago con dificultad y espero que vuelva a entrar, apañándomelas para controlar mi entusiasmo y repentino nerviosismo. *Tiene un montón de dibujos de Banny decorando sus*

paredes, por lo menos veinte. Cuando el servicio de habitaciones llama a mi puerta, Naomi se esconde tras el armario.

—Aquí tiene, señor Jenkins.

Señor Jenkins, ¿has oído eso, entrenadora? Cierro la puerta y dos bolitas de pelo blancas se me suben a los pies, fundiéndose con el blanco de mis calcetines.

—Es el partido de los Rock-Z con los Demons. —Señala el televisor, donde lleva reproduciéndose el partido que me recomendó ver, todo el tiempo que llevamos hablando.

—¿De verdad?

Estrecha la mirada en mi dirección y me saca una sonrisa. Se sonroja ipso facto. *Voy a estar sonriendo hasta que me dé un puto calambre.*

—Pregunta, ¿qué comen?

—Ah, tranquilo, siempre me ocupo de su cena antes que de la mía. Ahora deberían estar acostadas, solo tienen...

—Siete meses, lo sé. Katastrofe y Mi-Miau, un par de renacuajas mimosas —*dándome cuenta de lo que acabo de decir en tres... dos... uno...* —. No te estaba espiando, es que las paredes son muy finas.

—Ya lo sé, te oía cada vez que entrabas y salías de la ducha.

Me doy por satisfecho siempre que no escucharas lo que hacía dentro de ella. He perdido la cuenta de las veces que me he corrido pensando en ti.

—¿Es normal que hagan esto? —pregunto cuando las gatas se hacen un ovillo en mi pie.

—No lo sé, a mí nunca me lo han hecho.

Se ríe. Naomi Nasher se ríe. *En. Mi. ¡¡Habitación!!*

Arrastro los pies hasta la cama y me siento en el borde dispuesto a cenar con o sin gatas encima.

—¿Te has quedado con hambre? —le pregunto cuando olfatea en mi dirección—. He pedido demasiada cantidad.

—No —dice sentándose a mi lado, pero sin quitarle el ojo a las patatas de boniato.

—Naomi.

—No voy a quitarte la comida.

—¿Sigues con el rollo ese de la compostura?

—Lo cierto es que me obligo a comer mejor delante de Banny para enseñarle con el ejemplo. Lo cual me ha llevado alguna que otra vez a escupir coliflor hervida en una servilleta,

ergo a tener hambre.

—Me he dado cuenta.

—¿Cómo?

—Desayunas más desde que llegaron. —*Joder, macho, tengo que aprender a cerrar la puta boca*—. En fin, que comas.

Me siento muy bien conmigo mismo cuando lo hace.

Horas después, con Kat y Mi-Miau de vuelta en la cama de Naomi, la tengo a mi lado comentando en voz baja por qué las mejores jugadas de Arnold Scheesard son las mejores jugadas de Arnold Scheesard. Su rodilla lleva mucho rato sin ser lo único que tiene contra mí.

La respiro. Hago una inhalación-de-Naomi que me pone enfermo y me deja claro que esto ha sido una mala idea.

—De ser impaciente, habría metido la pata, fíjate, justo ahí. Da en el blanco porque espera. Y eso —me da con el índice en el pecho y me mira—, es lo que vas a hacer tú. Dejar a tus rivales pensando que lo tienen todo bajo control.

La cojo de la muñeca para apartarla, pero lo cierto es que solo lo hago para tocarla. Ella no da un respingo, ni se aparta como ha hecho antes. No sé cuándo, ni cómo me he ganado el derecho, pero no pienso renunciar a él.

Esa noche, me duermo con la almohada en la que ha estado apoyada.

La que huele a coco.

A medida que pasan los días, las noches se convierten en mi momento favorito, pero echo de menos jugar al hockey cosa mala. Una parte de mí cree que me voy a volver lento si sigo aguantando, que voy a perder reflejos. No es por ser un dramas, pero es lo que siento.

Hablando de sentir, espero no ser de la clase de tíos que hace ruidos cuando duerme, porque la última semana he estado despertándome con toda clase de sueños húmedos, ergo empalmadísimo. *Con Naomi desnuda debajo de mí, Naomi entrando en mi ducha, Naomi rodeándome la polla con la boca...* Nadie en su sano juicio podría culparme después de haberla oído hablar de hockey. Es un puto sueño y a su vez mi cruz, mi pesadilla, porque no la puedo tener.

Quiero guardar las distancias, pero es que todo lo mejora. *Joder, si a mí los gatos me daban igual y ahora tengo ansiedad solo de pensar cuando llegue el día de separarme de Katastrofe y Mi-Miau. No me reconozco. Ya no sé quién soy.*

All the single ladies

Adler Jenkins

Joder, tiene familia y una hija
A mí qué mierda me pasa???

Anthony Schneider

Yo te puedo decir lo que te pasa, chaval
Pero no te va a gustar



Ace Crawford

Que necesitas follar



Jonathan Arlington

Empalmado el cerebro masculino no funciona bien
Secundo la moción

Jacob Bolton

Y yo
Pero con ella no, a poder ser
A menos que esté pensando divorciarse

Tyler Jones

Igual no te estás montando una película y lo que pasa es que le gustas
Has dicho que las paredes son de papel
Has oído gemidos de placer desde que el marido se fue?

Ace Crawford

La has oído gemir algo así como «Adler, oh, ¡Adler!»

Adler Jenkins

Sois unos putos cerdos
Y no.

Anthony Schneider

En cualquier caso, tío, eres el único que va a tenderte una mano
Lo pillas????

Ace Crawford

Sí, Anthony, lo pillas.

Jonathan Arlington

Una ducha de agua fría y a seguir, campeón!

Ace Crawford

No querías mejorar?

Pues toma disciplina



Zayne Swanson

Sigue pareciéndome raro no haberme enterado de lo de su familia...



No sé cómo narices me las apaño para pasar otra mañana más con Naomi, encerrados en una sala que cada día parece más pequeña, después de que se convierta en el escenario de muchas de mis fantasías sexuales.

Llevamos quince minutos comentando un libro que estamos compitiendo por ver quién se lee más rápido y se ha abierto un debate. Por desgracia, mi cerebro no me da buenos argumentos porque sigo estancado en el hecho de que se ha puesto gafas. *Gafas, joder. Ahora resulta que tengo un nuevo fetiche. ¿Cómo está tan guapa?*

—Evitarte una lesión grave tiene que ir por delante de ganar.

—No estoy de acuerdo. —*¿Lo ves?*

¿Ves lo pobres que son mis argumentos?

—Dime, Adler, ¿cuántos partidos puedes ganar en dos años? Porque hay lesiones que duran mucho más que eso. No seas codicioso, te irá mejor.

—No es codicia —interrumpo sus ganas de dar la conversación por zanjada—, es saber trabajar en equipo. ¿Sabes lo que sentí cuando jugamos contra los KandaBears? Que no iba a permitir que hicieran daño a uno de los míos y que pagaría el precio para evitarlo fuera el que fuera.

—¿Y qué pasó? Que saliste herido.

—Ambos sabemos que no fui yo quien se llevó la peor parte y aunque así hubiera sido, lo aceptaría con gusto. No soy ningún cobarde.

Se le separan los labios, pero no dice nada. Vuelve a cerrarlos.

—¿Qué?

—N-nada, es algo muy noble Adler. Yo solo lo comentaba desde el punto de vista eficiente para tu carrera.

—No todo son números, Naomi, ni técnica. A veces *lo único* que importa es proteger a los tuyos, aunque suponga que vayas a quedar echo una mierda. ¿Qué estás haciendo?

—Tachar un par de libros de la lista, está claro que no te hacen falta —se muerde el labio mientras toquetea la tablet y yo sueño con haberla impresionado lo más mínimo.

Capítulo 7

Naomi

Recibo un mensaje de Adler pidiéndome que espere en mi habitación hasta que venga a buscarme, que debe hacer una cosa antes de que empecemos a trabajar. Pero veintisiete plantas y un lobby después, entro en la pista de hockey y la encuentro llena de gente.

—Vamos, Jenkins, ¿acaso no vas a enseñarnos lo que sabes hacer? —reconozco a Ace Crawford de las competiciones, y a Jacob Bolton y a Zayne Swanson.

Es su equipo.

—Sí, ¿no tienes nada que enseñarnos, mamón? —pregunta Anthony Schneider.

—Igual se va a poner a patinar sobre libros —dice Tyler Jones antes de carcajearse con Jonathan Arlington.

—¿Queréis callaros, ya cabrones? Os he dicho que no puedo jugar. Fin de la historia.

—Porque la *profe* no le deja —se burla Ace.

—Su mami sabe que la mejor manera de mejorarlo como jugador, es sacarlo de la pista —se ríe Anthony.

—*Mamaaa*, ohh —dicen Jacob, Ace y Zayne, en un arranque repentino de Queen.

—Largaos de aquí, os juro que como empecemos a trabajar tarde por vuestra culpa os voy a dar una paliza —amenaza con una voz imponente que me moja al instante.

Ya le había visto enfadado en vídeo, pero en directo me endurece los pezones aún más rápido.

—Naomi —Zayne me ve y alza la mano a modo de saludo, con guante, stick y todo.

—No me toques los huevos, Zayne, hazme el favor de... Naomi —Adler se queda blanco al verme y con el coro de risas de sus compañeros se acerca a mí en un par de zancadas.

Dios, qué alto eres.

—Te prometo que no he jugado.

—Lo sé.

—Te prometo que no iba a hacerles caso. Voy a hacer que se larguen antes de que llegues a la última grada —las señala y encojo un hombro.

—Lo cierto es que han venido desde lejos. ¿Una hora y media en coche?

—Y eso es lo que se van a hacer ahora de vuelta porque pienso echarlos de aquí en... —sus intenciones de gritarles se ven interrumpidas cuando le toco.

Porque le toco. Otra vez. Como si no hubiera aprendido la lección cada noche que cenamos juntos y mantener las distancias es tan, tan difícil que...

—¿Naomi? —su voz es un susurro, una caricia.

Otra vez me he quedado en trance. Le suelto.

—Enséñales lo que has aprendido —alzo la barbilla con orgullo.

—Lo siento, no te he oído bien, ¿qué acabas de decir? —se inclina hacia mí con todos esos músculos tensos siguiendo sus movimientos.

—Juega, demuéstrales lo que has aprendido. Pero con una condición.

—¿Cuál? —pregunta con ojos brillantes dispuesto a aceptar lo que sea.

—No puedes utilizar técnicas del pasado. Solo nuevas.

Sonríe ampliamente y un calor serpenteante viaja muy al sur de mi cuerpo. *Alguien podría tener un orgasmo con esa sonrisa.*

—Hecho —me coge de las manos, les grita que va a cambiarse y desaparece mientras lo celebran.

El partido empieza y me doy cuenta de lo magnífico que es el juego de Zayne Swanson. Por eso resulta todavía más sorprendente que Adler no pare de marcarle. El ex-capitán del equipo está impresionado y se carcajea eufórico cual hermano mayor orgulloso, a diferencia del resto que están algo en shock. *¿Y yo que hago? Elegir este momento para imaginármelo sin camiseta. Soy una acosadora. Él confía en mí y yo no paro de babear.*

—¿Qué acaba de hacer Jenkins? —pregunta Jacob Bolton—. ¿Acaba de colársela a Anthony y esquivar a Jonathan?

—¿Cuánto tiempo dices que llevas con Naomi? —pregunta Ace.

Adler se ríe, está que revienta de felicidad y me lanza una mirada de agradecimiento que me taladra y destruye todo a su paso. Tengo que aferrarme a la barandilla para no caerme al suelo.

Los jugadores se ponen las pilas y al final los resultados son bastante igualados, pero no importa. *Esto le ha servido a Adler para ver lo que puedo hacer con él, si me lo permite. Está claro que somos un buen equipo.*

El partido termina y otros deportistas ocupan la pista, con sus respectivos entrenadores. No tengo claro cómo han entrado aquí, ya que el recinto es privado, pero Adler se despide de sus amigos antes de que los echen, lo cual es un puntazo. Espero en la sala de estudio a que se dé una de sus duchas supersónicas.

Zayne Swanson

Zayne Swanson

Gracias otra vez por darle una oportunidad a Adler

Naomi Nasher

Se la merece, está haciendo un gran trabajo

Gracias por insistir

Zayne Swanson

Sabía que ser un pelma serviría de algo

Naomi Nasher

Y gracias por la sorpresa

Dudo que os lo diga, pero os echa de menos

Zayne Swanson

Joder, Naomi.

Si no quieres que robemos una habitación corta el rollo sensible

Que estamos de despedida y somos unos putos blandos

Naomi Nasher

Señor, sí, señor



—¿Es Banny? —Adler aparece a mi lado, alto como una torre y mojado como... *dios, como una de las fantasías picantes que yo...* —. ¿Te escribes con Zayne?

—Fue él quien me contactó. ¿Qué llevas puesto?

Se encoge de hombros, pero lleva una camiseta que pone Crawford en letras grandes.

—¿Te has puesto la camiseta de tu mejor amigo porque no querías que se fuera? —digo en

tono burlón—. ¿Estás mimoso?

—No, es que no me quedaban limpias.

—Eso suena a excusa barata. —*Menudo bromance veo yo por aquí.*

—¿Qué decías de Zayne? —insiste con una emoción que no descifro.

—Solo me estaba dando las gracias por hacer mi trabajo.

—Yo también quería dártelas —se inclina, me sujeta la cabeza y antes de que pueda asimilarlo, me planta un beso en la frente—. Eres increíble, Naomi Nasher.

Intento contestarle, pero todavía siento sus labios en mi piel cuando se aleja. Nos pasamos el día leyendo y sin incidentes.

El problema llega a la mañana siguiente.

—He dicho que no, Adler —empiezo a subir las gradas, pero su mano coge la mía.

La aparto de inmediato porque cualquiera podría vernos y él da un respingo.

—Perdona —alza las suyas—. Por favor, Naomi, reconsidéralo.

—No es así como funciona esto —digo y empiezo a enfadarme de verdad.

—Pero ya viste lo bien que me fue jugar ayer.

—Y es el resultado de haberte pasado dos semanas hincando los codos sin pisar la pista. Aguanta dos semanas más y hablamos.

—En dos semanas vendrán las cámaras. Estaré mucho más preparado si empiezo a aplicar ya lo que hemos estudiado.

—*Adler* —última llamada de atención.

—Vamos, Naomi —insiste sin ver el límite—, lo que me has enseñado me ayudó muchísimo ayer. Lo que hice contra el capitán fue una pasada y...

—¿Puedes dejar de ser un crío y acabar con el berrinche de una vez? —alzo la voz, sonando mucho más cortante de lo que pretendía.

—No es un berrinche, y no soy un crío —su iris se vuelve gélido, su mandíbula se endurece y su postura se tensa—. Para empezar solo tienes seis años más que yo, podrías dejar de remarcarlo a cada paso que damos.

—Mentalmente unos cuantos más.

Agacha la cabeza intentando calmarse, pero la alza demasiado pronto.

—¿Solo porque has tenido una hija siendo muy joven? Mira, puede que yo no haya sido padre, pero no sabes *nada* de mi vida.

—¿Qué hija? ¿De qué narices estás...?

—Banny.

—Banny no es mi hija, es mi sobrina.

—Creía que Matthew y tú... —No soy capaz de descifrar la expresión de su cara.

—Matthew es mi cuñado, Adler. ¿Y por qué estamos hablando de mi vida *personal* cuando lo que deberías hacer es decir «claro, Naomi», «lo que tú digas, Naomi»?

—Sabes que respetaré tu decisión, pero dijiste que querías oír mi opinión —esta vez parece dolido y es como un bofetón que me cruza la cara.

—Y también dije que discutir sobre si debemos o no hacer algo que yo considero fundamental, es perder el tiempo. Que te alejes de la pista es necesario, ya te lo expliqué y no voy a volver a hacerlo.

—Lo sé, pero ayer fue increíble.

—Dices que respetas mi decisiones, pero dudar de mí es faltarme al respeto. No, ahora calla y escucha —digo cuando está a punto de interrumpirme—. Esta es mi manera de trabajar y la aceptaste, no puedes intentar cambiarla ahora que estamos a medias del proceso porque te apetezca jugar. Esto es trabajo, no placer, y dijiste que no renunciarías, así que mueve el culo y sube a la sala porque los cuatro libros que te tocan hoy no van a leerse solos.

Su mandíbula podría cortar cristal cuando pasa por mi lado haciendo grandes esfuerzos por no rozarme. Sube hasta arriba dando zancadas de puro enfado. *La línea que nos separa, esa que con tanto esfuerzo he dibujado día tras día, ahora está comida por las llamas.*

Capítulo 8

Adler

—No volveré a repetírselo, Jenkins —dice Benjamin Simons el capullo canoso, relamido y remilgado, que da la casualidad que también es el más alto cargo de esta organización deportiva y quien lleva diez minutos gritándome—. ¿Dónde está Nasher?

—Su problema no es con ella, es conmigo.

—Es *su* llave la que abrió la puerta, ¡*su* tarjeta la última que registró el sistema anoche! ¡Debe asumir la culpa!

Ayer por la noche, después de convencerla de que haber discutido no afectaba en absoluto a nuestras cenas, acabamos discutiendo. Esta vez por un libro, así que volvimos a la sala para comprobar un par de capítulos y ver quién tenía razón. *Por supuesto, ella, la tenía ella.*

—Yo la utilicé, la culpa es mía.

—¿Acaso...? ¡¿Robó la llave a su entrenadora?! —me grita, porque no sabe hablar de otra forma.

Este gilipollas tiene la típica cara de tonto-al-que-nunca-han-zurrado. Y obviamente, me encantaría hacer los honores. Pero eso no estaría bien... ¿O sí?

—Vine a por unos libros, me los dejé en la sala en la que trabajamos y no podía dormir sin releerlos.

—¿Un jugador de hockey que sabe leer? ¿Intenta tomarme el pelo? Si la mayoría de ustedes ni siquiera saben nombrar diez de los cincuenta estados.

—A cambio de un par de cabras mi padre pudo convencer al ganadero de mi pueblo natal para que me diera unas clases de geografía, ¿se los recito?

Se le dilatan las fosas nasales, está rojo de rabia y no me sorprende. *Nos lo hemos cruzado un par de veces y nos lleva mirando mal todas. Está claro que tiene alergia al buen rollo y que*

era solo cuestión de tiempo que esto pasara.

—Déjese de estupideces, lo que ha hecho es muy grave.

—No volveré a dejarme la puerta al recinto abierta, señor Simons.

—No, no volveré a hacerlo porque si le veo entrar aquí sin la supervisión de su entrenadora, que claramente es la única con dos dedos de frente, lo expulsaremos de nuestras instalaciones y la mala prensa que le caerá encima lo dejará sin opciones académicas, ¿le queda claro?

—Clarísimo.

Se va dándome un golpe en el hombro y en mi ascenso por las gradas, me imagino la cara que pondría al ver que tengo más fuerza en la muñeca izquierda que él en todo su cuerpo. Me contento pensando que Naomi está en el salón comedor y no ha tenido que oírlo.

Juraría que he oído las puertas de la entrada abrir y cerrarse dos veces, pero cuando llego arriba y me giro no hay nadie.

Me da tiempo a leerme un capítulo antes de que venga roja, enfurecida y sin aire.

—¿Estás bien? —me levanto de golpe.

—¿Por qué has dejado que te hablara así?

—¿Quién?

—¿Cómo «quién», Adler? ¡Lo he oído todo! ¡Fui yo la que se dejó las puertas abiertas anoche, la que puso la carísima pista de hockey en riesgo, no tú!

—Íbamos juntos, la responsabilidad es compartida. —*Además alguien cerró la puerta por nosotros diez minutos después, al final todo ha sido un susto.*

—Solo he escuchado la última parte pero resultaba evidente que no estabas compartiendo nada conmigo.

Me encojo de hombros y vuelvo a sentarme. Un segundo después la tengo a un paso, apoyada en el respaldo de mi silla con el iris ardiendo con fuego azul.

—No vuelvas a hacer eso nunca, ¿entendido? Promételo.

—No me gusta incumplir mis promesas, Naomi.

—Soy tu entrenadora, soy yo la que debe protegerte. Si un energúmeno así vuelve a faltarte al respeto no te callas, no lo aceptas, vienes a verme y nos quejamos al sindicato deportivo de...

—Sabes tan bien como yo que tenemos las de perder. Benjamin tiene la sartén por el mango porque cualquier jugador de hockey quiere pasarse aquí el verano.

—¡Me importa una mierda! ¡No puedes dejar que te griten! ¿Por qué sonríes?

Porque eres preciosa.

Yyyyy a la mierda mi plan de hacerme el frío, duro y distante.

—Me alegra ver que mi entrenadora me guarda las espaldas —me pongo de pie y hago eso de mirarla desde las alturas, de evidenciar lo pequeño y bonito que es su cuerpo al lado del mío —, aunque yo también le guardo las espaldas a ella.

—Adler Jenkins —maldice roja, todavía enfadada, pero también otras cosas.

El orgullo con el que nos mira Landon, el respeto que vibra entre los miembros del equipo que viene de la mano con la certeza de que vamos a estar ahí pase lo que pase, ahora brilla en sus ojos.

—Disculpe entrenadora, pero deberíamos limitar el tiempo de charla —cojo un libro sobre liderazgo, nada menos, y ocupo otro asiento, esta vez bien lejos de ella—. No podemos desperdiciar el tiempo. A leer.

Abre la boca con ofensa y rebuzna un par de veces.

Durante toda la tarde, recupero la distancia entre nosotros que he perdido por culpa de Benjamin Simons. Lo que dijo me dolió y me ha hecho darme cuenta de que, desde el primer día, la he dejado entrar. *Pero la vulnerabilidad tiene un precio muy alto que el ego rara vez quiere pagar.*

—Sigo pensando que deberías haber cerrado el pico cuando te dije que jugar quedaba descartado —Naomi rompe el silencio cuando llegamos al ascensor, camino a nuestras habitaciones—, pero no debería haberte llamado crío. No creo que lo seas, Adler. Eres muy maduro e inteligente, y no te veo como un crío.

—¿Por qué lo dijiste? —la sequedad y distancia en mi tono no desaparece.

—Suele costarme mucho que me tomen en serio y me he acostumbrado a actuar a la defensiva. No solo me cuesta por ser mujer en un deporte liderado por hombres, sino también por ser joven, ya que en la mayoría de casos los jugadores con los que he tratado han sido mayores que yo —aprieta los labios y sacude la cabeza—. No importa que toda mi vida girara alrededor del hockey desde que tenía tres años, la mayoría de jugadores a los que quiero ayudar, me ven como alguien inferior. Eso cambia al final, claro, cuando ven lo que hago con su juego. Pero para entonces la herida ya está hecha y después de cinco años es bastante profunda. Lo siento. Pagué contigo un daño que tú no me has hecho.

Nos despedimos y quedamos en vernos en veinte minutos para cenar. No puedo parar de darle vueltas y cometo un error: buscar a los bocachanca que han tenido el privilegio de trabajar

con ella. En algunos casos, el respeto sobresale por encima de todo, pero en otros la misoginia es asquerosamente palpable.

Es insultante y me pillo tal cabreo que irrumpo en su habitación con el portátil en la mano dispuesto a rajar sobre el cretino y machista de Roger Waltz cuando la veo.

Desnuda.

Hostia puta. Las gotas resbalan por sus curvas expuestas frente al cristal mientras se seca el pelo con una toalla pequeña. O se lo secaba porque ahora se ha quedado petrificada. Toda la sangre se me baja a la polla. Tengo una visión clara de la parte delantera de su cuerpo gracias al espejo y del resto porque me da la espalda. Y aunque no la repaso con la mirada como me grita mi cuerpo que haga, la veo. *La veo del todo.*

—Adler —su voz es un susurro.

La mía un gruñido.

—Perdona. Debería haber llamado. —Me doy la vuelta antes de hacer alguna barbaridad como acercarme a ella y tocarla, besarla.

Me largo dando un portazo sin darle la oportunidad de decir nada.

Oigo el sonido del cerrojo a mi espalda más o menos cuando cedo a la enorme erección que me ha dejado. Tiro el portátil en la cama y voy al baño porque necesito correrme.

He querido meterme entre sus piernas desde la primera vez que la oí hablar de la estrategia de pase de farol. Tal vez antes. Pero su marido e hija me estaban ayudando sin saberlo. Ahora que la verdad ha sido expuesta, voy cuesta abajo y sin putos frenos.

Libero mi erección incluso antes de abrir el grifo de la ducha. Me rodeo la polla con un firme agarre y empiezo a sacudírmela incapaz de dejar de ver lo que se ha tatuado a fuego en mis retinas. Unos pechos redondos y firmes que quiero meterme en la boca, un culo espectacular al que... joder, al que quiero hacerle de todo. Es un millón de veces más preciosa de lo que había imaginado. *Y la he imaginado mucho.* Es un ángel, pero nunca podré tocarla, solo en sueños.

El placer empieza a gotear de la punta de mi polla. Estoy a punto. Las siguientes sacudidas son descontroladas y me arrebatan gruñidos bruscos. Mis caderas se mueven solas, me estremezco, me tenso. Cada vez más rápido, cada vez más. La tengo durísima y hago lo que puedo para terminar de desvestirme, pero la necesidad no deja de crecer.

—Me estás torturando y ni siquiera lo sabes, Naomi. —Cierro los ojos y pego la frente a los azulejos—. *Naomi.*

Sueño con hundirme en ella, en follarla tan profundo que grite hasta quedarse afónica.

Sueño que me ordena que lo haga.

Me corro con la fuerza de un puto huracán, poniéndolo todo perdido.

Absorbo el placer como puedo, pero el orgasmo me rompe y me arranca una ristra de gemidos de demonio que ni reconozco. Tengo que esperar un poco a salir de la ducha porque se me vuelve a poner dura como una piedra y necesito masturbarme otra vez.

Me visto sintiendo que tengo algo más de control sobre la situación y quince minutos después recibo un mensaje suyo.

Naomi Nasher

Naomi Nasher

Hoy me voy a dormir pronto.

Hasta mañana.

—Naomi, abre la puerta —golpeo la que nos separa.

—No tengo hambre.

—Somos dos adultos.

—Dos adultos sin hambre. —Oigo el oportuno rugido de sus tripas—. *Mierda.*

—Ya he pedido la cena para los dos.

—Pues no deberías haberlo hecho. Va a ser un desperdicio de comida con lo llena que estoy —otro rugido.

—¿De verdad te parece mejor esperar a mañana para vernos las caras? Mañana, cuando tengamos que pasarnos horas el uno frente al otro *en silencio*.

Oigo el cerrojo y contengo la sonrisa.

—No, no me lo parece. —Carraspea y señala la puerta—. Lo mejor será que la mantengamos cerrada salvo a la hora de la cena.

—Sí, será lo mejor. —Se me escapa la risa porque estoy tenso de cojones—. Además, no he visto nada.

—Creí que éramos dos adultos.

—Tienes un cuerpo precioso.

—Cállate, ¿quieres? —me pega en el brazo y pasa tímidamente a la habitación, seguida por sus pequeñas gatas.

—No llevas gafas muy a menudo —*Y mejor, me ponen cosa mala.*

—Uso lentillas siempre que puedo. ¿A qué venías?

—Naomi he estado buscando a algunos de los jugadores a los que mejoraste por mucho la carrera y... joder, no tenía ni idea. A ver, no estoy ciego, estoy al corriente del machismo existente en este deporte. Pero tú eres muy respetada, es bien sabido que decenas de agentes deportivos te contactan a diario mendigando atención, ¿y aun así los elegidos son gilipollas desagradecidos?

—No todos —se sienta al borde de la cama mordiéndose el labio—, solo algunos. El panorama está mejorando poco a poco, a medida que el hockey femenino va ganando fuerza. Pareces enfadado.

—Lo estoy, es un asco que tengas que aguantar esas mierdas. ¡Y encima tienes que vigilar todo lo que haces por lo que pueden cuchichear de ti y tus alumnos! Es como tener que demostrar tu inocencia de manera constante porque todos te consideran culpable ya de entrada. ¿Por qué sonríes?

—Porque me recuerdas a alguien a quien quería mucho y que solía hacer larguísimas disertaciones sobre los cambios que necesita el mundo en el que vivimos. —Baja la cabeza y juega con las manos. Sin romper el silencio, me siento a su lado—. Stacy era una mujer maravillosa.

—¿Quién...?

—Mi hermana. La madre de Banny. Murió hace ya... un año —se le inundan los ojos de lágrimas e incredulidad—. Joder, ha pasado muy deprisa.

Quiero abrazarla, pero temo asustarla si lo hago.

—¿Cómo fue?

—Llevaba años enferma. Siempre decía que las bacterias y los virus habían sobornado a sus defensas y que por eso no hacían nada por ayudarla. Le descubrieron algo en la sangre a los diecinueve, el término médico fue «infección incurable del plasma», pero se traduce en la muerte de una mujer de treinta y cuatro. Creí que tendríamos más tiempo. Que Banny lo tendría.

—Lo siento mucho, Naomi.

—Todavía cometo el error de llamarla, de pensar en pedirle consejo sobre esto o aquello a Stacy. Entonces me doy cuenta de que no está y empiezo de cero otra vez —se desmorona.

No lo pienso, la rodeo con los brazos y la atraigo hacia mi pecho. Su cuerpo no debería encajar tan bien contra el mío. No cuando es la primera vez y ella ni siquiera es consciente, pese a que se aferra a mi camiseta con fuerza.

—Se supone que los hermanos son lo único que te queda cuando tus padres abandonan este mundo, ¿no? —hunde la cara en mi cuello y llora.

Pienso en Isabella, mi hermana pequeña. Un incordio por el que moriría una y mil veces. *Ni me imagino lo que me haría perderla.*

—En teoría.

—¿Entonces por qué tuvo que irse tan pronto?

Apoyo la barbilla en su cabeza y nos mezo con suavidad, intentando no centrarme en lo poco y mal que sé manejar estas situaciones.

—Estoy segura —dice.

—¿De qué?

—De que en sus últimos días me odió con toda su alma. ¿Por qué siempre tenía que ser ella la enferma? ¿Por qué no podíamos repartir la carga? Joder, ella tenía a Banny y a Matthew, en cambio yo estaba sola y...

—Por favor, no hables así. Me haces polvo.

Me trago el nudo que me abrasa la garganta y me la deja en carne viva, y le beso la frente.

Ella llora con fuerza hasta que no le quedan lágrimas. O al menos, hasta que cesan un poco.

—¿Por qué no me pides que corte el rollo? —se aparta frotándose la cara mientras intenta darme un golpe en el brazo—. Te he empapado la camiseta, ¿no te he gritado esta mañana sobre que tienes que saber poner límites a la gente? —Me mira con los ojos rojos y una pena desmedida—. ¿Por qué me sonríes?

—Porque eres preciosa —por poco tropieza consigo misma estando sentada. Le cojo la mano y tiro de ella hasta que vuelvo a abrazarla—. Escúchame bien, Naomi. Es imposible que alguien que no sea un redomado gilipollas snob repelente pueda odiarte. Y aunque no la conocí, estoy seguro de que Stacy nunca te odió.

—¿Cómo? —Alza la cabeza despacio, encontrando mis ojos a una escasa distancia—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque iluminas cualquier habitación en la que entras, porque mejoras todo lo que tocas cuando lo haces tuyo y porque tú no hiciste que tu hermana enfermara. Te he visto tratar a Banny y esa niña tiene escrito en la cara que sabe la suerte que tiene de ser tu familia. Estoy seguro de que su madre no era distinta y estoy seguro de que tú también lo sabes.

—Tienes que dejar de decir cosas tan bonitas.

—Lo haré cuando tú dejes de decir cosas tan feas.

—Adler...

Soy incapaz de resistirme.

Tomo su boca, la hago mía. La beso con intensidad y una necesidad férrea de hacerle ver la clase de persona que es. Lejos de apartarse, me separa más los labios y se hunde en mi boca. Bebiendo el uno del otro, tiro de ella hasta que la tengo a horcajadas sobre mi regazo. Su lengua cálida resbalando contra la mía, sus pechos frotándose contra mi cuerpo... delirio. Siento puro delirio. Naomi se mueve contra mí dejándome claro lo que quiere, fundiendo nuestras bocas mientras agarro su bonito culo y la empujo contra mi polla. Gime una vez y es tan suave y desesperado que se me graba muy adentro. *Dios quiero matarme en estas curvas.*

Llaman a la puerta y todo queda en pausa.

El puto servicio de habitaciones.

Naomi se separa de mi boca jadeando. Tiene las pupilas dilatadas, las mejillas rojas y quiere más, lo sé porque me clava los dedos en los hombros, por la calidez que noto entre sus piernas. Pero enseguida el peligro de lo que hemos hecho, *morder la manzana prohibida*, la empuja lejos de mí.

—Oh, dios mío —susurra poniéndose de pie, abriendo los ojos con espanto.

—Tranquila —intento, pero sale disparada hacia su habitación y se encierra en ella.

Capítulo 9

Naomi

Si tus amigos son lo bastante buenos amigos, no te tienen en cuenta las tonterías que haces estando borracha. Y al parecer, hay una versión depre-llorona del juego que desconocía, porque Adler no ha hecho ningún comentario acerca de cómo le atacué ayer. Como convertí su inocente abrazo en el principio de algo pecaminoso e irresponsable.

Pero llevamos dos horas trabajando y sigue tratándome como si nada.

—¿Pasa algo? —pregunta.

—¿Mmm?

—Lo digo porque llevas taladrándome con la mirada diez minutos. O bien la biografía de Ahrzen Macler te aburre cosa mala, o bien tienes algo que decir —alza la mirada con la última palabra y me penetra con su iris de fuego amarillo como si se tratara de una flecha del mismísimo Robin Hood.

Certero, directo, ajeno a la clemencia.

—No, bueno, querré debatir sobre las siete formas de mantener la calma bajo presión, pero cuando llegues a ese libro —aún no lo ha empezado.

Va a ser un día muuy largo.

Sonríe de manera torcida. *Como el típico tío que se va a tomar unas birras con Belcebú después de ligarse a un par de súcubos.*

—¿Nada más?

Me va tan rápido el corazón que no corre, esprinta.

—Nada más —carraspeo—, ¿quieres tú hablar de algo?

Se limita a aguantarme la mirada unos largos segundos y luego a guardar silencio mientras retoma la lectura.

Incapaz de concentrarme en las letras que se apilan unas a otras, recorro la sala de estudio con la mirada y me doy cuenta que, desde hace días, está distinta.

Para empezar, las pequeñas macetas de azucenas en miniatura que hay junto a los ventanales que dan a la pista de hockey, están más coloridas y bonitas que antes.

Y eso que son de plástico.

Siguiendo con lo raro, hay fotografías artísticas de pedazos de hielo colgadas en las paredes (*super original, ¿eh*), pero solo me percaté de su existencia cuando Adler las mira. Sobre todo, esa que está en algún punto por encima de mi cabeza. *Se convierte en mi favorita.*

Hasta las sillas parecen más cómodas. *Es bastante extraño.*

Horas después hago un recuento mental de todos los tics insoportables de Adler. Por ejemplo: su petulante forma de machacarse en el gimnasio después de una larguísima jornada de estudio, fingiendo que no está hecho polvo de tanto ejercicio mental como lo estaría cualquiera (*yo*).

¿Otro? Sonríe cuando contesta los mensajes de sus amigos. También pone mucho los ojos en blanco y maldice por lo bajo, pero incluso entonces está guapo.

¿Ves lo que te digo? Insoportable.

Me invento una excusa y voy personalmente a por los snacks saludables de la mañana porque necesito aire fresco. Entro al salón-cafetería de largas cortinas granate, mesas caoba y sillas de terciopelo. El mismo cuya carta se lee a través de un QR y las servilletas vienen con una recomendación de podcast deportivo. Lo encuentro tan silencioso como de costumbre.

Sarah me ve y sonríe, acto seguido pone un vaso altísimo sobre la barra y vierte el líquido de la vida y una pajita. *Mi batido de mandarina.*

—Eres un milagro de ser humano —como las bebidas se cargan directamente a la habitación, dejó una buena propina en el bote de cristal con su nombre y ocupó un taburete—. No pretendo incomodarte, pero esto es por lo que vivo.

—Lo que sea por mi guardaespaldas —la contrabandista me guiña un ojo.

Ha estado regalándonos mercancía no-autorizada a Adler y a mí, desde que pedir al servicio de habitaciones resulta la coartada perfecta. Se encarga de que los de la cocina aparten boniato frito y otras cosas que nos encantan. *Somos unos privilegiados.*

Todo comenzó mi segundo día aquí, cuando Benjamin Simons la estaba buscando y la cubrí. Que ella escuchara la trola que le solté a Simons sobre su paradero fue casualidad.

Antes incluso de poner un pie en este complejo, ya había oído largo y tendido sobre la

personalidad desagradable de Benjamin, pero lo de que trata mal al personal lo descubrí al llegar aquí. No me apetecía que hiciera lo mismo con la mujer que ya entonces me había preparado el mejor batido de mandarina que he probado en mi vida. *Ingrediente secreto: chuches.*

—¿Cómo se presenta la jornada, entrenadora?

—¿Ves el nubarrón oscuro que tengo encima de mi cabeza? Pues eso —hundo la cara en el delicioso batido mientras se ríe y me bebo un tercio de golpe.

—Nadie te lo va a quitar, ¿sabes?

Claro, ella no sabe que todo lo que me gusta, quiero o aprecio siempre se me escurre de entre los dedos.

—Por favor, cuéntame algo divertido —suplico.

La chica pelirroja de veintiocho, sin una sola peca en la cara, apoya los codos sobre la barra tensando su elegante uniforme azul marino.

—Hace un rato una mujer ha venido pidiéndome viagra.

—Estarás de broma.

Sacude la cabeza, teniendo la osadía de no darme más detalles acerca de quién y para quién.

—¿Qué tal tus avances con tu futuro restaurante? —pregunto porque su sueño es abrir su propio local.

Como ves, somos íntimas.

—Genial, ya tengo para las mesas, las servilletas y un par de copas de vino. —Pone el almuerzo de Adler y mío sobre la barra.

—Creo que me voy a alejar de ti, tengo la impresión de que mi nubarrón es contagioso —me disculpo con una reverencia y mientras me termino el batido, vuelvo a dejar propina en tarro con su nombre.

—Hazlo otra vez y te convertirás en mi principal inversora.

—Pediré un préstamo esta misma tarde.

Se carcajea y me promete otro batido mañana. Creo que la quiero.

Al salir veo a Benjamin hablando con Octavius y por primera vez, no parece estar echándole la bronca a nadie. *¿Por qué no me sorprende que no se odien?*

Las horas pasan y llegado un punto, el tiempo se detiene en la sala de estudio. Las letras ya no se mezclan, si no que desaparecen. Me siento ligera.

Vuelvo a estar sobre Adler, pero esta vez nadie llama a la puerta. Esta vez, me frota contra

su erección sin interrupciones.

—Sigue, justo ahí —gimo contra sus labios mientras empuja las tiras de mi camiseta más allá de mis hombros y de un solo tirón, deja mis pechos al aire. Lo siguiente que sé es que tiene uno en la boca—. Harás que me corra.

—He querido follarte mil veces, Naomi, ya es hora de que empecemos a trabajar en el cómo —abandona mi pezón después de succionarlo con fuerza bruta y lujuriosa, y me besa como nadie.

Mientras me aferro a su cuello y me mezo contra la polla más grande que he sentido contra mi centro, Adler mete una mano en mi pantalón del pijama, bajo mi lencería blanca y empapada, y cuando encuentra mi clítoris tengo la certeza de que voy a perder la cabeza si lo no tengo dentro ya. Si no se desviste y me penetra con la fuerza que necesito.

—Adler, no puedo más. ¡Adler! —gimo con fuerza y entonces... entonces...

Me despierto.

Justo cuando oigo la puerta cerrarse y me doy cuenta de dónde estoy en realidad. *En la sala de estudio. Me he quedado dormida. ¿El que acaba de irse...? Sí, sí, claro, ¿quién si no, si solo estamos los dos?* Lo sé, cada célula de mi cuerpo sabe que estaba gimiendo en sueños. Todo el que me conoce sabe que hago ruidos cuando sueño, a veces divertidos, a veces aterrados y cuando el sueño es erótico y húmedo, nacido de mis fantasías más inapropiadas... gimo.

Me tapo la cara y procedo a morirme de la vergüenza mientras mi sexo sigue palpitando de forma descontrolada contra la silla.

—¿Por qué? ¿Por qué tenía que quedarme dormida? —Deambulo por la sala cual gato enjaulado—. ¿Por qué tenía que soñar con él justo ahora? —*podría haber soñado con Adler por la noche, como ya es tradición. Levantándome empapada, cachonda y furiosa. Es el combo perfecto.* Entonces caigo en algo—. ¿Y si no solo he gemido? ¿Y si he gemido su nombre?

Tierra trágame y escúpeme en otro universo, por favor te lo pido.

A penas puedo respirar, mucho menos pensar con claridad. La necesidad no deja de crecer. Mis pasos se frenan cuando el demonio de mi hombro propone obscenidades y el ángel de mi otro está en la ducha, demasiado ocupado masturbándose como para hacerle callar.

Podría zanjar el asunto antes de que Adler volviera.

Meter los dedos entre mis piernas y ceder a la necesidad. Hundirme en mis pliegues. Darme aquello con lo que he soñado, ese placer adictivo y animal. *Es tarde y fuera no hay nadie. Es arriesgado, sí, pero tendría lo que quiero.* El corazón me va a mil y de repente estoy sentada

en la mesa, con las piernas abiertas, jadeando. Palpitando con intensidad desmedida y con el único deseo de correrme.

Estoy a escasos centímetros de alcanzar mi pantalón cuando reacciono.

—¿Pero qué...? *No, no, no.* Joder, me estoy volviendo loca —jadeo y camino hacia la puerta dando largas zancadas porque necesito aire puro lejos de aquí, de él y de mi necesidad.

Antes de que alcance la puerta, esta se abre y Adler aparece con dos vasos de fruta.

—¿Ibas a alguna parte? —su voz nunca suena tan fiera, profunda y sexy, ¿a que no?

—Sí, hoy tendrás que terminar sin mí.

—¿Y eso? —Ladea la cabeza, rebeldes mechones oscuros bailan sobre su frente.

¿Por qué estamos tan cerca? Doy un paso atrás.

—Tengo que hacer una rutina de ejercicios que llevo saltándome desde que llegamos y mi concentración empieza a resentirse. Es probable hoy llegue tarde a la cena. Aunque, si me retraso tanto, lo mejor es que cenes sin mí.

—Voy contigo —pone uno de los vasos de fruta en mi mano y se acerca a la mesa a por el libro.

—¿Qué? ¿Por qué? —sigo palpitando sin freno.

—Hoy nos hemos quedado una hora más que de costumbre y yo también tengo que entrenar.

—Pero sería mejor que te quedaras aquí y leyeras hasta terminar el libro.

—No para Benjamin.

Es cierto, no puedo dejarle solo aquí, a menos que deje el coche con los intermitentes puestos, es decir, que vuelva muy pronto.

—Vamos, entrenadora —me da con el brazo para que arree—, o acabaré pensando que no quieres entrenar conmigo.

No, no quiero.

Y estoy absoluta y totalmente segura, después de los primeros cuarenta minutos en el maldito gimnasio. No estamos solos, esto está a reventar de deportistas viciosos y adictos a los actos desagradables que les hagan sudar tinta china, pero aun así, da la impresión de que lo estemos porque cada vez que me doy la vuelta, ahí está Adler. Y el cretino se ha tomado muy en serio lo de mantener una relación profesional en público.

—Estás haciendo mal el ejercicio, te lo he dicho —su tono es distante, su expresión indescifrable.

—Sí, un par de veces.

—Te dolerán los hombros.

Suelto la polea.

—Lo que me duelen son los oídos.

Voy a la zona de mancuernas y me cuelo entre un par de armarios capaces de utilizarme de palillo de los dientes. Hago una serie de peso muerto, deslizando las pesas de mis muslos hasta el suelo y luego vuelta a subir. Sin pensar en la postura comprometida y en lo expuesto que queda mi culo, centrándome solo en el ejercicio

—Estas arqueando demasiado la espalda —oigo al terminar la segunda serie—, ¿pretendes hacerte daño?

—A ti sí que voy a hacerte daño —mascullo entre dientes, pero de repente Adler se pone a mi lado y me recoloca.

Me toca los hombros, me dobla por la cintura y me pide que repita el ejercicio con sus manos todavía en mi cintura.

—¿A qué esperas?

Maldita sea yo ni siquiera quería entrenar. Pero me toca y eso clava mis pies donde están.

Salgo del gimnasio cuando me doy cuenta de que me he pasado los últimos siete minutos mirándole, babeando por él mientras levantaba pesas por encima de su cabeza, con gotas de sudor resbalándole por el cuerpo.

—¿A dónde vas? —pregunta cuando ya voy camino al ascensor y me siento un ratón a punto de ser devorado por un león.

Pero ni en mis mejores sueños va a devorarme.

—Necesito una ducha. —Una parte de mí tenía esperanza de que no hubiera terminado sus series y quisiera quedarse un rato más allí.

Esa parte muere cuando se cierran las puertas del ascensor y lo único que veo es a Adler Jenkins, pegado a una de las paredes, agarrando con fuerza la barandilla a su espalda de forma tal que sus bíceps y sus tríceps se marcan en exceso. Aparto la mirada.

—¿Vas a enviarme un mensaje luego diciendo que no tienes hambre? —pregunta y su voz suena en trance, almibarada, lenta y sensual, pero no como si tratara de seducirme, si no como si todo él hablara un lenguaje que solo mi sexo entiende.

Esto está en mi cabeza. Estoy perdiendo el norte.

Estoy bastante segura de que no respondo. De que mi cuerpo se roza con el suyo al salir del

ascensor. De que Adler se queda muy cerca de mí cuando abro la puerta de mi habitación. Ni siquiera espero a oír si se cierra para encerrarme en el baño.

Abro el grifo y hundo los dedos de golpe en mi entrada que se ha vuelto un maldito océano a punto de inundar la tierra. *Estoy empapada y es todo culpa tuya, Adler. ¿Qué me estás haciendo?* Sé que no puedo seguir así, que es una tortura demasiado intensa, pero ahora mismo no puedo pensar en nada más que en ceder a la satisfacción y el alivio que necesita mi cuerpo. Me apoyo en el lavamanos bien abierta de piernas con la mirada fija en la puerta, meto y saco los dedos ya resbaladizos por mi miel y me muerdo el labio para no gritar. Aumento la velocidad cada vez más, sin dejar de ver su odiosa y perfecta cara. De oír su voz grave y masculina estimulando mis pezones sin saberlo, penetrándome más profundo que mis dedos.

Imagino que estoy en la sala, desnuda y que él vuelve.

Lo que diría si me viera dándome placer, *lo que haría*.

Gimo con fuerza.

Curvo los dedos y me pierdo entre convulsiones desgarradoras y descontroladas. Me corro. Vaya si lo hago. El éxtasis explosiona en mi interior como dinamita y la ola que lo sigue me barre entera y arrasa con todo. Puede que sean mis dedos los que se hunden en mi cuerpo, pero el orgasmo lleva su nombre tatuado en la tinta más oscura.

Capítulo 10

Adler

Mi mano sigue sujetando la puerta de la habitación de Naomi cuando oigo la del baño cerrarse de un portazo. Todavía la oigo gemir mi nombre en su sueño. *Lo gemía como una súplica y me ha dejado de rodillas.* Sé que lo que debo hacer es irme, pero una enorme parte de mí quiere cerrar la puerta y seguirla, entrar en ese baño.

Dios, solo de pensar en lo que se estará haciendo... ¿Hay algún escenario posible en el que me dejara formar parte del juego?

Entrenar con ella ha sido una tortura. Verla mojada justo cuando lo que quiero hacer es que se moje contra mi boca, mis dedos, mi cara, mi polla y cada parte de mi cuerpo, ha alterado las conexiones neuronales de mi cerebro. Ahora están chamuscadas por el fuego que me quema por dentro.

—¿Te has confundido de puerta? —Octavius Waylen aparece a mi lado, tratando de mirar sobre mi hombro—. Si vas a espiarla mientras se ducha, ¿puedo hacerle fotos? Seguro que bajo esa ropa aburrida que lleva tiene un par de...

Cierro de un portazo y de un solo empujón, tengo el antebrazo en su garganta y a él contra la pared.

—¿Es que tu madre no te enseñó a respetar a las mujeres?

—Qué territorial —gruñe intentando soltarse.

—Ya lo dicen, un buen bofetón a tiempo salva muchas vidas. ¿Quieres que te lo dé con el puño cerrado?

—Dime, ¿ya ha dejado que te la folles? Porque de ser mi entrenadora ya la habría puesto a cuatro patas y le habría enseñado lo que es tener a un hombre de verdad.

Mi puño choca contra su boca y ni siquiera me alivia. Quiero hacerlo otra vez y otra, hasta

que se le borre la sonrisa de payaso que tiene. Lo empujo antes de partirle la cara del todo.

—Bien jugado, me costará poco que te expulsen cuando enseñe la grabación de las cámaras de seguridad del pasillo a la organización. ¿Por qué sonríes?

Porque estamos en un punto ciego. Pero eso no voy a decírselo a Octavius. Que lo averigüe solito.

—Vuelve hablar así de ella y te desencajo la mandíbula de un puñetazo. —Doy media vuelta y entro en mi habitación.

Me di cuenta del punto ciego hace varias noches, lo cual supone una fuente de tranquilidad por todas esas veces que a Naomi se le olvida entrar a mi habitación a través de la suya. Voy a lavarme la mano porque tengo sangre del labio del imbécil en los nudillos y sonrío sin poder evitarlo.

El único momento que cedo y me permito mirar a Naomi de verdad es cuando estamos solos en la sala de estudio, pero me preocupa perder el control en otros lugares con gente como Octavius y Benjamin rondando. Estoy colgándome de ella y me preocupa mucho lo que pueda pasarle si alguien sospecha que hay algo entre nosotros. *No permitiré que eso pase.*

Me vibra el móvil al poco de salir de la ducha y vestirme, descuelgo en cuanto veo de quién se trata.

—Pero bueno, ¿a qué debo el honor?

—Muchacho, ¡me sorprende que recuerdes siquiera que tienes familia!

—¿Qué dices? Pero si te llamé la semana pasada —le digo al dramático.

¿Y qué hace él? Me cuelga. Segundos después tengo una videollamada entrante. Descuelgo poniendo el móvil en manos libres, apoyándolo en el espejo esférico con luz mientras me peino.

—Qué alto eres, Adler.

—Me viene de familia.

—Ah, sí, —se acuerda de lo que estábamos hablando—, ¡llamar no cuenta como verse! —me escudriña con la mirada—. Ni siquiera esto cuenta, pero al menos se le acerca bastante.

—Lo tendré en cuenta —me río, termino de arreglarme el pelo y cojo el móvil—. ¿Cómo está papá?

—Si soy yo el que te llama, ¿no deberías preguntar primero por mí? —Alza la barbilla.

Como si no supiera todo el mundo que estás como un roble.

—Tienes razón, ¿cómo estás abuelo?

—Preocupado por tu padre. Trabaja demasiadas horas y ya no es un crío como tú, debería

aprender a descansar.

—Secundo la moción —pero papá no nos va a hacer ni caso—. ¿Has vuelto ir a clases de salsa?

—Anda, claro —sonríe—. Nunca me pierdo las clases con Sade.

Sade no es la instructora, si no su pareja de baile por la que, por cierto, lleva colado un tiempo.

—¿La has invitado ya a salir?

—Las cosas de palacio van despacio.

Kat llega hasta mis pies, la distingo de Mi-Miau porque su collar es rosa y no rojo.

—Abuelo, te llamo mañana. Tengo compañía.

—¿Es Ace? ¿Ha ido a verte? Muchacho sabes que no tienes que ocultarme nada, ¿no? Que no estoy en contra del amor entre dos hombres.

Naomi se lleva las manos a la boca reprimiendo una carcajada y yo me cago en todo lo que se menea.

—Gracias por tu apoyo abuelo, pero te repito que no salgo con Ace.

—¿Con Zayne entonces? Es un chico guapetón.

—Adiós, abuelo. —Cuelgo y ella se parte a mi costa durante varios minutos—. Cállate, ¿quieres?

—No he dicho nada —asegura mientras se coge del estómago, doblándose por la mitad y haciéndome cosas extrañas en el puto corazón—. ¿Por qué piensa que eres gay?

—Crecer sin un modelo a seguir femenino me hizo tenerles miedo a las chicas durante mi pubertad. No veo mucho a mi abuelo desde que entré en la UINS y en el equipo, y cree que sigo igual que cuando tenía trece.

La risa se le ha cortado y ahora acaricia a Mi-Miau sentada en un pequeño sillón con las piernas cruzadas a lo indio.

—¿Por qué...? ¿Por qué no tuviste un modelo a seguir femenino? —pregunta y mientras digiero su interés, ella entra en pánico—. Perdona, perdona, no tienes por qué contestar.

—Me criaron mi padre y mi abuelo. Mi abuelo ya era viudo cuando nací.

—¿Tu madre murió en el parto?

—No, mi madre está viva —*al menos, hasta donde yo sé*. Naomi espera con sus inmensos ojos azules enfocados en mi dirección y un interés tímido y dulce emanando de ellos al que no puedo negarme—. Mi madre me abandonó cuando tenía tres años, justo después de nacer mi

hermana pequeña Isabella.

—Adler —se le abren y humedecen los ojos con horror.

—Eh, nada de llorar —acerco una silla al sillón y le acaricio los brazos—. Fui un niño muy feliz, no me compadezcas. Los dos lo fuimos.

—¿De verdad?

—Desde luego. Isabella armaba mucho escándalo y yo era muy trasto, dábamos mucha guerra y siempre llegábamos a casa llenos de barro —se carcajea llorosa y subo a Katastrofe a mi regazo para que no se sienta excluida—. Un par de niños no pueden tener una mala infancia si los quieren con locura.

—Me encantaría haberte conocido.

—¿De renacuajo? No, mejor no.

—¿Porque era una chica? —entrelaza sus dedos con los míos.

—Sí, habría hecho el ridículo más absoluto y habría deprimido a mi padre y a mi abuelo.

—Muy gracioso —se frota los ojos.

—Ellos lo hacían todo por mí y aunque a veces tuviéramos que apretarnos el cinturón, nunca nos faltó de nada. Les debo todo lo que soy. De hecho... los peores momentos que recuerdo tienen que ver con Adelaida apareciendo de repente para pedirle dinero a mi abuelo. Tardé años en asimilar que si no llamaba no era porque estuviera ocupada o tuviera problemas con el alcohol, como decía mi padre. No nos quería y todo fue a mejor cuando lo acepté.

—No entiendo cómo alguien podría... —su otra mano llega a mi mejilla

Ladeo la cabeza y le beso la palma. Cuando vuelvo a mirarla una intensidad distinta brilla en el océano que tiene por ojos. Se inclina hacia mí, sus labios entreabiertos es lo único que veo y... de repente se aparta, se pone en pie y se disculpa.

—Perdón, no quiero incomodarte.

Dejo a Kat dormida en la silla, igual que ella ha hecho con Mi-Miau. Naomi cruza la puerta a su habitación antes de que la frene.

—¿Incomodarme? ¿De qué estás hablando?

—De nada, olvídale —su pecho sube y baja abruptamente—, estar contigo a solas cada vez es más peligroso.

Cierro la puerta a mi espalda y me apoyo en ella.

—Adler, ¿qué haces?

Intentar entenderte.

—¿Hay alguna parte de ti que crea que me arrepiento del beso?

—Es evidente que te arrepientes, no has dicho nada al respecto.

—Tú tampoco —me acerco a ella y el ambiente se carga de electricidad.

—Esta mañana. Estábamos en el ascensor, camino a la sala y cuando me he armado de valor para hablar del tema, me has cortado nada más empezar.

—Porque me has cogido del brazo y estábamos en público, y no sabía que «oye, Adler» era el principio de nada. —Sonrío al ver cómo se ruboriza.

Soy un puma sediento de algo que solo ella puede darme.

—¿Por qué me miras así?

—Es imposible que creyeras que me arrepiento.

—¿Me has oído? Cuando me he dormido, ¿has oído mi...?

—¿Tu forma de gemir mi nombre? —le acaricio el labio inferior—. Lo he oído.

—Y te has ido.

—Porque si no iba a acabar desnudándote en esa misma sala y eso nos traería muchos problemas. —Una descarga cae directa hasta mi polla cuando saca la lengua y lame mi pulgar.

Era lo que faltaba para ponérmela dura como una piedra.

—¿Qué estamos haciendo, Adler?

—Lo que tú quieras hacer, Naomi.

—Esto puede ser un error que dificulte nuestras clases —jadea mientras me acerco y ella retrocede, acercándonos más a la cama.

—Hoy no has podido concentrarte, ¿a que no? —sacude la cabeza despacio—. Puede que esto sea lo que necesitamos —le susurro al oído, acariciándole los brazos.

—¿Una noche? —propone con una chispa candente en la mirada.

Sé que me va a hacer polvo, que aunque no haya probado su elixir ya soy adicto de por vida. Pero asiento, porque soy incapaz de no darle lo que quiera de mí. Sea lo que sea.

—Una noche.

Dos palabras, una sentencia.

Su boca colisiona con la mía.

Hundo los dedos en su pelo mojado y la atraigo hacia mí tanto como puedo, sus labios son una maravilla. Naomi lleva una mano a mi cinturón, me libera y lo siguiente que sé es que se está frotando contra mí, utilizándome para darse placer.

—Por si te quedaba alguna duda de que quiero esto —presiono mi erección contra ella y

esta vez no la beso, la devoro, la muerdo, la saboreo y hago con su boca lo que quiero—. ¿Qué has hecho en la ducha, Naomi? —Le amaso el culo.

—Nada que te incumba.

Me deshago de su camiseta para comprobar que una vez más no lleva sujetador. Me la como entera. Acaricio el pezón que no puedo succionar para darle lo que se merece, ella se arquea y gime con fuerza.

—Dime lo que has hecho, preciosa. —La empotro contra la pared, la inmovilizo aprisionándola mientras vuelvo a comerme sus pechos. Meto un dedo en sus pantalones y un segundo después, en su centro—. ¿Esto? ¿Has hecho esto? —Entra muy bien porque está empapada, así que añado otro y es entonces cuando me clava las uñas en los hombros—. ¿O esto, Naomi?

—Adler, no dejes que me corra —me pide entre gemidos de súplica.

Está claro que no se ve la cara, que no se da cuenta de lo fuerte que palpita contra mis dedos mientras los cabalga.

—¿Por qué no? —pregunto acelerando el ritmo en el que los meto y los saco.

—Quiero tenerte dentro de mí cuando lo haga.

—¿Así de dentro? —curvo los dedos y machaco su punto G, la masturbo hasta que no puede más y cuando se corre, la llevo de la mano hasta el paraíso.

Entonces le bajo los pantalones y las bragas hasta los tobillos, me pongo de rodillas y hundo la cara entre sus piernas. Empieza a sumergirse en espasmos en cero coma.

—Sí, *por favor* —gime sin parar.

El segundo orgasmo llega un escaso minuto después de la primera succión. Su miel resbala por mi lengua y no me aparto hasta que deja de convulsionar. Después de chuparme los dedos, la tumbo en la cama, llevo mis manos a sus tobillos y la abro tanto como puedo.

—¿Qué...? ¿Qué estás haciendo?

Inhalo contra su sexo y me lleno los pulmones de Naomi Nasher.

—Qué puta maravilla.

—Adler —gime y casi pierdo el norte.

—Si gritas así mi nombre, te oirán desde fuera.

Se muerde el labio con fuerza y desearía estar en otra parte con ella, para que pudiera oírla tanto como deseo. Me cojo la polla mientras admiro la piel rosa de su vulnerabilidad que todavía palpita. Es un arma poderosa y húmeda, una que quiero hacer mía.

—¿Cómo eres tan sensible?

—No lo soy, esto me lo estás haciendo tú.

Mi ego se empalma y estoy a punto de correrme. Empiezo con círculos con la lengua y juego con ella hasta que le tiemblan las piernas y su miel se vierte en mi boca.

—¿Cuántos orgasmos podrías tener en una noche?

—No soy tu experimento científico —gime y gruñe, pero le vuelvo a meter dos dedos y enseguida coge el buen camino otra vez.

Se aparta de mí cuando todavía palpita, cuando aún me necesita. Por poco se cae al suelo, pero la cojo y la sostengo. Un instante después tiene mi polla en la boca y con la primera lamida, pierdo el control de todo.

—Joder, Naomi.

Le acaricio la mejilla mientras se la mete, sintiéndola por todas partes. Dentro y fuera, dentro y fuera. Con la otra mano se ayuda y acompaña los movimientos de su boca desde la base. Es una maldita diosa.

—Para —digo con aspereza cuando veo que el orgasmo amenaza con ganarme la partida.

Mi voz retumba un par de veces por la habitación hasta que me oye. Me hace pucheros cuando la aparto.

—¿Por qué te cargas la diversión?

—No voy a correrme en tu boca.

—¿Por qué no? Es un buen momento para que la reina haga jaque mate.

Porque me importas y aún no te he demostrado hasta qué punto.

Rasgo el preservativo con los dientes y ella me ayuda a ponérmelo. O puede que solo sea un intento de masturbarme. Nunca había estado con una mujer así, con una relación tan saludable con el sexo. Sin timidez alguna. Sabiendo que nada de lo que hagamos juntos está mal siempre que haya consentimiento mutuo.

La abro bien de piernas, me coloco entre ellas y tiento su clítoris con la punta de mi erección mientras masajeo sus pechos. Se retuerce tanto como para romperse.

—Eres increíble —gruño y ella se lleva una mano a la boca con tal de contener el grito que se le escapa—. Voy a hacer que te corras hasta que te desmayes.

De repente, Naomi coge mi polla y alzando las caderas de la cama, se la mete. *Hostia puta.* Su coño palpitante es una puta pasada, algo fuera de este mundo. La saco y esta vez soy yo quien la embiste, presionando su cuerpo contra el colchón tanto como para dejar la marca impresa. *Ni*

siquiera ha entrado la mitad y ya estoy en el puto limbo.

Naomi tira de mí hasta que estoy tumbado sobre ella y entonces me besa como si mis labios valieran una fortuna, como si fueran todo lo que ha estado esperando. *Estoy delirando por el placer.*

—Hace tiempo que yo no... —carraspea—, puede que tardemos un poco en meterla entera.

No sé cómo empezar a explicarle que no necesito metérsela entera para que este sea el mejor sexo de mi vida. Los espasmos de su coño me golpean con una intensidad desmedida, se cierne contra mi polla sin dejarle casi espacio y no sé cuánto más voy a poder aguantar sin vaciar todo lo que tengo en el condón.

Poco. Descubro que solo puedo hacer que se corra una vez más cuando Naomi me rodea la cintura con las piernas y empieza a temblar. Es casi inmediato, debe ser por el roce que se lleva su clítoris o tal vez otra cosa, pero cede y pasa a través de mí. Su placer se convierte en *mi* placer.

—Hostia puta, Naomi. —Me aferro a ella, a la cama, a sus caderas y me corro.

No, me hago jodidos pedazos.

El orgasmo me desmonta, me machaca y deja su estampa, y por lo que oigo salir de la garganta de la mujer debajo de mí, es mutuo.

Nos corremos juntos sobre la línea que pintó entre nosotros el primer día de trabajo.

—Adler... —susurra después de unos cuantos besos, cuando aún estoy dentro de ella porque no quiero apartarme y parece que ella tampoco quiere que lo haga—. Sigues duro.

Me cuesta un poco entenderla porque el orgasmo me ha dejado tonto.

—Esto es todo obra tuya —le beso el hombro y el cuello, aunque en realidad yo también estoy flipando.

Es evidente que nuestros cuerpos están llegando más allá de los límites, y en ningún caso vamos a desaprovechar la oportunidad. Encuentra mi boca y pone en pausa mis deseos de recorrerla entera con la lengua. Mueve las caderas contra mí mientras amaso uno de sus preciosos pechos. Me salgo de ella para entrar más profundo y cuando la penetro, mi polla da una sacudida en el poco espacio que me deja.

Gemimos a la vez.

—Me corro, Adler. Vas a hacer que...

No termina la frase. En cuanto la embisto, cumple lo prometido. Soy incapaz de apartar la mirada porque verla correrse es una puta obra de arte. Puede que mi cerebro no sea capaz de hilar

un solo pensamiento cuerdo ahora mismo, pero lo que sin duda puede hacer es grabarla a fuego en mi mente para los restos.

Mi polla no conocerá otro estado que empalmado.

Naomi clava las uñas en los bíceps, se aferra a mí cual clavo ardiendo y me aturde lo natural que resulta esto. Como si este capítulo de nuestras vidas hubiera sido escrito antes incluso que nuestros nombres.

Acompaño sus caderas con las mías, doy un par de embestidas y mientras sigue convulsionando, me pierdo y me corro con ella.

Capítulo 11

Naomi

Una noche, ese era el plan.

Así que no entiendo por qué no impido que la mano de Adler suba por la cara interna de mi muslo diez minutos después de que me suba a su coche.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, ya jadeando.

—Separa las piernas —ordena al adentrarse en la carretera secundaria—. Déjame amenizarte el viaje.

—Te gusta demasiado mandar —obedezco porque tengo el pulso desbocado y pienso con algo mucho más al sur que mi cerebro.

Tus órdenes y mis ganas, vaya mezcla. Acaricia la seda de mis bragas y se le mueve la nuez cuando traga con dificultad. Veo cómo el bulto en su pantalón crece a medida que me masajea el clítoris y hago lo mismo con él.

—No, preciosa —chista la lengua—, a menos que quieras que tengamos un accidente, saca la mano de ahí.

—Podrías parar.

—Es un viaje largo sin hacer pausas —dice y es cierto, son algo más de dos horas—, pero te juro que cuando lleguemos a la playa, no pondré pegas. Ahora quítate las bragas y déjame complacerte.

Me tiemblan las manos de anticipación y adrenalina. He tenido más orgasmos en los últimos días que en el último año. Las bajo por las rodillas, luego más abajo, hasta quitármelas. La humedad central en la tela queda expuesta, igual que yo.

—Esa es mi chica —su voz retumba contra mi pecho mientras me separa los labios internos con los dedos y sin esperar demasiado, me los mete dentro.

Gimo con fuerza y desabrocho un par de botones de mi escote para que me vea. Se le pone más dura todavía. Sobre todo cuando empiezo a estremecerme entre espasmos y grito su nombre.

—Grítalo fuerte —me ordena.

Lo hago sin importar los coches delante y detrás nuestro, empapando el asiento y arqueando la espalda. Lo hago cuando él es lo único que veo tras mi párpados. Adler me penetra con los dedos como desearía que hiciera su polla.

Me tiemblan las piernas y no puedo abrirlas más, pero lo intento para dejarle paso. Para que entre todo lo que quiera. Él curva los dedos inundados por mi miel y toco el cielo. Tengo la impresión de que mi punto G y él se han hecho mejores amigos.

—Córrete en mis dedos, Naomi. Córrete para mí.

No hay nada que pueda pararme.

El orgasmo me cae encima como un yunque y hace lo que quiere conmigo. *No es posible sentir tanto, ¿o sí? Dios, sí, sí.* Palpito con fuerza, caigo por el precipicio del placer y me vuelvo un volcán de lava ardiente mientras me alivia.

No he recuperado el aliento cuando saca los dedos brillantes de mi vagina y los chupa como si fuera su sabor de helado favorito, arrancándome otra ristra de sonidos, dándole la vuelta a mi estómago porque todo lo que hace me pone, me funde y me vuelve loca.

—No he tenido suficiente —admito jadeante.

Se le curva la sonrisa como cada vez que demuestro mi hambre por él, se acerca a mi entrepierna de nuevo, pero le freno.

—No quiero que me masturbes, quiero que me folles. —Me lanza una mirada y esta vez soy yo la que hunde mis dedos en mi centro.

—Naomi —gruñe pasmado y embriagado del olor que inunda el coche.

—Vamos, Adler, te echo mucho de menos —gimo lista para una segunda ronda, disimulando la decepción que me propinan mis delgados dedos mientras muevo el culo contra el asiento—. Te necesito dentro de mí.

Maldice.

No aparta la mirada.

Acabamos parando en un lateral algo escondido por los árboles. Adler me sube el vestido y me hace suya tanto como quiero. Hasta que su polla amenaza con dilatarme demasiado y empañamos los cristales. Es perfecto. Adler me besa de esa forma íntima que me llega al corazón, que hace que me tambalee y saboree el peligro de lo que estamos haciendo. *El peligro*

que va de la mano de la vulnerabilidad. El riesgo que supone exponer tu corazón.

Llegamos a la playa en algún momento de esa mañana, sus amigos ya están allí. Saludo a todos los que ya conozco y me presentan a dos chicas nuevas. Dos que me ganan con la primera frase:

—Hola, soy Dixie, la novia de Anthony. Tu fuente fiable de información y secretos vergonzosos de Adler.

—Hola, yo soy Premium, la novia de Zayne. Avísame si te sientes abrumada por toda la atención y quieres ir a dar un paseo de chicas.

—¿Podré ir yo? —pregunta Dixie.

—¿Tú qué crees? —Premium le pone un brazo sobre los hombros y ella se pasa una mano por la frente quitándose el sudor imaginario.

Imaginario, porque estoy segura de que no suda. Y que si lo hace, será purpurina. Parece una muñeca. Nunca había visto a nadie tan guapa yendo a la playa. Lleva coletas llenas de trenzas y mini-pinzas brillantes, por el amor de dios.

Técnicamente aún no estamos en la playa, sino en la entrada. Nuestro destino es una casa situada a unos generosos kilómetros de todo, alejada de la multitud, pero no de las olas, a la que solo se llega caminando. Como enseguida nos quedamos solos con la naturaleza y la sombra de los árboles, puedo darle la mano a Adler sin miedo. Puedo dejar que me robe besos cuando le apetezca y también devolvérselos.

Decir que el grupo está unido se queda corto. *Se quieren un montón.* Premium es celíaca y Jonathan también, así que ambos llevan comida a parte en una neverita mona y bien abastecida, ¿pero quién la carga? Jacob y Anthony, que la atesoran como si fuera el mapa del Dorado. Tampoco me pasa por alto el hecho de que Zayne Swanson no para de sacar cosas de la neveras más grandes y meterlas en las suya. Bebidas sobre todo.

—Para —le susurra ella entre risas y él se limita a hacerse el loco.

Pillo a Adler mirándome con ese par de hoyuelos bien marcados en sus mejillas y me pongo roja.

—¿Me das otro de esos caramelos-de-guantera? —le susurro jugando con sus manos.

—¿Te refieres a esos que están en la guantera de mi coche? —susurra cerca de mi oído, luego me besa.

—Sí, esos, los que traes para saciar mis ataques de hambre entre horas con tal de evitar que me convierta en un monstruo furioso. Cosa que no hago en absoluto.

—Pero están en mi guantera, donde pertenecen.

—¿Hablas en serio? —Pongo pucheros y acto seguido tengo un par más de deliciosa lima en la mano—. Soy muy feliz.

—Dentro de poco sí que vas a serlo. —Me lanza una de esas miradas funde bragas que me deja jadeando y con espasmos entre las piernas.

—Y dime Naomi —empieza Ace Crawford—, ¿qué clase de obra benéfica está haciendo un ángel como tú saliendo con un despojo humano como Jenkins?

—¿Te rompo las piernas, chaval? —Adler se tensa a mi lado.

—Ignoradlo, está así porque su novia se ha ido a Sicilia a pasar una semana con la familia. No soporta la felicidad ajena —dice Jacob.

—Tranquilo, Ace, Dás no se va a olvidar de ti —dice Premium.

—Sí tío, London y Misty están con ella y acuérdate: aceptaron tu soborno —interviene Zayne causando risas disimuladas.

—Ace les pagó a esas dos para que lo mantuvieran al corriente de lo que hacían en Italia —me cuenta Dixie por lo bajo—. El pobre tonto no sabe que el código de la hermandad no se puede comprar y sobre todo, que Dásie está loquita por sus huesos.

—¿Qué le estás diciendo, Dixie? —pregunta Ace y el grupo se ríe mientras su nerviosismo aumenta.

La inmensa casa en la que vamos a dormir esta noche me quita el aliento, pero la dejamos atrás igual que el camino de tablas de madera. Nos asentamos tan lejos de él como es posible.

Nuestro propio paraíso.

Es un detalle que sus amigos quisieran venir aquí, pudiendo ir a cualquier otro lugar más accesible y cómodo. Suelto el parasol, dejamos las bolsas, las neveras y todo lo que traíamos en la arena, y en cuanto puedo, cojo los extremos de mi vestido azulón en degradado púrpura y me lo quito. En cuanto lo paso por mis caderas, cintura y hombros, la piel ya me arde. *Es como si todo mi cuerpo supiera exactamente cuándo me mira y cuando no.* Pero lo que hace Adler Jenkins no es mirarme, es devorarme con los ojos.

Es avisarme de que va a comerme entera en cuanto tenga la oportunidad.

—Me da que lo has dejado tonto —dice Jacob por lo bajo, carcajeándose.

Yo sí que me he quedado tonta. Y desestabilizada. Y cachonda perdida.

—Mira quién fue a hablar, ¿llamamos a Andrey? —pregunta Jonathan, por lo visto Andrey es el novio de Jacob.

Asumo que Jacob ha tenido los mejores padres del mundo al ver que es pura luz y alegría, pero descubro que estoy muy *muuuu* equivocada. No tuvo el apoyo de su familia al salir del armario y por lo visto no es el único. Las historias difíciles abundan también en el bando de las chicas y me hace querer protegerlos a todos de cualquier mal que se les acerque.

Una hora después, dejo de luchar y me admito que he mordido el anzuelo. *Vaya, que me han pescado*. Cada uno tiene algo especial, pero todos comparten el contento y la aceptación de que sea una intrusa en esta familia. No me hacen sentir una extraña, al revés, me hacen sentir parte de algo bonito y eso es mucho para alguien acostumbrada a viajar sola, comer sola, dormir sola y en definitiva, vivir sola.

La sal se me pega a la piel tras el primer baño y Adler encuentra un nuevo motivo para saborearme. Comemos, jugamos a las cartas y a vóley, y volvemos a meternos en el mar a media tarde, cuando el sol todavía quema fuerte haciendo brillar las dunas del océano con un color azul intenso espectacular.

Las olas nos alejan del grupo mientras juegan a una versión de vóley en el agua. Adler me besa el cuello con la boca bien abierta mientras su polla erecta se frota contra mis nalgas.

—Eres un sueño, ¿lo sabías? —susurra con voz ronca.

Cojo una de sus grandes manos y la meto bajo mi bikini, él no tarda ni un segundo en amasarme los pechos. Le estamos dando la espalda al grupo, pero aun así, no podemos...

—No puedes follarme aquí —digo, no sé si para mí o para él.

Adler me muerde el lóbulo de la oreja mientras pellizca, retuerce y encandila a mi pezón, sin dejar de frotarse contra mí. *Vale, quiero correrme ya*.

—Están lejos. —De alguna forma, la parte de abajo de mi bikini desaparece y no rechisto.

—Estás loco —puntualizo mientras se frota más y más contra mi culo, bajando un par de dedos hasta mi clítoris, torturándome a un nuevo nivel.

—Tú a mí sí que me vuelves loco, Naomi Nasher. —Me muerde el cuello, me quita el resto del bikini y paso a estar completamente desnuda en el agua.

Las piernas me tiemblan. Si pierde mi bikini el bochorno va a ser máximo. O si alguien nos ve. ¿Y si aparece alguien en la playa y se da cuenta de que el dios que tengo a la espalda me está machacando el clítoris?

No consigo que me importe.

—Me... me voy a correr, Adler. *Me corro*.

—Ya lo creo que sí —dice el cretino arrogante y esta vez ni siquiera me mete los dedos.

Adler me tapa la boca justo a tiempo de que los gemidos acompañen mi estallido. Me corro rozándome contra su erección, en el agua, desnuda, por primera vez en la vida. Está ahí para mí de todas las formas posibles y soy suya de todas las formas posibles. Por eso cuando dejo de sacudirme entre espasmos, me doy la vuelta, saco su erección del bañador y le rodeo con la mano provocándole un estremecimiento de sorpresa y alivio.

Incluso debajo del agua, siento el calor brutal que desprende su polla, cómo palpita, cuantísimo lo desea. Me besa, pero me separo enseguida y chisto la lengua.

—Quiero ver cómo me das el control —digo sintiendo cómo su placer crece y me da mucha sed, tanta que desearía poder arrodillarme y meterme su arma en la boca.

Me sorprende lo duros que son sus músculos cada vez que lo toco, es algo que no deja de ser desconcertante. El cuerpo de Adler es tan grande que me tapa y no veo al grupo, pero los oigo y sé que no están tan lejos.

Adler se coge a mi mejilla y no aparta la mirada. Las palabras que gritan sus ojos deberían venir con advertencias. Sus caderas me facilitan el trabajo y yo no pierdo el tiempo en acelerar porque quiero ver cómo se corre cuanto antes. Quiero sentir el líquido caliente contra mí antes de que la marea se lo lleve. Quiero ver como el orgasmo lo destroza, desbloqueando nuevos niveles de placer.

Estoy muy cachonda cuando lo hace. Cuando me sostiene con fuerza y gruñe mi nombre derramando un chorro caliente que me gustaría sentir dentro de mí. Tanto, que cuando vuelvo a ponerme el bikini que colgaba de su antebrazo, incluso el roce me satisface y tortura.

—No sé qué me estás haciendo, Jenkins —revelo temblorosa mientras su manos suaves y dulces me ayudan con la parte de arriba, sin dejar de dar la espalda al grupo—. Ni siquiera lo entiendo.

—Yo tampoco —admite.

Es igual que beber agua que te sacia cuando te la tragas, pero que al minuto te deja deshidratada y con una necesidad de vida o muerte. Ya no sé lo que supone no estar mojada. Aviva mi fuego con un beso largo y prometedor.

—No me puedo creer que solo vayamos a estar aquí hasta mañana —dice.

—La vuelta a la realidad llega tarde o temprano.

—¿Sí? Pues ojalá fuera tarde. Mucho más tarde.

No puedo dejar de sonreír.

Creo que se me va a partir la cara.

Me cuelgo de su cuello y le beso. Él lleva las manos a mis caderas justo cuando siento su erección contra mi abdomen. *Dios mío.*

—Si no nos separamos, no voy a poder...

—Entiendo —se me escapa la risa y justo entonces el grupo nos llama.

No sé lo que dicen, todavía estoy borracha de Adler, pero nos las apañamos para aparentar normalidad.

Aparentar es la palabra clave.

Duchados y listos para cenar, ayudo a Zayne a cortar las pizzas mientras Adler pone la mesa con su hermano perdido (Ace) y el resto fingen ayudar en algo.

—Esta casa es preciosa, ¿cómo la encontrasteis?

—Es de los abuelos de Tyler —explica añadiendo un poco de orégano extra por encima de la pizza, igual que ha hecho con las anteriores.

—¿De verdad? Guau, es impresionante, pero ¿por qué no ha venido?

—Se durmió medio desnudo en el jardín en la última fiesta que hicimos en casa y se ha puesto malo. Nos ha hecho prometer que repetiríamos la excursión antes de que acabe el verano. Pobre, estaba tan constipado que no ha sabido ver a través de nuestra mentira. Oye, Naomi, ¿puedo decirte algo no muy amable?

—Claro —suelto el cortador de pizza con miedo a lo que vaya a salir de su boca.

—Estoy seguro de que Adler y tú habéis barajado el riesgo que corréis con esto, pero quiero que tengas cuidado con él.

—¿Por qué? ¿Es peligroso?

—No, tú lo eres. Mira, lo conozco desde hace tiempo y nunca lo había visto así con ninguna mujer. No quiero que hagas daño a mi amigo.

—Yo tampoco quiero hacérselo, Zayne.

—Bien, porque es muy buen tío. Junto con Anthony, ha estado ahí para mí en mi momento más jodido. Cuando mi mundo se iba a la mierda, Adler fue uno de los que más a muerte fue con todo. Pero tiene esa manera de preocuparse de la gente a la que es fácil acostumbrarse, de la que es fácil apro...

—No me estoy aprovechando de él, Zayne.

—¿No?

—Te prometo que si tengo que elegir, seré yo la que salga mal parada de esto.

—Él nunca lo permitiría, pero me alegra oírlo. El grupo ya te ha acogido, Dixie ya te quiere

y mi novia ha dicho que ojalá pudieras venirte a la fiesta del viernes, y eso que acabas de llegar. No voy a pedirte que me des detalles, pero sé que es la primera vez que haces esto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque a ti también te conozco bastante. Ya son muchos años jugando a hockey.

El grupo dice algo sobre estar hambrientos y sé que nos queda poco tiempo.

—Una cosa más —dice—, puedes contar conmigo.

—¿A qué te refieres?

—Si en algún momento tienes que proteger a Adler de algo y mantenerlo al margen, quiero que sepas que no estás sola. Llámame si necesitas ayuda. Sea cuando esa, estaré ahí.

El corazón me da un vuelco.

Se me llenan los ojos de lágrimas cuando Zayne se va y como no puedo evitar que resbalen por mi rostro, voy al baño hasta que consigo cerrar el grifo.

Capítulo 12

Adler

Después de la cena, empiezan los juegos y los botellines de cerveza se vacían a gran velocidad. Jugamos al Strip Póker y a Naomi no se le da demasiado bien. Acaba en bañador y entonces soy yo el que empieza a cagarla y a perder ropa.

—Recordamos que un príncipe puede salvar a su princesa perdiendo una prenda por ella, si esta baila encima de su regazo durante un minuto y medio —dice Dixie.

Sí, lo que me faltaba. Estoy a una brisa ligera de empalmarme. Si Naomi se me acerca lo bastante como para que la huela, me voy a morir de la puta vergüenza. *Estos cabrones seguirían recordándomelo hasta el día en que muriera.*

Naomi Nasher

Naomi Nasher

Quiero hacerte cosas, Jenkins

Pero estás muy lejos



Debería meterme bajo la mesa y empezar el mejor juego de la noche?

Joder. Menuda imagen mental. Cómo le gusta jugar conmigo. Es mala y perfecta. Mi polla da una sacudida. *El último aviso.*

Adler Jenkins

Yo sí que voy a hacerte cosas

Te vas a olvidar hasta de tu nombre, preciosa



Naomi Nasher

Y a qué esperas?

A que esté desnuda?

Reconozco que eres el único que quiero que vea tanto de mí

O acaso crees que debería compartirme? Invitar a alguien más a nuestro juego?

Ace... tal vez?



Por suerte para nosotros, están lo bastante borrachos como para que no nos echen de menos cuando dos minutos después, tiro de ella y la saco de la casa.

—Premium patina tan bien que casi se me desenchaja la mandíbula —dice enseñándome la pantalla de su teléfono.

Un segundo después se le cae de las manos. Le pego la espalda contra la pared del exterior de la casa, libero uno de sus pechos dándole un solo tirón al bikini y conteniendo el gruñido por el calambre que azota mi polla, la succiono con ansia.

—Tus bromas tienen un precio, Naomi.

Se arquea contra mí y la chupo. La lamo. Me deleito mientras acaricio la tela humedecida de su entrepierna con los dedos, provocando que se retuerza más. Este bikini marca más sus curvas que el de la mañana, así que me pone a niveles desconocidos. *Y en honor a la verdad, también me pone algo celoso de que mis amigos hayan visto la suerte que tengo.*

—No voy a compartirme con nadie. *Nunca* —hundo un poco los dedos en sus pliegues, a través de la tela—. ¿Me has oído?

—Sí, sí. *Conforme.*

Metó una pierna entre las suyas y hago que me monte porque quiero que se corra ya. Sentir la calidez que emite su coño palpitante me está matando de gusto.

—Nos van a oír —gime señalando la puerta abierta que da al jardín.

—¿Y eso te asusta? ¿O te pone? —Me alzo hasta sus ojos, cojo sus caderas y le doy un buen tirón, arrancándole un gemido sonoro.

Sonríó como un crío porque su cuerpo responde así cada vez que la rozo.

Me ha tocado la puta lotería.

Acelero mis movimientos sin perderme detalle. Más, más, más, más. Le tapo la boca antes de que tenga el orgasmo y noto cómo se rompe contra mí, como la tela se humedece, cómo se

pierde.

Quiero dejarla completamente desnuda y comérmela entera aquí y ahora, pero la idea de que algún vecino del pueblo costero aparezca y se masturbe con lo que voy a hacerle, también me pone celoso. *Nunca he sido tan territorial. Quiero cuidarla, protegerla, mimarla y hacer que se corra hasta que esa sea la única sensación que recuerde.*

Así que tiro de ella, la pego a mí y me la llevo, en cuanto me rodea con las piernas. A medida que nos alejamos de la casa nuestros besos se vuelven más sucios y animales.

—Cuando te has quitado el vestido esta mañana, he estado a punto de empalmarme.

—Y yo cuando has empezado a imitar los gemidos de tus compañeros de piso.

—No sé cómo vamos a hacer la vuelta a casa.

—De un tirón ya te digo yo que no.

Me mata, me puede y aquí a escasos metros de la orilla, estoy seguro del todo de que me he enamorado de Naomi Nasher.

En cuanto la deposito en la arena caigo en la cuenta:

—Mierda, no tengo condones.

En silencio, barajo las opciones que tengo de volver a la casa con una enorme erección en los pantalones sin ser visto. Naomi me rodea la muñeca y tira de ella para que la mire. La beso antes de que hable porque está guapísima, sonrojada y a la luz de la luna podría matar a cualquiera con una mirada.

—Llevo un tiempo tomando la píldora —dice recuperando el aliento—. No había dicho nada antes porque es más seguro hacerlo con preservativo, pero...

—Lo entiendo. Si no quieres hacerlo, no pasa nada.

—No he dicho eso.

—Naomi, tengo mil formas de hacer que te corras y quiero probarlas todas, no es un problema.

—¿Mil? —Jadea y se le hunde el pecho.

Ni siquiera la estoy tocando, pero sé que ya está palpitando. *Joder, y yo.*

Se lleva una mano a la espalda, tira del cordón amarillo y la tela azul de su bikini sube de golpe, exponiendo sus pechos a la luz de la luna. Lo tira en la arena.

—Eso suena interesante —dice—, pero sigo sin querer renunciar al plato fuerte. Por cierto, estoy limpia, no tienes de qué preocuparte.

—Yo también —trago con dificultad—. Puedo enseñarte mis informes. —*Porque*

condones no, pero aquí el subnormal de turno sí lleva el móvil en el puto bañador.

—Suelta el móvil, Jenkins. A menos que sea para grabarnos y masturbarte luego con ello.

Se me cae de las manos y no me molesto en recuperarlo.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—Sí, lo estoy.

Que me dé ese permiso, que confíe en mí a ese nivel... siento que no me lo merezco. *Que no me la merezco a ella.* Por suerte, soy un tío perseverante, puedo compensarla, insistir hasta hacerme cambiar de idea.

Sonríe como si oyera la voz de mi cabeza. Da un paso atrás antes de que la alcance, luego otro. Gana distancia y mientras se muerde el labio inferior lleva los dedos a los lazos que descansan en sus caderas. Deja caer la parte del bikini que le faltaba y oigo cómo da en la arena, pero no lo veo, porque solo está ella.

—Joder, eres espectacular. —Me recoloco la polla cuando me da la quinta sacudida en menos de un minuto.

—He leído que si la arena se mete por donde no debe, puede cortar el rollo —camina de espaldas hacia el agua y se moja los pies—. Tendremos que tenerlo en cuenta.

Me deshago del bañador y la miro con el corazón reventándose el pecho a golpes.

—Eres una puta fantasía, Naomi Nasher —sus ojos bajan hasta mi polla cuando involuntariamente, la rodeo con una mano dándome una “sacudida de recuperación del control” que se vuelve en mi contra.

Ella se lleva dos dedos a sus pliegues y los hunde. Los hunde pero bien.

—Adler... —gime y nunca me cansaré de oírlo—. Desde que te conozco siempre estoy mojada, ¿sabes? No... no puedo controlarme.

No sé si se da cuenta de lo que dice, pero va a matarme. Acelera el ritmo y sus ojos azules se oscurecen con deseo.

—Soy un hombre de palabra, no serás tú la que te masturbe —me acerco a ella.

—¿Tienes algún deseo que no conozca? —sigue mirándome la polla y así no hay quien camine—. ¿Hay alguna parte de mi cuerpo donde quieras correrte?

—Cada puto centímetro de piel que tengas, Naomi.

Esta vez alza la vista, separa los labios y todo su cuerpo se estremece antes de encontrar las palabras. La alcanzo, la levanto y la meto en el mar. Ni siquiera nos ha llegado el agua a las caderas y ya tiene mi polla dentro.

Es una sensación única, completamente distinta a cualquier otra y voy a salirme de mi cuerpo. *El roce es dinamita pura bañada en gasolina.*

Gruño.

Gime.

Se aferra a mí, moviendo las caderas sin descanso dejándome claro lo que le gusta. Si mi polla tenía la posibilidad de pasar de roca a cemento, Naomi lo consigue.

—Voy a follarte hasta que se haga de día. —Su respuesta es mi nombre, lo chilla y la oscuridad del mar se lo traga todo. *Estamos solos en el mundo.* La penetro más profundo, adentrándome más en ese coño prieto que no deja de palpar como loco—. Córrrete para mí.

Lo hace y aguanto como un puto campeón.

Nos saco un poco del agua, lo bastante como para que las olas no me desequilibren y le bajo las piernas para inclinarla hacia mí y que su clítoris se lleve la presión que merece. Sujetándola del culo. Encargándome de todo para que ella se deje llevar. El siguiente orgasmo le pone los ojos tan en blanco que casi temo que no pueda volver del lugar al que va.

Entonces me empuja hasta que caigo al agua, se sienta encima y se empala con mi erección ella solita. Gimo con ella porque lo que siento no tiene puto nombre y ella tampoco lo tiene. Es una barbaridad. La siento por todas partes. A penas puedo controlar mi codicia, la quiero ya.

—Córrrete conmigo, Adler —susurra con las olas.

Pero no quiero que se acabe, quiero darle todo lo que pueda. La beso como nunca, le amaso los pechos, acompaño sus caderas, pero no consigo recuperar el control.

—Córrete dentro de mí... —gime en mi boca sacudiéndose—. Déjame sentir cómo te derramas... sentir hasta la última gota.

Es tan erótico que puede conmigo.

Aparezco en el ojo del huracán porque Naomi Nasher me empuja dentro.

Me quedo sin respiración. *Hostia puuuta.* Siento que me estoy aferrando a la vida, que ella me la está dando toda. Naomi chilla con la fuerza con la que nos corremos juntos.

Es irracional, absurdo, lo mejor que he sentido nunca.

—Eso... tú... *dios* —jadea y como tampoco me salen las palabras, me hundo en la ausencia de ellas y de paso en sus labios.

Se abraza a mí cuando todavía la tiene dentro y yo la rodeo con ambos brazos porque por enfermizo que suene, no quiero espacio. Estoy seguro de que ha tenido bastante, pero tres minutos después vuelve a mecerse contra mí.

—No tenemos por qué seguir porque haya vuelto a empalmarme —*en tiempo récord*.

Le aparto el pelo de la cara, mojándosela, y noto su piel ardiendo. Es suave a un nivel intoxicante que me impedirá quitarle las manos de encima el resto de mi vida.

—No hay ni un solo minuto del día que no quiera tenerte dentro de mí —susurra antes de mordirme el labio inferior.

Sus deseos son órdenes.

Esta vez lo hacemos de pie, con el agua hasta los hombros de Naomi. La pongo de espaldas a mí, mirando a la casa, para que vigile si viene alguien.

—Hay muy pocas probabilidades de que alguno de los dos fuera lo bastante fuerte como para parar a tiempo —dice muy sabiamente mientras me froto contra su culo, entrando en su paraíso desde detrás.

Su vagina me succiona invitándome a que la penetre más profundo.

—¿Qué quieres decir?

—Así... solo conseguiremos... que nos vean... la cara. *Ahhhhhh*.

—¿Y eso te asusta? ¿O te pone?

Creo que oigo su risa. Estoy bastante seguro, aunque ahora mismo no puedo ni pensar. Las embestidas son cada vez más bestias, igual que el placer que se vuelve indecente, abismal y una locura absoluta. Ella echa un brazo hacia atrás, se aferra a mi cuello, arqueándose y exponiendo sus pechos a la luz de la luna. Cuando se corre, las paredes internas de su precioso coño no me dejan espacio, así que la sigo y vacío todo lo que tengo de nuevo en su interior.

Conquistándola.

Haciéndola mía a un nivel primitivo que me cambia hasta el ADN.

Soy gilipollas. Y es algo de lo que me doy cuenta a la mañana siguiente cuando Naomi me despierta rozándose contra mi cuerpo, besándome el cuello de forma perezosa y somnolienta y, ¿qué hago yo? Abrir la puta boca, hacerla enfadar y que acabe metiéndose en el baño dando un portazo.

Y ni siquiera puedo ir a pedirle perdón, porque el virus de los celos que me ha infectado todavía me provoca síntomas de la enfermedad.

Todo ha empezado con una pesadilla recurrente que me ha perseguido toda la noche porque mi cerebro es imbécil y no sabe disfrutar de la felicidad.

Lo que hemos hecho juntos, las clases, el estudio, los libros, todo eso lo hará de nuevo con

el capullo de Izhan Gallenger llegado octubre. Una parte absurda y ridícula de mi cabeza había bloqueado el hecho de que es su trabajo, que no me ha confiado el secreto del hockey a mí porque sea especial, sino porque es su trabajo.

Soy un capullo intransigente. Y un celoso.

La puerta del baño se abre de golpe. Vuelve con las gafas sexis puestas y el pelo revuelto, y me alcanza en un par de zancadas largas, rápidas y furiosas.

—No tienes derecho a recriminarme que haga mi trabajo.

—Lo sé.

—Ni tienes derecho a ponerte celoso de que trabaje con otros jugadores.

—Puede que tengas razón, pero no puedo evitarlo. Me encanta pasar tiempo contigo en esa sala de estudio.

—¿No te das cuenta de que lo que lo hace tan especial eres tú, pedazo de tonto, y no lo que estudiamos en sí? ¡Los libros solo son libros!

Se me olvida cómo cojones hablar.

—Además, ¿es que no te ha quedado claro que eres el primero por el que me salto mi código? Nunca, *jamás*, en la vida había besado a alguien del trabajo, pero si eres tan caraculo como para no ver lo que tienes delante de tus narices, ¡puedes irte al cuerno!

Las piernas no me fallan cuando las necesito. Por eso puedo cerrar la puerta de la habitación antes de que la abra lo bastante como para salir por ella. Por eso puedo enjaularla con mi cuerpo, robándole el espacio, al tiempo que ella se queda con todo lo que tengo.

—Estoy seguro de que ahora te arrepientes de pedirme que diera mi opinión y dijera lo que pienso.

—No hagas bromas, Jenkins, estoy enfadada contigo.

Y yo enamorado. Hasta las putas trancas.

—Sé que lo de octubre solo será trabajo y que es la primera vez que te saltas las normas. No he dudado ni una sola palabra que haya salido de tu boca.

—¿Y entonces a qué viene ese ataque de celos?

—Me gusta esto —miro el escaso espacio que hay entre nosotros—, y no solo esto, todo. Las cenas, los vídeos, el estudio, leer contigo, debatir contigo, oírte hablar de lo que dominas, me gusta cada puto segundo que respiro cerca tuyo. Saber que nuestro trabajo juntos tiene una fecha de caducidad se me está atragantando.

—Vale. —Sube las manos por mi pecho, luego las lleva hasta mi cuello y antes de que me

dé cuenta me está abrazando y mirando con sus enormes ojos azules—. Te lo compro.

—Lo siento.

—No, ahora que te has explicado... no pasa nada. A mí tampoco me gusta lo de la fecha de caducidad. —Me besa la barbilla y le beso los labios.

La levanto, la acaricio y nos muevo hasta la cama mientras ella se aferra a mí con necesidad.

—¿Luego puedes repetirme eso de que soy yo el que lo hace especial? —le beso el cuello, pego la nariz contra su piel y la inhalo, impregnándome de ella.

La deposito en la cama con la delicadeza que merece.

—¿Y lo de tonto? —pregunta tirando de mí, rodeándome la cintura con un movimiento rápido y brusco.

—Sí, Naomi, lo de tonto también.

Capítulo 13

Naomi

Después de un fin de semana perfecto, subimos las escaleras hacia nuestra vieja amiga, la sala de estudio, mientras el cretino de Octavius Waylen discute con la entrenadora de otro jugador sobre quién tiene reservada la pista ahora. Yo solo puedo pensar en la forma que he despertado y la forma que me dormí anoche. Las veces que paramos en el camino de vuelta, el ingenio que trae consigo la necesidad. *Orgasmos, orgasmos, orgasmos.*

—El trece es mi número favorito, ¿lo sabías?

—¿Sí? Pues es el de mi camiseta cuando juego en North Star.

—Anda, ¿de verdad? —alzo las cejas de forma exagerada y cuando estrecha la mirada me doy la vuelta, pero no lo bastante rápido como para que Adler no vea mi sonrisa.

Pillada.

Me adelanto y termino de subir las escaleras sola. Me adentro en la sala y solo veo lugares sobre los que me gustaría hacer de todo menos leer. Adler me ha prohibido que use nada con coco y suplicado que lleve ropa exageradamente ancha.

—Qué rápida —dice con segundas, pero no me avergüenza lo rápido que puede hacer que me corra.

—Ya sé lo que voy a pedirte a cambio de haberme obligado a venir disfrazada al trabajo.

—No estás disfrazada —me repasa—, estás preciosa. De hecho, da la impresión de que te has puesto mi ropa y eso... —no termina la frase.

No hace falta. Ya estoy ardiendo.

—Mi prohibición es que no puedes hacer eso que haces con la mirada.

—¿Qué hago con la mirada?

—Eso de sonreír con los ojos mientras endureces la mandíbula como si creyeras que soy tu

peor pesadilla y a la vez, tu favorita.

Se ríe. *Menuda carcajada. Dioooooos, ¿pero a mí qué me pasa? ¡Que me encierren! ¡Necesito que alguien me cure!*

—De acuerdo, pero intenta no ser adorable.

—Seré súper odiosa —señalo la silla de forma teatral—, sienta tu culo ahí y espabila a estudiar.

—Adorable —murmura.

La biografía de Hal Flynd, jugador de la NHL, es interesante, motivadora y no solo enseña lo que supone jugar en equipo y superar las lesiones inesperadas que te persiguen el resto de tu carrera, también lo considero un manual para el éxito. Y a pesar de eso...

—Esto va a ser un problema —Adler rompe el silencio después de una hora intentando concentrarnos.

—Nos quedan muy pocos días hasta que vengan las cámaras y empecemos a practicar en la pista.

—Lo sé —dice con pesar, cerrando los ojos y haciendo una respiración profunda.

—Los libros que te quedan son fundamentales, no te los puedes saltar.

—Tal vez deberíamos hacerlo en salas separadas.

—Perderíamos tiempo al ir y venir si cada cincuenta minutos tenemos que parar para comentar lo leído.

—Además, seguiría pensando en ti.

Menudo retortijón cariñoso me sacude.

—Va, haz un esfuerzo —me enredo un mechón en el dedo—, esto tampoco es fácil para mí.

—Naomi —jadea y evita el contacto visual. Tiene las orejas rojas y la mirada brillante—. No puedo pensar con claridad de las ganas que te tengo.

—Pero...

—No —me corta—. Siempre compruebo que no haya nadie en el pasillo cuando salimos del ascensor en la veintisiete, y que nadie nos presta atención cuando vamos y venimos de la pista. He hablado con Sarah y en los registros del hotel aparecerá que las cenas son enviadas a habitaciones separadas, en vez de las dos a la mía. Tranquila, le he dicho que somos amigos, pero que creía que Benjamin Simons podría ver un problema donde no lo hay. A lo que me vengo a referir con todo esto, es que soy muy cuidadoso.

—Adler —*el tío sabe conmover sin siquiera pretenderlo.*

—Pero en lo único que puedo pensar ahora es en lo rápido que podría hacer que te corrieras. En eso, y en que si encontrara la forma de atarte a esta mesa jugaría contigo hasta que se escondiera el sol y ni siquiera son las diez de la mañana.

Esposas. Eso aún no lo hemos probado.

—Premios, Jenkins —suelto—. Cada diez capítulos que leas, recibirás un premio.

—¿Cómo dices? —Se incorpora de golpe.

—Fácil, te lees diez capítulos y me acompañas al baño del final del pasillo y te lo doy.

—¿Vas a llevarme *al baño*?

—Señor Jenkins, no sé qué insinúa, soy una mujer respetable.

Coge el libro con rabia y repentina motivación. *Termina en tiempo récord.* Estoy de rodillas y sin camiseta, lamiendo su envergadura mientras me acompaño con la mano libre. Esa que no está hundida entre mis piernas porque no puedo soportar las ganas.

—*Joder, joder* —gruñe—. Estoy a punto.

Yo también. Tira de mí tanto como puede, que no es mucho, con tal de apartarme. Y sé por qué lo hace: le da miedo correrse en mi boca. Teme que estropee algo de esto, por eso las anteriores veces ha habido un preservativo de por medio.

Le aparto de un manotazo, le miro a los ojos mientras succiono y paso la mano de su base a sus huevos. Se corre al instante.

La segunda ronda de premios llega rápido.

—S-se supone que soy... yo la que... —le clavo las uñas en el cuero cabelludo mientras hunde la cara entre mis piernas, su barba de dos días haciendo maravillas que combinan genial con las de su lengua y sus dedos.

Tengo una pierna sobre su hombro y Adler se cerciora de mantenerme bien abierta. Empiezo a sacudirme a merced de la penetración, tengo el orgasmo casi encima y entonces... entonces... para. Se pone de pie y se relame bajo mi atónita mirada.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto abierta de piernas.

—Mi premio es este: quiero que sientas lo que yo siento. Luego venimos y hago que te corras, a ver si te parece un premio o más leña que echar a la hoguera de la tortura.

—No puedes estar hablando en serio.

—¿Crees que tu técnica funciona? Bien, ahora estás más o menos tan cachonda como yo cuando te tengo delante. Veamos si en cincuenta minutos soluciono o empeoro el panorama.

El reloj no avanza. E n a b s o l u t o. Mi concentración es tan, tan pésima que cuando él acaba yo solo he leído cuatro capítulos. Cuatro. #Bochornoso.

—No vas a tocarme —digo camino al baño altiva e irritada.

—Claro que no.

—Pienso devolvértela. Vas a sufrir como en tu vida.

—Estoy seguro de que ya estoy ahí.

Tenía una disertación magnífica sobre la venganza y acerca de cómo no iba a dejar que volviera a tocarme. Pero un minuto después de que eche el cerrojo estoy completamente desnuda sobre el lavamanos, convulsionando tras el primer orgasmo y con su polla entre las piernas a punto de entrar en mí.

—Si es así... como te vengas...

—Vete al infierno. —Lo fulmino con la mirada, pero es tan guapo que duele.

—Ocupado.

Mi vagina palpita con intensidad a la primera embestida y me convierto en un animal desesperado en busca de alivio con la segunda. Mi cuerpo ya no me pertenece. Es suyo, toda yo soy suya.

Lo cierto es que el premio dura más minutos de lo establecido, pero al volver a leer ambos nos convertimos en bólidos.

—Parece que alguien tenía razón y los premios funcionan —digo con retintín.

Sonríe y se muerde el labio sacudiendo la cabeza. *Auguro venganza por mi comentario.*

Sarah Monroe

Sarah Monroe

Una chica malhumorada pretendía llevarse tu batido de mandarina



Naomi Nasher

Hurto!

Qué le has dicho?

Sarah Monroe

Que le había estornudado dentro sin querer
Ha dudado si robarlo de todas formas, debía estar desesperada,
pero mi repentino ataque de tos ha sido el cataclismo definitivo.

Naomi Nasher

Es pronto para que te llame amiga?



Sarah Monroe

No suelo dar mi número a mis enemigas



Tengo que llevarme el libro cuando voy a buscar *mi* batido para que no me gane. Sarah es un encanto. *Tan encanto que ni siquiera repara en el color de mis mejillas. O si lo hace, no dice ni mu.*

—No vas a acabar antes que yo —dice Adler cuando entro en la sala.

—Ya lo creo que sí —le ofrezco de mi batido porque hasta mi rival tiene derecho a un poco de felicidad.

—Llevo ocho, ¿y tú?

Siete.

—Muchos más —alzo la barbilla.

Nos estamos desvistiendo después de haberme leído trece en tiempo récord. *El catorce, ¿pero quién lleva la cuenta?*

Al acabar la jornada, los libros del día han sido leídos, comentados y discutidos, pero estoy echa polvo de tantos premios. Aun así, si piensa que voy a borrar de mi memoria su jugarreta...

Me ha dejado a medias. Sí, sigo sin poder creérmelo. Mi estado de shock de entonces no me ha dejado masturbarme delante de él, que es lo que debería haber hecho, y luego he estado cincuenta minutos pagando las consecuencias. Si Adler Jenkins cree por un solo segundo que voy a olvidarme del tema por haberme regalado más orgasmos en un día que nadie, (ni siquiera yo), oh... está muy equivocado.

¡Esto es la guerra!

Miro la hora y calculo que debe estar, más o menos, a la mitad de su rutina de ejercicio en el gimnasio. Solo entonces envío el mensaje. *Cuando más joda.*

Adler Jenkins

Naomi Nasher

Voy a desnudarme

A meterme en tu ducha

Y a pensar en lo mucho que me gusta tenerte dentro cuando me corro

Que disfrutes de tu ejercicio



Tarda cuatro minutos en llegar y estoy segura de que tres y medio son debido a que no había ascensores libres.

No estoy en su baño cuando aparece, si no con la espalda pegada a la cabecera de su cama, abierta de piernas y a punto de tener un orgasmo con público. Llevo su camiseta puesta, la del trece, y tengo los dedos tan hundidos en mi centro que no voy a durar nada.

En cuanto me ve, todo el oxígeno sale de sus pulmones y me da que para siempre. El sonido gutural que emite su garganta podría generar más electricidad que mil centrales nucleares.

—*Shhttt* —le chisto—. No puedes tocarme.

—¿Por qué no? —esas tres palabras cargan y reflejan un dolor que contrasta bien con los espasmos y cosquilleos de placer que suben y bajan por mi cuerpo.

Esos deliciosos que se me meten más y más adentro.

—A... *Adler* —gimo y ni un solo segundo aparto la vista de sus ojos.

—No me castigues así —me gruñe agarrándose al borde de la cama, agachándose para tener una visión perfecta de mi coño mojado mientras su pecho sube y baja con profundas respiraciones abruptas.

Como si el sonido húmedo que retumba por la habitación no fuera bastante.

—¿Qué me harías si... pudieras? —controlo el impulso de pedirle que se meta dentro de mí.

—Déjame demostrarte lo que haría —Me ordena ese océano de oro fundido—. Deja que sea yo el causante de que te corras.

Como si no lo fueras siempre. No puedo más.

—¡Adler! —mis gemidos se vuelven cortos, rápidos, intensos.

Curvo los dedos y justo ahí, presionando mi punto G, machacándolo con la misma fuerza con la que va a recordarme masturbándome en su cama, me corro.

El orgasmo me derrumba bajo su atenta mirada, la ola me arrolla y de algún modo, parece llevárselo a él también. Adler se saca un preservativo del pantalón de deporte y me encantaría saber en qué estaba pensando cuando lo guardó ahí, pero tengo un papel que representar.

—Buenas noches —jadeo caminando hasta mi habitación.

No sé cómo porque me tiemblan las piernas cosa mala. Cruzo la puerta que había cerrado y él me abraza desde la espalda, acariciando mis pechos y mi entrepierna. No es solo que envíe calambres placenteros directos en mi sexo, es que su abrazo me arropa y quiero dormirme abraza a él como las anteriores noches. Estoy a punto de ceder y ser una blanda cuando dice:

—Si hubiera sido yo el responsable, ahora no podrías ni caminar. ¿Es que no echas de menos tener esa suerte?

Le miro por encima del hombro.

Lo dicho, esto es la guerra.

Capítulo 14

Adler

Las cosas pueden cambiar mucho de un día para otro. Anoche tuve que masturbarme siete veces para poder dormir. Siete. Esta mañana Naomi se ha bañado en coco y lleva un vestido de flores sin sujetador la hostia de ajustado. El aire acondicionado se pone de su parte y añade más leña al fuego. *Soy un desgraciado.*

—Vale, tengo que dejarte —le digo a Ace, que ya me ha llamado dos veces esta mañana.

Una para preguntarme si puede usar mi camiseta más cara, (la respuesta es no), y la otra para saber si puede dejar que Dásie duerma en mi cama unos días porque lo tiene castigado sin sexo por una “discusión de nada”, pero Ace *necesita* que por lo menos duerman cerca el uno del otro.

No sé para qué coño me llama si luego va a hacer lo que le salga de los santos cojones.

—¿Con quién hablabas? —pregunta Naomi alzando la vista del libro de inmediato cuando cuelgo—. ¿Tu otra novia?

—¿Otra? —repito disimulando la explosión de euforia que estalla en mi pecho.

—Tu *única* novia —se corrige, roja y agachando la cabeza.

—¿Por qué, estas celosa?

—Aburrida de esperar a que te tomes el trabajo en serio.

—Me lo tomo en serio y también tus celos.

—Mis celos no existen.

—El de la llamada era Ace —me derrito con el alivio de sus ojos, ese que enseguida oculta —, estás muy guapa hoy, Naomi. De hecho, no entiendo cómo no te has sentado en mi cara todavía.

—¿Si? Pues no llevo bragas.

Joder, la hostia.

Leo cabreado medio libro sobre puto liderazgo y la estrategia de juego de los cojones y lo único que puedo pensar es en cómo utilizarlo contra ella. Estoy a punto de terminar mi quinto capítulo extra cuando la veo frotarse contra el asiento.

—Naomi, ¿se puede saber qué estás haciendo?

—Motivarte a que leas más deprisa.

Se inclina y se da placer contra la silla, jugando con sus piernas manteniendo una cara inexpresiva, pero arrancándose suaves gemidos de placer que me taladran la médula espinal.

—Alguien podría entrar en cualquier momento, ¿serías capaz de mantener una conversación y actuar como si nada?

Alfil a reina.

—Siempre estamos solos en esta zona, Adler. Podrías follarme contra las ventanas y nadie se daría cuenta. —Sonríe a sabiendas de la imagen mental que me ha generado.

Jaque mate.

Joder, claro, si es ella la de los putos libros.

Alguien llama a la puerta. Thomas, un trabajador de la organización que a veces nos trae el desayuno, viene a avisarnos de que el equipo que grabará mi progreso se ha presentado antes de tiempo porque les venía mejor y quieren conocernos.

Ahora.

—Enseguida bajamos, gracias Thomas —Naomi sonríe hasta que se cierra la puerta opaca, luego se desmonta en la silla—. *Mierda.*

—Perdona, ¿qué decías antes? ¿Algo sobre hacer no sé qué contra unas ventanas? —me paso una mano por la mandíbula.

—Cállate —dice alisándose el vestido, apretándose la coleta e intentando coger las riendas del caballo salvaje que le late en el pecho y mucho más al sur.

Camino hacia la puerta acristalada, la que da a la pista de hockey y no al pasillo que nos llevaría hasta el baño, y lo hago echándole un vistazo a su cuerpo para irritarla.

—Es una pena que no aprovecharas tu oportunidad cuando la tuviste.

—Que te calles. —Me da un golpe en el hombro y me saca a empujones.

Ace Crawford

Ace Crawford

Una cosa más

El cepillo de dientes verde no lo usabas mucho no?

Reformulo, no vuelvas a usarlo

Hubo una fiesta y... no necesitas saber los detalles.

De nada, tío



Adler Jenkins

Un día de estos, Ace, te juro que...



Ace Crawford

Yo también te echo de menos, tío

Luego te llamo y nos ponemos al día



Nada, no hay caso. Voy a tener que matarlo.

Llegamos a la pista y hacemos las presentaciones. El director del programa, Robert Jeden, es un viejo excéntrico con un mono burdeos cantón y unas deportivas amarillas que son las hermanas feas de las hijas curiosas de la moda.

Diría que está más cerca de los setenta que de los sesenta, pero lo importante aquí es que no para de tocar a Naomi y no me gusta un pelo. *Que enciendan las cámaras ya que voy a arrancarle la puta cabeza a este viejo verde.*

Tiro de Naomi y la pongo a mi otro lado, posicionándome en medio cada vez que intenta tocarla.

—Estamos entusiasmados con empezar a trabajar con ustedes —le doy unos golpes amistosos a Robert en el brazo, ese que acababa de extender hacia ella y se distrae estrechándome la mano por quinta vez.

Scarlet Smith tampoco me cae bien en exceso. La forma que tiene de hablar de los jugadores con los que ha trabajado me parece frívola y peligrosa. De la clase de directora de escena que en lo último que piensa es en el bienestar de las personas tras la lente. Los tres camarógrafos que vienen con ellos ni siquiera se presentan, de hecho, no dicen ni mu. *Ojalá solo fuera un día y pudiera volver a mi rutina a solas con Naomi.*

Ella y Scarlet se van a la sala de estudio a discutir sobre los horarios en los que encajaremos las grabaciones, teniendo en cuenta las horas que la organización nos ha cedido la pista y que ellos no se alojan en el hotel. *Porque no se alojan en el hotel, ¡lo cual es un puntazo!* El hecho de que ella no esté cerca de Robert Jeden ya me tranquiliza, así que cuando me pide grabar las primeras tomas de contacto con los cámaras, no me niego.

—A la cámara le gustas, Jenkins —me da unos golpecitos en la espalda mientras se carcajea, pero lo único que he hecho durante quince minutos es patinar.

—Me alegra —*supongo*.

—No deberías perder el tiempo con él, Robert —dice Octavius eligiendo el peor momento para ser un grano en el culo.

Patina hasta nosotros, señalándome con el stick. *Este viene a por más, quiere que le parta la boca dos veces. Míralo, si tiene la herida reciente.*

—Octavius Waylen, ¿no es cierto? —se presenta Robert.

—Para servirle, señor Jeden. Si se aburre del juego de Jenkins, contáctame. Podré grabar algunas tomas gratis, me siento caritativo.

Te vas a acabar sintiendo un muñeco de trapo como no espabiles y te largues.

Es una suerte que Octavius no sea uno de los chavales a los que va a grabar Robert Jeden y que sea otro director el que se encargue de su documental. ¿Por qué? Porque eso significa que no vamos a competir juntos.

Mejor, la única posibilidad que tengo de jugar un amistoso con Octavius es dejándolo inconsciente primero.

—Tal vez hable con tu directora de escena con tal de programar un par de partidos de cara al final, ¿qué tal suena eso?

—Me sabría un poco mal barrer el suelo con la cara de su estrella, señor Jeden, pero acepto —se ríe lanzando su stick al aire y cogiéndolo, una y otra vez.

—¿Barrer el suelo conmigo? —Le sonrío—. La última vez que jugaste contra North Star tu juego fue tan predecible que dudamos si te habías confundido creyendo ser de nuestro equipo. Mi momento favorito fue cuando Zayne te robó el puck en las narices y pudo hacerme un pase con el que acabé marcando y ganando el partido.

—Tu capitán hizo trampas.

—No, qué va. A Zayne no le hace falta. Pero no me sorprende que lo digas porque siempre has sido un mal perdedor. ¿Cómo está tu muñeca, por cierto? Juraría que había leído en alguna

parte que te la rompiste después de perder el último partido de la temporada y pagar tu frustración con una taquilla. ¿Necesitas que te aconseje un terapeuta? ¿Uno que te hable del control de la ira?

—Uhhhh —Robert se carcajea y se vuelve hacia los cámaras—. ¿Lo has grabado?

—Lo siento señor, creía que era una conversación privada.

—No existen las conversaciones privadas, estate más al loro si quieres conservar el empleo.

Joder, tengo que alertar a Naomi de este tío.

Octavius suelta el stick, se quita el casco y los guantes y los tira contra el hielo. Estoy más que dispuesto a dar un paso atrás y dejar en evidencia lo energúmeno que es delante de Robert y el cámara que ahora sí nos está enfocando, pero para mi sorpresa, Waylen no intenta pelearse conmigo. Me lanza una mirada envenenada y se larga del recinto ignorando los gritos contenidos de su agente deportivo, que llegaba entonces con su entrenador.

Eso es nuevo.

Subo las gradas de dos en dos en cuanto terminamos y lo hago tratando de hacerme a la idea de que voy a tener que ver a ese tío el próximo mes. El corazón me da un vuelco cuando abro la puerta de la sala de estudio.

—Naomi —me acerco a ella, me arrodillo frente a su silla porque tiene los ojos inundados—. ¿Qué ocurre?

—Nada.

—Estás llorando, no me digas que nada. ¿Ha pasado algo con Scarlet? No me jodas que ella también es una depravada.

—No, no es nada de trabajo. —Sacude la cabeza y le tiembla el labio inferior—. Banny me ha llamado, me ha dicho que Matthew la ha dejado con sus abuelos tres veces ya esta semana para ir a ver a Celine.

—¿Quién es Celine?

—Una nueva amiga que tiene —masca cada palabra.

—¿Y cuál es el problema? —La acaricio y le aparto el pelo de la cara.

—¿Que cuál es el problema? —agrandando los ojos con horror y da vía libre a las lágrimas—. Se está acostando con ella, Adler. Mi hermana murió hace un año y él ya tiene una novia nueva. —Se levanta y se pasea por la sala roja, furiosa y dolida—. Ocho años juntos, repitiendo día y noche que la amaba, con una hija en común, ¿y después de tan solo *un* año...?

—Que intente salir con otras personas no significa que no la eche de menos. Ni que la haya olvidado.

—Es una falta de respeto a Stacy, a Banny y a mí —Se tapa la cara y llora.

Me acerco maldiciendo en silencio mientras busco la manera de tratar el tema con más tacto.

—Naomi, es muy posible que solo busque apoyo, alguien con quien criar a su hija, con quien formar un equipo. No una sustituta.

—Es muy pronto.

—Tal vez para él no lo sea, cada uno tiene una forma distinta de lidiar con el dolor.

—¡No si encima debería darle las gracias por no haberse follado a otra en el funeral de mi hermana!

—No es eso lo que estoy diciendo —me yergo resistiendo el impulso de tocarla, de abrazarla.

—¿Y qué estás diciendo, Adler?

—Un año es mucho tiempo para sufrir la pérdida, la ausencia y las carencias que esa persona dejó en tu vida al marcharse. Puede que a estas alturas Matthew haya asumido que parte del dolor nunca desaparecerá y que tiene que aprender a seguir adelante sin Stacy. No puedes ser tan injusta con él como para privarle de eso, él no murió, tu hermana lo hizo. Dudo mucho que Stacy quisiera que Matthew fuera una persona triste e infeliz el resto de sus días. Banny se merece un padre lleno de vitalidad, alguien fuerte que compense el agujero inmenso que la pérdida ha dejado en tu familia.

—Nadie puede sustituir a Stacy. —Sacude la cabeza con los ojos rojos llenos de lágrimas y se va dando un portazo.

Mi móvil suena en ese momento.

Espero que sea Ace de nuevo y estoy listo para mandarlo a la mierda, pero no es él. *Debería haber bloqueado el número. No sé por qué no lo he hecho.* Le cuelgo y me prometo que si mi pantalla se ilumina otra vez, lo haré.

Capítulo 15

Naomi

Las visitas sorpresa no terminan.

Matthew lleva varios días apareciendo por la noche. *Sus padres se han ido de crucero y ya no tiene con quién dejar a Banny así que me la deja a mí, ¿te lo puedes creer?* No es solo que no me pregunte si puedo cuidar de ella (en un hotel en el que no puede quedarse a dormir, *en teoría...*). O el hecho de que esté lidiando con la idea de que rehaga su vida doce meses después de perder a mi hermana porque sé que Adler tiene parte de razón... ¡Es que da la impresión de que Banny es un estorbo para él y eso me está poniendo de los nervios!

—¿Quieres la mitad de mi pastel, pecosa? —le pregunto a la niña que marea el suyo en el plato. Como no, sacude la cabeza. Le cojo una mano y ella me devuelve el apretón con su manita —. ¿Te preocupa algo? —asiente—. ¿Quieres hablar del tema?

—Papá se está olvidando de mamá —le dice a su chocolate.

—No, tesoro. Claro que no.

—Sale mucho con Celine, acabarán casándose y tendré que vivir con ella.

—Te aseguro que tu padre no se olvidará de tu madre mientras viva. —*Me gustaría decirle que no va a casarse pronto, pero ya no estoy segura de nada.*

—¿Cómo lo sabes?

Me trago el nudo en la garganta como puedo, pero su tamaño aumenta a medida que dejo volar los buenos recuerdos.

—Porque los vi juntos desde que cumplí dieciocho. Su amor no dejaba de crecer, como un rosal inmenso y precioso. Tenía veintiuno cuando tu madre me pidió que fuera su dama de honor y estuve presente el día más feliz de sus vidas. También estuve ahí cuando naciste tú y te quedaste con la medalla de oro de los mejores momentos. Tu padre lloró mucho de felicidad ese

día —le limpio la boca de chocolate y las lágrimas—. Se adoraban, Banny, de verdad. Y los dos te querían muchísimo. Tu padre sigue haciéndolo.

—Ojalá mamá estuviera aquí —llora—. Hecho mucho de menos sus abrazos.

La subo a mi regazo, la abrazo y me trago las lágrimas para no asustarla.

—A mí me pasa lo mismo —me devuelve el abrazo con fuerza.

Nos vamos del salón comedor que de no ser por las propagandas de hockey proyectadas en los espejos de las paredes parecería sacado de una revista vintage, y nos topamos con Adler. Cada célula de mi cuerpo *sabe* que estaba esperándonos frente al ascensor. Que no es casualidad.

No echarme a llorar se vuelve el triple de difícil.

—Hola, Adler —dice Banny, triste, pero no tanto como para no saludar a su amigo—. ¿Qué te pasa en el hombro?

—Es verdad, ¿estás bien? —le pregunto cuando hace gestos raros.

—Sí, me hice daño entrenando hace un par de semanas, pero cada vez duele menos. El tiempo ayuda mucho a curar las heridas. Aunque es difícil ser paciente. —Entra en el ascensor y se apoya en la barandilla olvidándose de su hombro, pero ya con la atención de Banny.

Me lo como.

Nos ha visto fijo.

¡Juro que me lo como!

Mi corazón late tan deprisa que Banny va a acabar oyéndolo. Entramos en mi cuarto y Adler nos sigue. Como la puerta que conecta las habitaciones estaba abierta, Katastrofe y Mi-Miau están en su habitación jugando y mordiéndose en plan broma. Así que Banny y él acaban allí, convirtiendo a las gatas hiperactivas en mansas a base de mimitos. Los veo sentados en el suelo, con las gatas encima, cuando vuelvo de llamar al servicio de habitaciones para pedir la cena de Adler ya que a él parece habersele olvidado. Doy un paso atrás cuando los oigo hablar.

—Yo tampoco tengo madre, ¿sabes?

—¿Se murió de algo raro también? —pregunta Banny entre maullidos de Mi-Miau que no piensa parar hasta que deje de llorar.

—No, ella se fue.

—¿Sin ti? —se sorprende y mi corazón se resquebraja.

—Sí, sin mí.

Banny pone una mano en la rodilla de Adler y le da palmaditas.

—Lo siento mucho.

—No, no te pongas triste. Mi abuelo y mi padre son geniales y ellos sí querían cuidarme. Tengo muchísima suerte.

—¿Pero no la echas de menos? —pregunta con la curiosidad de una niña de cinco años.

—Tu madre te quería mucho, ¿a que sí? Quería estar contigo, saberlo todo de ti y cuidarte.

—Sí —se frota los ojos y yo también lo hago.

—La mía no era así. No quería saber nada de mí, ni estar conmigo. Así que, aunque sea muy triste que Stacy ya no esté, debes recordar que no hubo ni un solo día que no te quisiera con toda su alma. Nadie podrá quitarte eso nunca, Banny.

Ella le abraza y cuando consigo dejar de llorar, llamo a Adler para que venga a mi habitación. Tiene la mirada brillante y la nariz un poco roja, y me lanzo a sus labios en cuanto cruza la puerta.

Es un beso silencioso, lento y sentido, tanto como el abrazo apretado con el que me rodea.

—¿Ya no estás enfadada? —me mira desde las alturas después de besarme la frente y dudo quién es el mayor de los dos.

Dudo si en realidad tiene quince años más que yo y es un agente del FBI encubierto que se hace pasar por un universitario normal. Entorno la puerta para que Banny no nos oiga.

—No tenías por qué hacer eso. —*No ha intentado animarla poniéndole dibujos animados, no ha intentado que reprima su tristeza, ha hecho que la vea de un modo distinto.*

—Haría cualquier cosa por ayudar.

Vuelvo a besarle porque creo que me estallarán los pulmones si no lo hago. Las lágrimas no paran.

—Adler, lo que dije... —sacudo la cabeza—. Todavía me cuesta asumir que Stacy ya no está en este mundo. Lo pagué contigo, pero tenías razón estaba siendo injusta con Matthew. No es asunto mío lo que haga para lidiar con su dolor. Debería poder salir con quien quisiera. Siento haber reaccionado así.

El siguiente beso me lo da él y parece un premio.

Esa noche no hay tantas risas como otras veces, pero hay algo mejor, más fuerte flotando entre los tres. *Un vínculo*. La cuerda en mi pecho se ha hecho un nudo y me da que no va a haber forma posible de desligarla.

Adler Jenkins, te has colado bien bajo mi piel.

De aquí ya no hay quien te saque.

Los días pasan y las grabaciones me quitan parte de mi tiempo favorito en la sala de

estudio. Ah, y Matthew vuelve a escribirme...

Matthew Johnson

Matthew Johanson

Mañana por la noche también te dejo a Banny

Le encanta pasar tiempo contigo



Naomi Nasher

Eres consciente de que estoy trabajando?

Y que con lo pequeña que es Banny lo que necesita es estabilidad, no que la llesves de aquí para allá como te plazca?

Deberías pensar un poco más en ella, eres su padre, joder

Matthew Johanson

Nos vemos a las siete

Me aterra que Banny crea que no la quiero o que me molesta que esté aquí, así que no insisto. *Pero cuando vea al irreconocible de su padre igual le muerdo. Una cosa es que acepte que salga con Celine o con quien quiera, y otra muy distinta es que se deshaga de su hija como le plazca.*

Parte de mi mal humor desaparece a medida que la mañana avanza y veo a Adler dándolo todo en la pista. Ya ha empezado a jugar partidos amistosos y no es porque sea su entrenadora, pero los está fundiendo. Machacando. Dejando por los suelos. No me importa que las cámaras capten mis gritos, no puedo dejar de animarlo.

—¿Has visto eso? ¿Lo has visto? —pregunta eufórico acercándose a la valla en el primer descanso.

—Scoth y Anders se pensaban que ibas a atacar por la derecha y entonces se la has colado a Tim McaVoy entre las piernas.

—He herido el orgullo de Tim y eso le ha hecho cometer errores. Me sabe mal, es un buen chaval y lo estaba dando todo.

—Entonces, ¿quieres dejarle tus libros?

—Tienes razón, el juego es el juego.

Me río y él también lo hace. Me muero por besarle y por la forma en que me sonríe juraría que él siente lo mismo. *Razón por la cual llevo gafas de sol estando en el interior. Así las cámaras no pueden grabar mis ojos centelleando y adquiriendo forma de corazón.*

Lo celebramos más tarde, a solas, en algún lugar remoto de las últimas plantas del hotel.

—Esto es una mala idea —dice Adler sentándose en uno de los bancos, con medio cuerpo al desnudo.

No hay cámaras en la sauna y como no es muy grande, se reserva, lo cual significa que...

—Estaremos solos los dos. La única llave que abre es la mía —la que tengo guardada en uno de los bolsillos del fino albornoz que dejo caer exponiendo mi absoluta desnudez a sus ojos—. Aunque si quieres, lo dejamos.

Me atrae hacia sí, me clava los dedos de una mano en el culo para que me esté quieta y me acaricia el clítoris con el pulgar mientras señala la puerta con la barbilla.

—Ni siquiera tiene cerrojo.

—Porque es como la puerta del baño dentro de la habitación: nadie puede acceder a ella sin la llav... *ahhhh* llave. —Me muerdo el labio tirando de la puerta para dejarla entreabierta, aumentando el riesgo.

Me encanta ver cómo se tensa. Cómo ni siquiera entonces renuncia a mí. Me aparto de él con todo el dolor de mi corazón (y mi entrepierna), y abro del todo la puerta. La adrenalina y la excitación me abrasan la piel y su polla parece capaz de agujerear la toalla de un momento a otro.

—Estás loca —me penetra con la mirada firmando mi sentencia y me estremezco de placer.

Dios ya estoy empapada. Cuanto me alegro de que la guerra haya acabado.

—Puedo propinarme orgasmos sola, si quieres salir a vigilar —masajeo mis pezones y me retuerzo, buscando fricción entre mis piernas—. Ya sabes lo buena que soy. Puedo aprovechar el tiempo mientras tú...

Adler se quita la toalla y de un solo movimiento brusco, tira de nosotros hasta el banco. Se sienta y tengo el tiempo justo para ver cómo su imponente polla se alza indomable, dura y lista para el pecado antes de caerme sobre ella para que me penetre como solo él sabe.

Nos fundimos el uno en el otro. Gimo con fuerza contra su boca cuando su erección da una sacudida contra mis paredes internas. Es sublime. Mi miel no para de verterse sobre su polla porque estamos sin barreras, otra vez, piel con piel. Me convengo de que en algún momento, recuperaremos el control y los preservativos, pero lo cierto es que no quiero. Rompo el beso cuando se me arquea la espalda. Boto sobre él, mis pechos los hacen delante de su cara. Las

embestidas son cada vez más rápidas, cada vez más profundas, el placer cada vez más intenso.

—Me... me... Adler me corro.

Casi no he terminado de decirlo cuando pasa.

Su polla palpitando dentro de mí no hace más que alargar el chicle de mi orgasmo. Es tan fuerte que veo fuegos artificiales cuando cierro los ojos y estoy al borde del desmayo. *De abandonar el mundo de los vivos.*

Todavía estoy convaleciente y jadeante cuando levanta mis caderas, me da la vuelta y me inclina.

—¿Qué vas a...?

Adler me enseña con toda clase de detalles lo que va a hacer: sumergirse en mi vagina y empalarme con todo su poder. Boto sobre su regazo, esta vez dándole la espalda mientras amasa mis pechos como quiere. La electricidad lujuriosa me mata y masturba como nadie. Me tapo la boca para no gritar su nombre con tal fuerza que todo Indiana acabe escuchándome, pero ganas no me faltan.

—Tienes un coño perfecto, Naomi Nasher —dice jadeante, tenso—. Voy a hacerle un puto monumento.

Adler hace lo que quiere con él y a mí me encanta. Es bruto y delicado a la vez, quiero decirle que no tenga miedo a romperme, pero el segundo orgasmo se me viene encima antes de que encuentre las palabras. *Un mar de fuego y calambres que anuncian una avalancha arrolladora de lava deliciosa.*

—Vamos, Naomi, derrámate en mi polla. Inúndame de tu miel.

—A mí no me mandas —sueno bastante insolente y segura justo antes de correrme con la intensidad de un tornado.

Lo bueno es que me sigue de cerca. Un chorro caliente e íntimo me llena cuando Adler palpita contra mí sin control, haciendo el eco perfecto a mi placer desbordante. Su esencia se mezcla con la mía y es todo cuanto quiero. Mi corazón añora sus besos un instante antes de que su boca me encuentre. Estoy a punto de decirle que salga de mi cabeza cuando nos estamos besando a lo bestia.

—Alguien debería estudiarnos —susurro a sus labios, de nuevo cara a cara.

—¿Alguien? —pregunta sin aire en los pulmones, la mirada vidriosa y las orejas rojas.

—La ciencia.

Sonríe. *Pero qué guapo es. Menudos hoyuelos aniquila ovarios que tiene.* Mientras se

estimula la polla camino a una segunda erección me coloca sobre su pierna derecha y me susurra:

—Móntame, Naomi.

Después se mete uno de mis pechos en la boca. Gimo con fuerza ante la tortura placentera que recibe mi pezón, ante lo que veo que se está haciendo a sí mismo. Es tan erótico que cuando da un tirón a mis caderas y me balancea sobre sí, mi clítoris chilla de placer y no puedo hacer otra cosa que obedecer. Empiezo a masturbarme contra su pierna, a ir más rápido.

Y más rápido.

Ni siquiera intento entender dónde está el límite del placer, si es que existe. Le empapo con el alivio que solo él me produce, esa miel que quiere beberse y a la que parece adicto. Cuando abandona mi estimulado e hipersensible pezón, se centra en el punto exacto en el que nos unimos y las sacudidas a su polla son más rápidas. Mis caderas también. Mis pechos vuelven a botar libres ante sus ojos.

—Quiero que te corras hasta que esto sea lo único que recuerdes —me gruñe su voz profunda.

Es el detonante perfecto. Me estremezco y convulsiono contra él, que se tensa y acompaña el vaivén salvaje de mis caderas ayudándome con la intensidad que necesito. El eco del orgasmo es fiero, se me tatúa en la piel y promete ponerme cachonda cada vez que cruce mi mente en los momentos más inoportunos.

—No puedo creer que... —intento coger aire—, acabe de hacer eso —admito roja como un tomate con una carcajada rebotando en mi garganta—, ni que me haya gustado *tanto*.

Está muy serio cuando me mueve, me coloca sobre su erección y yo sueño con lo que vamos a hacer con el resto del tiempo de nuestra reserva. Me doy cuenta entonces de que ha cerrado la puerta de una patada sin que me diera cuenta. *Y me gusta*.

—Naomi no te asustes —me mete un tercio y ya tengo que besarle para acallar la ristra de gemidos celestiales—. Naomi.

—¿Mmm? —Me muerdo el labio sin saber dónde empieza él y dónde termino yo—. ¿Sí?

No sé ni quién soy.

—No te asustes —repite—, prométeme que no te asustarás.

Muevo las caderas contra él arrancándonos el aire de los pulmones, pero diría que no se refiere al inmenso tamaño de su arma.

—Joder —maldice hundiéndose más en mí, como si no pudiera evitar tocar el paraíso cuando lo tiene dentro.

Le beso el cuello, incapaz de despegarme de él, pero me coge de la mejilla con determinación y me atraviesa con la mirada como está empezando a hacer su polla.

—Estoy muy enamorado de ti.

Algo estalla en mi interior. Durante los primeros segundos no tengo claro si son fuegos artificiales, una bomba o que mi corazón acaba de correrse. Luego me pierdo en su iris de oro, de león fiero. En las llamas ámbar descontroladas que tanto me gustan. El calor que irradia de mi corazón emite otro placer distinto al de mi sexo.

—Por favor, dime que no acabo de joder lo que tenemos.

Sonrío y le beso porque durante un instante el imponente y musculoso Adler Jenkins, parece asustado. Pongo la mano encima de la suya que sigue en mi mejilla.

—Yo me enamoré de ti cuando me diste esta misma mano en aquel ascensor averiado. Ya entonces supe el peligro que corría contigo. —Muevo las caderas y él da un par de embestidas poderosas.

—No corres ningún peligro, conmigo estás a salvo. Puedo cuidar de ti, si me dejas.

Podría correrme y echarme a llorar a la vez porque quiero que lo haga. Quiero lo que tenemos, vaya que sí. Lo peor de todo, es que Adler ve a través de mí, escuchando sin permiso lo que mi corazón susurra a gritos. No sé quién alcanza los labios del otro antes, de lo que sí estoy segura es de la absoluta desesperación e impaciencia con la que se mueven nuestros cuerpos.

Aniquilando la línea entre lo personal y lo profesional.

Corriéndonos encima de ella.

Borrándola a orgasmos.

Capítulo 16

Adler

Banny y su padre se presentarán en una hora y media en la habitación de Naomi, pero cuando le he ofrecido ir a dar una vuelta con el coche ha dicho que sí.

No me creo la suerte que tengo.

—Has estado triunfal —sigue mientras dejamos atrás las alfombras granates, las lámparas de araña y el mármol beige—, glorioso, apoteósico.

—Ha sido un buen día de trabajo —admito reprimiendo el impulso de cogerla de la cintura—, y todo gracias a mi maestra.

Esquivo un grupo de jugadores, después a otro de agentes deportivos y luego a unos cámaras. *Cuánta gente, la hostia.*

—Eh, no te quites mérito, eres tú el que ha estado hincando los codos sin descanso.

—Pero eres tú la que me ha dicho en qué dirección correr. La que me prohibió jugar cuando estaba siendo un cabezón, la que se ha buscado mil maneras de evitar que me vuelva loco por tener el culo pegado a la silla todo el día —salimos al exterior y el cielo está naranja por el atardecer, incluso la brisa de verano, es refrescante.

—Bueno, sí, ya que lo dices, soy bastante genial. —Arruga la nariz y se ríe.

Qué mujer, dios.

—¿Hay algún lugar al que quieras ir? —pregunto, ya que ha dicho que sí muy rápido, sin saber a qué se atenía.

—Sí, a algún sitio donde pueda cogerte de la mano. ¿Dónde dices que lo aparcaste?

—Venías conmigo, ¿recuerdas? —intento hablar para no comérmela entera porque aunque no haya mucha gente, sería un movimiento estúpido.

Genial, pero estúpido.

—Recuerdo muchas cosas de ese viaje, Jenkins, pero el lugar en el que aparcaste no es una de ellas.

Naomi y su facilidad de mantener una expresión neutra cuando me está dejando de rodillas... si fuera un deporte olímpico, se llevaba la medalla.

—Uy, creo que tienes una fan —dice y cuando levanto la cabeza, mi cerebro se congela.

No doy un paso más. Aparto la mirada de ella por la repulsión inmediata. *No me lo puedo creer.* Aprieto los puños intentando contener la rabia que me acelera más y más el pulso. El frío se convierte en fuego, de la clase que destruye todo lo que encuentra a su paso.

—Naomi, quédate aquí —mi voz suena ronca y fría, y espero que entienda que no va con ella. La dejo atrás en un par de zancadas y encaro a la última persona que quiero encontrarme en un buen día—. ¿Qué haces tú aquí?

—Hola, hijo, solo venía a felicitarte. No paro de ver titulares hablando de tu futuro prometedor y quería...

—Bien, ya lo has hecho, ahora vete y no vuelvas.

La que biológicamente es mi madre, aprieta los labios, se pasa un mechón de pelo marrón tras la oreja y se inclina sobre el coche para mirar más allá de mí.

—¿Es tu entrenadora? —se agarra el largo collar de cuentas y juega con él en un tic nervioso—. Debería darle las gracias a ella también.

Solo la mira, pero me coloco de tal forma que rompo su contacto visual antes de que alce la mano para saludarla.

—¿Cómo está Isabella?

—No tienes ningún derecho a saber nada —digo cortante—. Si no te cojo las llamadas, no es porque quiera que vengas a verme. No te quiero aquí, Adelaida. Márchate.

—¿Tanto te costaría llamarme mamá?

—Sí. Además, ya tienes a gente que te llama eso, ¿no? Hijos de los que sí decidiste ocuparte, a los que no abandonaste. Porque por lo visto una persona puede ser cruel y mezquina a la vez que generosa, supongo.

—Adler, yo era muy joven y...

—Eras mayor de lo que yo soy ahora. Y tuviste oportunidades. Te esperé a los tres, a los cinco, a los siete, joder incluso a los quince. Pero me cansé de darme con un canto en los dientes. Así que hazme el favor de largarte de mi vista y no alegrarte por mis logros. Me quitas motivos para celebrarlos.

—Como quieras —se encoge de hombros, se levanta del capó y se acerca—. Sé que te va bien económicamente, que debes estar ingresando unas buenas cantidades.

—No me lo puedo creer.

—Tengo una familia que mantener.

—¿Has oído hablar de la palabra «trabajo»?

—¿En serio vas a ser tan avaro de no compartir conmigo ni un par de cientos de dólares?

—Ya lo ves, a veces la gente puede ser de lo más egoísta.

Sonríe y su mirada castaña brilla de un modo malicioso cuando pasa por mi lado y me da la espalda.

—Hola, guapa, tú debes de ser...

—Naomi sube al coche.

No sé lo que ve en mí o en ella, lo que entiende de la situación y de mi hostilidad, pero da un paso atrás y no deja que mi madre se le acerque. *Parece la bruja de Blancanieves intentando darle la manzana envenenada a la princesa.* Me mira y veo que está asustada, odio cada segundo. Abro la puerta del copiloto y la sujeto.

—¿Esa mujer es...? —pregunta cuando cierro mi puerta y Adelaida sigue mirándonos con reproche.

—Quien me abandonó hace dieciocho años —arranco el coche y nos saco de allí.

Ni siquiera puedo pensar, solo conducir.

La rabia le da la vuelta a mi estómago, me empapa de sudor, se me clava en el pecho en forma de agujas y es como tener mil pesadillas a la vez, pero no quiero gritar. *Aunque no le diría que no a romper algo con un bate, tiene pinta de que sería placentero.*

—Adler, cariño, me estás asustando —su mano acaricia mi antebrazo y siento tentaciones de apartarla como he hecho antes con tanta gente, pero no soy capaz, no con ella—. Háblame, ¿qué te ha dicho? ¿Qué quería?

—Dinero.

—¿Ha venido a pedirte dinero? —suena desolada, como si esa fuera la última respuesta que esperase.

Claro, ella no la conoce como yo.

—Para su otra familia. Su *única* familia, en realidad —se me escapa hasta la risa—. Tiene hijos, ¿sabes? Va a sus funciones escolares, les compra disfraces en Halloween y regalos en Navidad. —Aprieto más el volante—. Debería ponerle una puta orden de alejamiento.

—Pónsela —el deje en su voz me hace mirarla y cuando lo hago veo que tiene los ojos inundados—. Yo te acompaño al juzgado. Vamos ahora mismo porque esa mujer no tiene derecho a hacerte esto. No tiene derecho a quitarte más de lo que ya lo ha hecho.

Me destroza la coraza. Esa de hierro infranqueable. *Resulta que las lágrimas son más corrosivas que el ácido.*

—Eh, vamos, no llores, Naomi —subo mi mano hasta su cara y es la primera vez que no tengo ganas de romper algo.

—Para el coche, Adler. ¡Páralo!

Doy un giro al volante y lo dejo junto a unos árboles, en mitad de un camino que tiene pinta de dar a una finca privada. Se desabrocha el cinturón de seguridad, se sube a mi regazo y me abraza con todo su cuerpo. La aprieto contra mí, la rodeo con los brazos y enciende una hoguera en mi pecho, me da paz.

Eso es Naomi.

Una vela encendida en mitad de un puto tornado. El brillo de un diamante en mitad de una charca de barro y mugre. Es el sol. Es todo lo que está bien en este mundo.

—Quiero quitártelo —se revuelve.

—¿El qué?

—El malestar, lo que te ha impregnando, déjame que te lo quite. —Me besa y se mueve contra mí.

Tiene los ojos llorosos cuando alcanza la hebilla de mi cinturón.

La freno rodeando su muñeca con los dedos en un firme agarre. Le tiembla el labio inferior cuando agacha la mirada y frunce el ceño. Parece enfadada con sus propias lágrimas.

—Naomi, ya lo estás haciendo solo con existir. —Llevo una mano a su pelo y la sumerjo hasta su cuello, solo entonces la atraigo hacia mi pecho.

—La odio. Espero que no te moleste que lo diga.

—No me molesta —admito más ligero.

Dios, es preciosa.

—Pues la odio más que a los millonarios que no pagan impuestos. Más que a la gente que ve un cervatillo con un cepo clavado en una pata y lo deja ahí para que se muera.

—Guau, eso es una gran cantidad de odio.

Al cabo de unos minutos de encajar su cuerpo con el mío como si fuéramos las únicas dos piezas de un puzzle perfecto, se incorpora, me coge la mano libre, la entrelaza con la suya y

reparte besos por mis nudillos.

—Si pudiera, compartiría el amor que me dio mi madre contigo. En realidad, no habría hecho falta, de conocerte habría derrochado amor en tu dirección como un aspersor y acabarías necesitando comprarte un paraguas para protegerte. Mi padre también aportaría su parte, sin duda.

—¿Cómo son? —le acaricio la espalda.

—Eran personas maravillosas. Dulces y cariñosos, dolorosamente generosos con todo el mundo. Y a pesar de que me tuvieron siendo bastante mayores, siempre jugaban conmigo en el parque.

—¿Eran...? Ellos...

—Murieron hace cuatro años. Fue una suerte que vieran la boda de Stacy y presenciaran el nacimiento de Banny. Una parte de mí se alegra de que no estuvieran para ver el final de su hija mayor. ¿Es horrible?

—Es generoso —le aparto la lágrima que se escapa y corre por su mejilla—, querías evitarles el dolor que tú sentiste.

Ha perdido mucho en muy poco tiempo.

—Te lo digo para que no pienses que todos son así. Es decir, sé que lo sabes, por tu abuelo y tu padre, pero hay más mujeres buenas ahí fuera. Muchas de las cuales odiarían a tu m... a *esa mujer*, de conocerla. Por favor, no castigues a todo el género por su culpa, el resto molamos bastante.

Solo ella podría hacerme sonreír después de encontrarme a Adelaida y oír la historia de pérdida más triste jamás contada desde Up.

—Me encanta tu sonrisa, ¿te lo he dicho alguna vez? —pregunta y acto seguido sacude la cabeza—. No pienso dejar que nadie me quite mi paisaje favorito.

Me veo obligado a besarla.

Me siento mal por tener que esconder lo mejor que me ha pasado nunca cuando lo que en realidad quiero es gritárselo al mundo, pero haría lo que fuera por protegerla, así que cuando llegamos al hotel, nos separamos un par de pasos el uno del otro.

Lo bueno es, que invado su espacio personal en cuanto las puertas del ascensor se cierran. Llegamos a la habitación siete minutos antes de que Banny aparezca. Su padre está con el móvil y eso me pone de muy mala leche.

—Hola, Adler —Banny se me abraza a la cintura y tengo un déjà vu con forma de Isabella

—. Te he traído esto. Es una pulsera de la amistad. Uy, pero tienes las manos muy grandes.

Me la enrolló en un dedo.

—¿Sirve como anillo de la amistad?

—¡Sí! —Se carcajea—. También tengo uno —me enseña el suyo.

Tiene solo cuatro cuentas.

Cuando miro a Naomi tiene una sonrisa melosa en la cara y la mirada se le ha puesto vidriosa. No sé si intenta contarle a su familia lo que tenemos, pero está a un suspiro de que sea evidente. Por suerte o por desgracia, Matthew está pegado al móvil y Banny es demasiado pequeña.

—Escríbeme un mensaje antes de irte a dormir y pórtate bien.

—Vale, papá... —dice Banny, que no es capaz de quitar la mueca de desacuerdo porque su padre se vaya, ni siquiera teniendo a Kat entre las manos.

Pero Matthew no se percata, porque apenas la mira.

Y unos cojones. He llegado a mi límite, colega.

—Ayer me dejé una muñequera en el gimnasio, voy a bajar a buscarla —digo en cuanto Matthew se larga.

—Pero íbamos a pedir la cena —dice Banny eufórica con la idea de cenar en la habitación.

—Pedidla sin mí, seguro que acertáis —le guiño un ojo y salgo de la habitación.

Me cuelo entre las puertas del ascensor cuando ya se estaban cerrando y lo primero que hago es quitarle el móvil.

—¿Qué...? Adler, ¿qué haces aquí? Devuélveme el...

—¿Sabes lo que le hace a un hijo saber que no es, ni de lejos, la prioridad de su padre? Le hace pensar que no es lo bastante importante como para que alguien mire siquiera en su dirección y crece con un vacío en el pecho que nada llena.

—¿Por qué me...?

—Tu hija no es un puto hámster al que prestar atención solo cuando te conviene.

—Ya lo sé —aprieta la mandíbula e intenta coger el móvil, pero aparto la mano y dudo si vamos a acabar zurrándonos.

Hoy estoy abierto a todo.

—Segundo punto, Naomi no es tu criada, ni la de nadie. No tiene que estar disponible para ti siempre que te plazca. Quiere tanto a Banny que jamás se negará a cuidarla, pero te estás aprovechando de su generosidad y no me gusta un pelo.

—También soy consciente.

—Empieza a preocuparme la cantidad de cosas que sabes, sobre las que no haces absolutamente nada al respecto.

—Es más complicado de lo que crees. Y sin ofender, ¿por qué te metes en los asuntos de *mi* familia?

—Porque me importa Naomi —le devuelvo el móvil aplastándoselo en el pecho—, y también Banny. Eso es todo lo que necesitas saber. —Las puertas se abren a mi espalda—. Espero que pienses en el tema durante tu velada y que no se te atragante el champán.

Sale del ascensor, pero se da la vuelta y agarra las puertas antes de que se cierren.

—Me encantaría llevarme a Banny conmigo, Adler, pero tengo que saber hasta qué punto Celine y yo vamos en serio. Por eso no paro de quedar con ella, de escribirla. No quiero implicar emocionalmente a Banny si no estoy seguro.

—Tienes buenas intenciones, pero de eso no se vive. Con ellas no crías a un ser humano. Averigua qué clase de persona quieres ser para tu hija y elige bien, o te arrepentirás el resto de tu vida.

Doy un par de paseos por el pasillo asegurándome de que la conversación no ha ido tan mal y que añadir unos puñetazos habría diluido mi mensaje.

Me doy cuenta de que no puedo volver con las manos vacías, bajo al gimnasio y robo una toalla del hotel, a la que por suerte, ninguna de las dos presta excesiva atención.

—¿Y tú has besado a muchos chicos? —La pregunta de Banny frena mis pasos antes de que entre en su habitación.

—Mmm, no muchos, no —carraspea—. Solo algunos.

—¿Y dónde están los bebés?

—¿Los bebés? —se sobresalta—. ¿Qué bebés?

—Cuando una mujer y un hombre se besan, a la mujer le sale un bebé en la tripita —Banny acerca su mano al estómago de Naomi—. ¿Tienes muchos bebés ahí?

—¡No! ¡Nada de eso! ¿A...? ¿Adler, no vienes ya? —alza la voz en pánico—. Mi-Miau te echa de menos.

—¡Es cierto! Y tenemos que jugar a peluqueros en la Luna. Nami, ¿puedo usar tijeras de verdad? —le toquetea su larga melena castaña.

—Mejor empezamos por el cepillo —suelta una risita aterrada y quiero comérmela.

Me apoyo en el marco de la puerta y soy incapaz de no hacerles una foto. ¿*Me las pongo de*

fondo de pantalla? Entonces veo que a ras del suelo, en la puerta que separa la habitación de Naomi de la mía, *alguien* ha dibujado un corazón.

—¿Adler querrá ver los vídeos que tengo en el móvil de ti jugando al hockey? —Le pregunta entusiasmada—. Son una pasada, ¡jugabas súper bien!

—Sí, sí que quiero —digo, ignorando el alivio de la «evita conversaciones serias con niñas pequeñas» para no comérmela a besos y hacerle muchos bebés.

Cenamos y luego, Banny tiene un idea.

—Esto es un error —dice Naomi a nuestra espalda.

—¿A ti te parece un error? —le pregunto a la niña de cinco años que tengo cogida en brazos.

—Nop. ¿Y a ti?

—*Nop* —la imito.

Llegamos a la pista de hockey a eso de las diez de la noche y dejo a Banny en un asiento para enfundarme los patines. Naomi lleva puesta una equipación de hombre que le va grande (está buenísima), pero por lo menos hemos conseguido unos patines de su talla.

—Vamos, entrenadora, demuéstame lo que sabes hacer —la tiento entrando en la pista.

—Diez minutos, Jenkins, ni uno más —alza el guante en mi dirección, pero sé que me está apuntando con el índice.

—*Diez minutos, una noche...* —bajo el tono—, ambos sabemos que ponernos límites no va con nuestra personalidad.

Sonrío cuando se sonroja. El azul de sus ojos brilla con el desafío y no puede resistirse, empezamos a jugar. Tres minutos después, descubro que puedo enamorarme todavía más de ella.

Es una máquina. Es la viva imagen de todas las técnicas que hemos estudiado. De cada estrategia. Tengo que frenarme en seco varias veces porque no soy capaz de asimilar lo que me hace.

—¿Creías que podías conmigo, trece? ¿De verdad? —Mueve las caderas apoyándose en el stick.

—¡Vamos, Nami! —grita Banny—. ¡Tú puedes!

Me lo tomo más en serio. El resultado no cambia. Me la roba y me marca tanto como quiere. Utiliza mi altura contra mí, de repente ser una mole inmensa se convierte en una desventaja para el hockey. Decir que es rápida se queda corto, tiene tal dominio de los patines que a veces ni veo lo que hace.

—¿Se puede saber de dónde has salido?

Se carcajea y vuelve a marcarme. Como ninguno puede proteger su portería de antemano, es una lucha constante. Resulta evidente el orgullo que siente cuando le marco y no me ofendo por la sorpresa subliminal que tiñe sus halagos.

Me alegro de que Banny esté presente porque si no, esta mujer sería muy capaz de hacerme perder la cabeza y la ropa, aquí y ahora.

Capítulo 17

Naomi

El tiempo se escurre entre mis dedos.

Las horas de grabación se intercalan con las de estudio. Es algo caótico, pero no tenemos alternativa porque hay muchas otras grabaciones en curso. De hecho, la primera (de Jannice Jackson) empieza a las seis de la mañana y la última (de Edgar Scomne) no acaba hasta las ocho de la tarde, pero por suerte nosotros grabamos en horas menos intempestivas.

Las cenas siguen siendo mi momento favorito del día, es una suerte que podamos mantenerlas.

Aunque verlo jugar desde las gradas tampoco está nada mal... con el sudor corriéndole por la frente... escapándose de las puntas de su pelo mientras pone en práctica todo lo aprendido. *Once veces coló el puck en mi portería. ¡¡Once!! Debería estar abochornada, pero exploto de orgullo.* Me pierdo en la forma en que se le tensa el cuerpo... esa enorme espalda haciendo movimientos bruscos... Adler consigue derrotar a sus rivales punto tras punto.

Adler Jenkins

Naomi Nasher

Estás haciéndolo muy bien

Pero es una pena que a esta distancia no pueda meterme tu polla en la boca



Lo envió justo en el descanso mientras Kevin Adams y otro de sus rivales del partido amistoso, habla con el director, Robert Jeden. No contesta de inmediato. Oigo el gruñido ronco

que sale de su garganta cuando lo lee y también el carraspeo de después para disimular.

Adler está muy ocupado procurando no empalmarse y obligándose a no mirar en mi dirección, que lo único que obtengo durante un rato es la burbujita de tres puntos de «escribiendo» que bota en la pantalla como harían mis pechos si nos estuviéramos divirtiendo.

Adler Jenkins

Voy a follarte ese pico de oro que tienes

Y hacer mío el coño prieto y mojado más espectacular de este puto mundo



Naomi Nasher

Eso será si yo te dejo



Tendrás que ofrecerme algo mejor de lo que puedo darme yo solita
Puede que te deje estudiando en la sala mientras me desquito al final del pasillo

Burbujitas. Más burbujitas. Cruzo las piernas para contener el hambre que siento.

Adler Jenkins

Esto es lo que va a pasar.

Voy a comerte, sin que te corras.

Voy a torturar a tu clítoris hasta que tiemble, a hundirme lo justo en tu entrada para que sepas lo que podrías tener.

Voy a esperar hasta que me ruegues, hasta que me supliques

Hasta que estés tan mojada y ansiosa que en lo único que puedas pensar sea en mi polla

Entonces te foliaré como en tu vida.

Y... ya estoy empapada. *Serías capaz de seguir duro después de todo eso, Jenkins, estoy segura.* Maldita sea, un día me va a matar de tanto follarme. *Qué ganas de que lo intente.*

Naomi Nasher

Un hombre con un plan

Adler Jenkins

Eso es un sí???

Naomi Nasher

Tendrás que esperar a estar mucho más cerca para estar seguro



A ver lo mojada que estoy en persona, entonces no habrá duda. Dios, yo antes sabía cómo hacerme la difícil.

Cuando Robert y Scarlet se marchan a hacer su parón de hora y media, Adler y yo hacemos una visita al baño del final del pasillo antes de volver a hincar los codos en un libro de estrategia de juego que combinamos con una serie de vídeos de partidos la mar de interesantes.

Entonces le oigo.

—¡No me toques los cojones Ethan, que ahora voy! —grita la voz del horrible Octavius Waylen, subiendo las escaleras desde la pista que dan a nuestra sala.

—¿Qué mierda quiere este ahora? —pregunta Adler olvidándose del libro que tiene entre manos.

Se pone en pie y le digo adiós al flirteo silencioso de miradas. El tío de diente de plata sí que sabe ser inoportuno. Octavius cierra la puerta acristalada tras de sí mientras se carcajea y recupera el aliento.

—Te aconsejo que te largues antes de que tenga que volver a partirte la boca —todo en Adler rezuma agresividad y violencia.

—¿Adler? —¿ha dicho «volver»?

—Oh, ¿no te lo ha contado? —Octavius ladea la cabeza en mi dirección—. Fue decir que me gustaría ponerte a cuatro patas y se le soltó el puño.

—No te dirijas a ella, ni la mires —Adler se convierte en una torre de protección entre mi cuerpo y el de Octavius.

—Oh, pero es que debo. El chantaje es a los dos, Jenkins.

—¿De qué estás hablando?

Al principio no contesta. Se sienta a la cabeza de la mesa y se pasa la lengua por los dientes.

—Mi plan era que la organización te expulsara por atacarme, pero después de que se te soltara el puño y de darme cuenta que no iba a poder utilizarlo contra ti pensé, ¿cómo puedo beneficiarme del punto ciego del pasillo? ¿Cómo puedo joder a ese capullo? —Se saca algo del bolsillo del tamaño de un par de guisantes negros—. Colocar micrófonos en el marco de la puerta de Naomi fue una idea muy acertada. Una idea que jamás habría tenido de no ser por ti y tu agresión, así que gracias, chaval.

Me quedo sin sangre en las venas.

—*Hijo de puta* —gruñe Adler.

—Si te acercas un paso más, saldréis muy mal parados. En especial, tu zorra. Yo que tú me escucharía primero.

Agarro la camiseta de Adler cuando parece a punto de arrancarle la cabeza de cuajo y obligo a mi pulso a relajarse. *No puede ser tan malo, hemos tenido cuidado. Tendrá algo insinuante, algo que podremos negar fácilmente y todo quedará en un susto.*

—Octavius, no sé lo que habrás escuchado, pero... —dejo de hablar cuando le da al play a una aplicación en su móvil y me oigo a mí, a Adler, a ambos hablando de lo que no podemos esperar a hacernos.

O de lo que hemos hecho. O de las ganas que nos tenemos. Nuestras voces no son más que murmullos bajos, cuchicheos, pero no importa. Es explícito. Tajante. Se nos reconoce bien y no dejamos lugar a la duda.

Voy a vomitar.

—Naomi, ¿estás bien? —Adler me agarra la cara, no me he dado cuenta de que me he puesto de pie y casi me voy al suelo.

—Reconozco que he tenido que ser muy paciente con tal de asegurarme de tener material suficiente, pero ha merecido la pena. Naomi Nasher, tu reputación se irá a la mierda muy rápido si hago públicas estas grabaciones. «Depravada, pervertida, asaltacunas». Ufff, me da que vas a tener que dedicarte a otra cosa el resto de tu vida, guapa. Diría que el hockey se ha acabado para ti. Y tu futuro tampoco pinta bien, Adler, ¿qué opinará Benjamin Simons si se entera de todo lo que habéis estado haciendo? ¿Cuántos minutos crees que tardará en expulsarte de aquí, con tal de salvar el pellejo de las críticas?

Vacío lo que tengo en el estómago en la primera papelera que pillo y lo hago con la risa de Octavius de fondo.

—Mírala, *la puta* no aguanta nada.

—Vuelve a faltarle al respeto y te juro que... —Lo aplasta contra la pared y entro en pánico.

—¡Basta, Adler! ¡Suéltalo! —grito como puedo, sin estar muy segura de si he acabado o no.

Lo hace y Octavius se limpia el polvo de los hombros aguantándole la mirada, dándole un golpe en el hombro al pasar por su lado.

—Escúchala, es evidente que es la menos tonta de los dos —se sienta en una silla y coloca los pies en la mesa—. Esto es lo que vamos a hacer, Naomi. Vas a pagarme cuatrocientos mil dólares antes de que pase una semana. Solo así comprarás mi silencio.

—¿Estás de puta coña? —la voz de Adler retumba por mi pecho.

—Sé que no te jodería tanto si fuera contra ti, Jenkins, precisamente por eso voy a por ella. Como eres tú el que ha hecho esto posible, ¿quieres que te dé una parte de la pasta que le robe a tu novia?

—No va a pagarte nada —afirma Adler—. Te denunciaremos por invasión de la intimidad, lo que has hecho es ilegal.

—Para entonces ya lo sabrá todo el mundo —digo tragándome la bilis—, estaré acabada.

—Exacto —Octavius da un par de palmadas de aceptación sin quitarle la vista de encima a Adler—, y como comprenderás, no hago esto por dinero, sino por poder. De cualquier modo, yo gano. —Se levanta—. El día que me dejaste en ridículo delante de Robert Jeden pensé en irle a él con la exclusiva, pero decidí volver a dejar los micros donde estaban y descubrí mucho acerca de la familia de Naomi. Su hermana muerta, la pobre niña medio huérfana y el viudo salido. Diría que alguien se ha esforzado mucho por mantener todo eso al margen de las cámaras —me mira y me sonrío—, sería una pena que se acabara sabiendo. Toda esa intimidad perdida en internet.

—Te pagaré.

—Naomi —Adler me coge de la mejilla y su iris irradia luz dorada amenazadora, peligrosa y llena de esperanza.

Es lo último que necesito.

Doy un paso atrás para alejarme porque no puedo lidiar con todo lo que ya he perdido, al tiempo que asimilo todo lo que todavía puedo perder.

—¿Puedes darme algo más de tiempo? Es mucho dinero.

—Podría, pero no lo voy a hacer. —Se levanta y camina hasta la salida—. Alegrad esas caras, ¿no grabáis en quince minutos?

Me desplomo en una silla en cuanto se va, me rompo, me hago pedazos.

—Adler. —Hundo la cara en su cuello y hago lo único que puedo: llorar.

—Tranquila, lo solucionaremos.

—¿Cómo podría? Adler, no tengo ese dinero —digo horrorizada—. Apenas tengo la mitad de esa cantidad. Oh, dios, dios, dios —*no puedo respirar*—. ¡No se va a conformar con la mitad!

—Escúchame —me coge firmemente las mejillas, con fiereza en la mirada—. Vamos a

encontrar una solución. Juntos.

Sus palabras se repiten como un mantra que no consigue calmarme.

Llego a mi habitación de alguna forma.

La negación es la primera fase. Luego caes al pozo de la impotencia, cuando te das cuenta de que tu futuro no está en tus manos y que no hay nada que puedas hacer para cambiarlo.

Y de ese agujero ya no se sale.

Me tiemblan las manos, el cuerpo entero, estoy desesperada, sudando, al borde del colapso y bastante segura de que estoy teniendo un ataque de pánico. Vuelvo a vomitar. *No debí ceder a lo único bueno que he tenido en años. A la única persona que me ha visto por quien soy, a quien le importo y se ha preocupado por mí desde el principio, porque lo único que voy a hacer es arruinarle la carrera.* Todo es culpa mía.

Zayne vino a mí para que lo ayudara, para que mejorara su juego, no para que jodiera su futuro. Debí escucharle, debí apartarme cuando aún estaba a tiempo. Zayne me lo advirtió, me dijo que no le hiciera daño y se lo he hecho. Si lo expulsan de aquí, será una mancha en su expediente. Hay cantidad de gente snob y elitista que tiene en cuenta cada tropezón que tienes en el camino, y que no dudarán en cerrarle puertas por esto. *Joder y ni siquiera se ha graduado. Ni siquiera ha tenido oportunidad de disfrutar de su pasión en las grandes ligas.*

Todos mis sueños de ayudar a jugadores de hockey a ser mejor, a llevarlos a la cima, a hacer de la pasión de mi infancia algo que valga la pena y que aporte al mundo, todo eso se ha ido a la mierda. La impotencia me desborda, me sobrepasa, puede conmigo.

No tengo nada.

Voy a dejarlo a él sin nada.

Capítulo 18

Adler

La llamo cada vez que las cámaras no están encima mío, pero no me lo coge. Después de pasarme dos horas fingiendo que me importa algo el hockey, salgo disparado hacia su habitación. Por supuesto no contesta, así que entro en la mía y accedo a la suya por la puerta que no ha cerrado. Está en el baño, en el suelo, con el sudor pegándole el pelo a la frente y con cara de estar viviendo su peor pesadilla.

Me arranca el puto corazón.

—¿Qué haces aquí? —pregunta confundida agarrándose a mi camiseta—. Tienes que irte a la sala de estudio a seguir con el plan. O al menos tienes que salir de mi habitación porque si alguien te ve aquí, solo empeorará las cosas. Y eso que no pueden estar peor.

—Primero necesito hablar contigo. —La llevo a la cama, le paso una toalla húmeda por la cara y le doy agua cuando veo que la busca.

Está deshidratada.

—No deberíamos hablar a menos que sea con carabina. No vuelvas a demostrar que te importo delante de Octavius, ni de nadie. Es la única manera de que te deje en paz y de que esto te salpique lo menos posible.

—¿Es que no le has oído? Esto es culpa mía. Me odia y sabe que me importas, por eso está haciendo esto. Pero no voy a permitirlo, ni tampoco que me apartes de tu lado. Vamos a salir de esta. Yo voy a sacarte de esta.

—¿Acaso puedes volver atrás en el tiempo? Porque si no es así... —Se agarra el estómago y clava la mirada en el baño.

—Tengo un plan, Naomi —susurro cerca suyo. No he terminado la frase y ella ya ha girado la cabeza con brusquedad—. Pero primero debemos asegurarnos de que no ha colado micrófonos

aquí dentro.

Nos pasamos buscando un buen rato y Naomi parece encontrarse mejor. Debajo de las camas, en la pequeña cocina, por el suelo de la entrada, nada.

—¿Cuál es el plan? —pregunta con ojos llorosos.

—Octavius es famoso por pelearse con quien no debe, por jugar sucio. Lo único que tenemos que hacer es vigilarlo de cerca, igual que ha hecho él con nosotros. Pillarle con algo lo bastante gordo como para poder chantajearlo y que nos deje en paz.

Sacude la cabeza.

—¿Cómo vamos a conseguir eso antes de que se cumpla el plazo?

—Tendremos ayuda, voy a llamar a...

—Adler, basta. Tenemos que parar.

—No vas a pagarle ni un centavo, Naomi. —Me acerco a ella, le cojo las manos—. No va a salirse con la suya cuando no has hecho nada mal.

—Sí, sí lo he hecho. —Da un paso atrás—. Me he saltado las normas, mi código, y ha sido un error.

—No, no lo ha sido.

—Me arrepiento de lo ingenua que fui y de lo que eso va a hacernos a ambos.

—Naomi, para. —Le hundo los dedos en los brazos—. No hagas esto. Podemos solucionarlo juntos.

—No, no podemos. Nunca debería haber existido un nosotros, Adler. Acabas de cumplir veintiuno, eres un crío y yo una mujer adulta de casi treinta años. Era tu entrenadora, confiaste en mí y yo me aproveché. Sentí debilidad por tu admiración y te engatusé. Utilicé mis armas contra ti y te engañé para que me dieras lo que quería.

—¿De qué cojones estás hablando? —La acerco de un tirón.

—De lo que diré cuando esto salga a la luz. Soy tu entrenadora y voy a protegerte.

—No te lo permitiré.

—Si te importo lo más mínimo sí, lo harás. —Da un paso atrás—. Porque lo único que puede aliviar algo mi conciencia es pensar que puedo librarte de esto y al tiempo no darle a Octavius lo que quiere.

No me escucha, vuelve a escaparse de mi agarre y no quiero apretar más para no hacerle daño, pero me lo está haciendo a mí. Oigo el cerrojo de la puerta que conecta las habitaciones y aun no me creo lo que ha dicho.

—¡Naomi! —golpeo la puerta cuando la cierra—. Abre la puerta.

—Vete, Adler. Se ha acabado.

Dudo si tirarla abajo.

Me pregunto qué podría decirle después que sirviera de algo.

Camino hasta la puerta de mi habitación y casi arranco el pomo de un tirón. Voy a buscarle, no paro hasta que doy con él. Lo encuentro en la pista de hockey, está preparándose para grabar. Lo llevo a los vestuarios.

—Si me pegas, me veré obligado a subir la cantidad que quiero que me pague tu chica.

—No voy a pegarte y Naomi no va a pagarte nada. Lo que tienes contra mí no le incumbe a ella.

—¿Qué me quieres decir con esto? ¿Que te rindes?

—Quiero decir que haré lo que quieras con tal de evitar que publiques esas grabaciones. Jugaré contigo delante de las cámaras, me dejaré ganar, haré lo que sea.

Su mirada se vuelve mordaz, perversa.

—Rompe con ella.

—Ya ha roto conmigo.

—¿Y aun así te ofreces a ser mi chucho? —Se carcajea y se da golpes en la pierna—. No me jodas, Jenkins, ¿te has enamorado o qué?

Resisto el impulso violento que me corroe. El de estrellar mis nudillos contra su mandíbula hasta que deje de reírse y de moverse. Hacerle una cara nueva y que ni su madre lo reconozca.

—Piénsalo, nunca hemos jugado un uno contra uno y ahora tienes oportunidad de ganarme. Si te conozco tan bien como creo, tu orgullo vale mucho más que cuatrocientos mil dólares.

—Tienes razón —sonríe de oreja a oreja—. ¡Está bien! Trato hecho. Pero no quiero ganarte, Jenkins —se levanta y se acerca hasta que estamos a un palmo—. Quiero humillarte. Quiero que hagas ver a todos lo que yo veo cuando te miro: un montón de basura inservible. ¿Crees que serás capaz de cumplir con tu parte?

Asiento despacio y se ríe. Me da unos golpecitos en la mejilla y camina hasta la puerta.

—¡Que empiece el show!

Ni me lo pienso.

Me cambio y entro en la pista con él. Juego como si no tuviera reflejos. Como si no fuera lo bastante rápido. Como si no viera su codo a punto de estrellarse contra mi cara. Los jugadores que graban después de nosotros se quedan a mirar el espectáculo. Ignoro las uñas que me

desgarran al verle celebrar los puntos que consigue. Hago todo lo que podría dejarle en buen lugar e incluso le guio hasta mi portería.

—No hagas que resulte tan evidente, le quitas la gracia —cuela su stick entre mis patines y me da un empujón al robarme el puck.

Me trago la sangre de la boca cuando me levanto y juego más en serio, sin olvidar mi objetivo. Pero su agresividad aumenta cuando estoy a punto de marcarle y parte del público grita a mi favor.

El momento más humillante de mi carrera termina treinta minutos después.

Espero a que termine de recibir halagos de los cámaras, y de que deje de echárselos a sí mismo, pero en vez de dirigirse a los vestuarios, me pide que diga unas palabras.

—Antes me has dicho que te he dado una lección, ¿puedes repetirlo para mis fans? —pregunta señalando las cámaras mientras su director les pide que se acerquen más a nosotros.

—Sí, ha sido un partido interesante. Tienes una defensa poderosa —digo porque es lo único destacable de su juego mediocre.

—La tengo, sí. ¿Dirías que soy mejor jugador que tú, Jenkins? —Se carcajea—. No hace falta que respondas, estaba siendo cortés, el partido ha hablado por sí solo, ¿no es así?

Me abstraigo de lo que dice tanto como puedo para no matarlo. Entro al vestuario justo después que él y cierro la puerta.

—Avísala.

—¿Cómo dices? —alza una ceja sin mirarme, abriendo su taquilla y depositando la ropa en el banco de forma impertinente.

Le cierro la taquilla en la cara con un golpe estridente.

—Avisa a Naomi de que ya no te debe nada —masco cada palabra.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—¿Disculpa?

—Verás, desde mi punto de vista, no hay límite para el chantaje. Puedo quedarme con tu humillación y también con los cuatrocientos mil dólares.

Lo aplasto contra las taquillas. Lo levanto y no sé por qué no le he hecho sangrar antes de que vuelva a hablar.

—Piensa muy bien tu próximo movimiento, Jenkins. Quedarías muy mal si después de la paliza que te he dado en la pista, demostraras tu mal perder agrediéndome físicamente. Sobre todo, cuando hay un montón de cámaras ahí fuera. Pero Benjamin te expulsaría y una vez más,

yo gano. Así que si quieres acabar con esto, adelante, pégame.

Conozco un nuevo nivel de furia. Cierro la boca, no contesto a nada más de lo que dice porque estoy a un alfiler de volverme majara, un desequilibrado mental, completamente loco.

Lo veo todo rojo. La sangre me hierve en las venas y me late el cráneo como si estuviera a punto de explotar.

No sé cómo lo dejo irse. Puede que hasta lo empuje fuera. Puede que después me cargue parte del material con mis propios puños. No paro hasta que la sangre me resbala por los dedos. Incluso entonces no tengo suficiente.

—¿Adler? —me cruzo con Sarah y sus ojos espantados.

Tardo un par de segundos en entender qué hace ella en los vestuarios masculinos: no estoy en los vestuarios masculinos. Me lleva a la enfermería porque por lo visto tengo un corte en la mano. Cuando el enfermero pregunta, me invento que se me han caído un par de taquillas encima porque por suerte, he desencajado un par a golpes. Me pide disculpas de parte de la organización.

Me tiemblan las manos cuando marco el número de mi mejor amigo. Ace responde al segundo tono.

Capítulo 19

Naomi

No localizo a Adler por ninguna parte.

Buscándolo me encuentro a Scarlet. Me dice que Adler los ha contactado para retrasar un par de horas las grabaciones de la tarde. Me dice lo descontentos que están Robert Jones y ella con el tema y además, que Adler ha aparecido magullado. *Herido. Él.* Saltan todas mis alarmas. Scarlet añade que sí, que ha jugado de manera impecable, pero remarca que están muy molestos y disgustado por el reajuste de hora y pide que no vuelva a repetirse.

Lo llamo, pero su teléfono no da señal.

—¿Ya lo sabes? —pregunta Sarah cuando me siento en la barra del salón-cafetería.

Comparte mi mueca de disgusto, pero de ningún modo puede saber nada acerca de los créditos bancarios que *no* van a darme.

—¿El qué?

—Adler ha tenido un pequeño incidente en los vestuarios.

—¿Qué sabes de lo que ha pasado? ¿Y dónde está ahora? ¿Por qué no me coge el teléfono?

—No sé demasiado, pero he sido yo quien lo ha acompañado a la enfermería. La historia oficial es que se le han caído un par de taquillas encima, pero por los cortes de sus nudillos diría que él las ha ayudado a que se cayeran. ¿Hay algo que deba saber?

—Es mejor que no —*aunque pronto lo sabrás tú y todo el mundo.* Abandono el asiento—. Tengo que encontrarle.

—Me da que no puedo permitírtelo —una chica guapa, mucho menor que yo y con unas gafas demasiado grandes para lo pequeña que es su cara, me corta el paso antes de que me aleje de la barra—. Tienes que venir conmigo.

—¿Estoy presenciando un secuestro? —bromea Sarah.

—Uno amistoso —la desconocida me coge del brazo y tira de mí.

—Disculpa, no sé a qué equipo de cámaras perteneces, pero ahora no es el momento.

—Soy Isabella Jenkins, la hermana de Adler, y he dejado un interesantísimo concurso de matemáticas porque mi hermano el caraculo al que quiero mucho con disimulo me ha pedido que viniera.

Isabella habla muy deprisa. Me lleva a la azotea, que está repleta de plantas, pero vacía de personas. La suave brisa del atardecer no me tranquiliza en absoluto.

—¿Están aquí? —repito intentando tragarme toda la información—. ¿Ace, Zayne, Anthony, Jacob...? ¿Están aquí?

—Sí, sí, todos han venido cagando leches igual que yo. La historia oficial es que van a grabar unas tomas con Adler en unos días, por lo visto al “viejo verde de Robert” le ha encantado la idea. Ya sabes, por eso de mostrar las raíces de mi hermano y todo eso, como si North Star fuera su casa o alguna cursilada así.

—Tengo que hablar con ellos.

—No, no puedes. —Me corta el paso como si no supiera hacer otra cosa—. Si Octavius te ve con él, sabrá que no habéis roto y eso es lo que le ha asegurado Adler antes de dejar que le machacara en el uno a uno más humillante y ridículo de la historia del hockey que por desgracia, ya está por todo internet.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué partido?

Isabella me lo cuenta, y me hace polvo.

No sé cómo reaccionar.

No soy capaz de apartar la mirada de Adler, recibiendo golpes de Octavius, ignorando todo lo que sabe y lo que sería capaz de usar contra él en un juego justo. *Magullado. Herido.* Han sido los golpes de Octavius. Y luego su descarga de furia en el vestuario masculino.

—Es lo más bonito y estúpido que alguien ha hecho por mí —jadeo apretando los puños.

—Sí, mi hermano sabe mucho de buenas obras y de ser estúpido. La cuestión es que no puedes darle tu dinero a Octavius, ha quedado claro que no es un hombre de palabra y que no va a parar hasta dejaros sin nada.

—¿Y cuál es el plan si puede saberse? Dios, no puedo esperar a que llegue la noche y hablar con él. ¡¿Por qué narices no me coge el teléfono?!

—Se ha quedado sin batería hace un rato. Siento mucho decirte que no vas a poder hablar con él esta noche, ni ninguna otra, porque ahora mismo Adler y el equipo están sacando las cosas

de su habitación. A partir de hoy dormirá con ellos en ese hotel de ahí —señala uno de la calle de enfrente, el mismo en el que estaban alojados Matthew y Banny.

—¿Por qué, Isabella?

—El plan es pillar a Octavius con algo turbio. Teniendo en cuenta la rápida investigación que hemos llevado a cabo Dixie y yo de camino aquí, no será difícil. El tío es un cerdo de manual. Fijo que su ego se interpone a su cerebro cantidad de veces.

—¿Pero por qué se larga Adler de su habitación? Además, no tendremos tiempo de pillar a Octavius haciendo nada, me ha dado un plazo de tiempo ridículo.

—Adler cree, y por una vez estoy de acuerdo con mi hermano en algo, que si no duerme a tu lado Octavius bajará la guardia creyendo que te ha dejado tirada. Que el humillante partido que ha tenido que soportar por ti, ha podido con él. Así Octavius creerá que os ha separado de verdad, se confiará y entonces le pillaremos.

—Dios mío, este plan hace aguas por todas partes.

—Es sabido por todos que ese grupo junta más masa muscular que neuronas, pero yo soy lista y a mí me parece un gran plan, teniendo en cuenta las pocas opciones que tenemos.

—No me gusta tu forma de despreciarlos, ¿podrías parar? —mi voz sale en un tono arisco que hasta a mí me sorprende.

—No, lo siento, es la forma que tengo de mostrar aprecio. Te irás acostumbrando. Vámonos.

—¿A dónde nos vamos?

—A demostrar lo bien que estás.

—Será una broma.

—Si alguien pregunta, tienes el dinero y Adler Jenkins te la trae tan al paio como a mí el estúpido hockey.

—¿Sabes con quién estás hablando?

—Ya sé que fuiste una niña prodigio, también te he investigado. Puedes contarme la historia de por qué lo dejaste cuando podrías haber sido grande, para romper el hielo —tira de mí y nos mete en un bar con un montón de jugadores de hockey desconocidos—. Así que te va más el altruismo que la fama. Interesante.

—No trabajo gratis, no puedes considerar ser entrenadora como altruista.

—Pudiste estar bajo los focos, hacerte un nombre. Ser famosa y eso.

—Me gusta la idea de tener un propósito que no me tenga a mí como protagonista. Esto es

lo que le da sentido a mi vida.

—¿Tan bueno es mi hermano? Porque es evidente que tendrías un montón de candidatos. ¿O lo elegiste porque Zayne es un pelma? Lo cierto es que es un súper-pelma.

—Isabella.

—Te acostumbrarás, en serio.

—Me da que no —murmuro frotándome las sienes.

—Oye, si no te da grima coger el ascensor otra vez, podemos subir de nuevo a la azotea cuando anochezca. Eh, mejor todavía, ¿y si nos ligamos a un par de jugadores? En plan pantomima. Bueno, yo podría hacerlo muy en serio.

Me vibra el móvil en la mano y cuando leo su nombre en pantalla casi se me sale el corazón por la boca.

—¿Cómo estás, llorona? —pregunta mientras me levanto deprisa y camino hacia una ventana alejada de todo y todos.

—A punto de matarte —susurro—. ¿Por qué, Adler? ¿Por qué te harías eso? ¿Por qué no te quedaste al margen? Yo también tenía un plan. Te lo dije.

—Voy a solucionarlo, preciosa. Mira abajo.

Lo hago y le veo.

Está un par de pisos inferiores, en una zona de descanso, alejado de la gente. Tiene heridas nuevas cruzándole el rostro y también algo similar a una gasa en los nudillos de ambas manos. Me quedo sin aire.

—Aunque esto se arregle, incluso en el hipotético caso de...

—Lo conseguiré, ten un poco de fe en mi liderazgo. —Su voz es tierna, dulce, íntima y me lleva de vuelta a cuando los problemas no se cernían sin piedad sobre nosotros.

—Aunque lo consigas, eso no cambiará que no podemos estar juntos. —*No contesta*—. Escúchame, porque no sé si seré capaz de decírtelo dos veces. No correré el riesgo de nuevo, he aprendido la lección, esto se ha acabado. ¿Me oyes? —*No contesta*. Es imposible dada la distancia, pero juraría que le sonrían los ojos y que veo su sonrisa curvarse ligeramente embelesada por algo que no está bien y no deberíamos ni haber empezado—. Aunque lo hiciéramos público mucho después de dejar de trabajar juntos, todos supondrían que habíamos empezado antes, nos traería problemas. No, ¡se nos comerían vivos! Además, las estrellas de Hollywood han dejado claro que ninguna relación puede ocultarse durante mucho tiempo. ¿Por qué no dices nada? Adler, tengo razón. Eres muy joven y tienes toda la vida para enam...

enamor... —la simple idea duele horrores. Peor que eso. Las siguientes dos palabras se escapan de mis labios antes de que pueda frenarlas—. Te quiero.

—Yo también te quiero, Naomi.

Capítulo 20

Adler

No paro de oír puertas cerrándose de golpe y al final nos van a echar del puto hotel y eso que acabamos de llegar.

—Tranqui, relájate. —Ace me da unos golpes en el pecho—. *Papi* se encarga.

—Voy a pagarte hasta el último centavo, Ace.

—Te repito que de eso nada, tío.

—Crawford.

—Déjame hacer una buena obra por una vez en la vida, plasta. —Hace una reverencia—. Mis padres son ricos, permíteme ser tu SugarDaddy.

—Eres gilipollas.

Le abrazo y él me devuelve el gesto dándome hostias sentidas en la espalda y no me creo la suerte que tengo de que todos estén aquí. *Joder, han soltado lo que tenían entre manos y se han subido al coche para venir cagando leches. ¿Cómo cojones voy a devolverles el favor?*

—A ver, centrémonos —dice Jacob dando unas palmadas a lo Zayne—. Todos los que tenéis caras conocidas, ya tenéis vuestros disfraces a punto, ¿no?

—Yo no llamaría disfraces a esto, más bien penitencia —dice Anthony muy a disgusto con su outfit de cámara número tres.

—Cierra el buzón, quejica —le ladra Tyler—, ¿acaso no has visto todos los equipos de grabación que había allí?

—Sí, tío es la única forma que tenemos de pasar desapercibidos —este es Zayne—. Adler ha tenido una gran idea con esto.

—Pero es que el gris-feo no realza en absoluto mis ojos. ¿Y por qué no puedo ser el cámara número uno?

—Porque ese soy yo —dice Zayne.

—¿Y mi futuro marido está preparado para la acción? —interviene Dixie mirándome, sentada sobre el regazo de su novio real.

Se va a hacer pasar por mi novia, en el nuevo plan de hacerle creer a Octavius que soy escoria como él y que he dejado tirada a Naomi cuando más me necesita.

—Preparado —asiento.

—Cuida bien de él, princesa —le dice Anthony besándole el cuello a Dixie.

—Tengo una pregunta —dice Premium alzando una mano—, ¿los de la entrada no se extrañarán cuando nos vean así vestidos?

—Es cierto, saben que venimos a jugar —dice Jonathan.

—Con toda la gente que hay, como para fijarse —dice Anthony.

—Lo importante es que nos han dado un pase de identificación y podemos ir y venir, no vamos a desaprovechar la oportunidad —dice Jacob.

—¿Os he dado ya las gracias?

—Un millón de veces —dicen Tyler, Zayne, Anthony, Dás y otros tantos a la vez.

—Somos el dream-team —dice Ace—. No hay nada que se nos resista.

Después de un poco de griterío motivacional, volvemos al complejo.

La noche siguiente y también la de después, repetimos la misma técnica con la esperanza de algo más de suerte.

El salón en el que nos encontramos parece sacado de un colegio pijo inglés, incluso las ventanas tienen rejas. Es muy curioso como el edificio carga con detalles modernistas o incluso futuristas y luego encuentras elegantes salones como este que parecen sacados de un castillo del siglo dieciocho.

Han pasado un par de horas y estoy cerca de quedarme sin temas de los que hablar con Dixie. Principalmente porque estoy cagado de las tonterías con las que Isabella puede estar poniéndole la cabeza como un bombo a la mujer de la que estoy enamorado.

Me quiere. Ha dicho que me quiere. Ojalá se acuerde todavía.

—Menuda sonrisita —dice Dixie que se ha quitado los altísimos tacones en tono escarlata hace un rato y descansa las piernas sobre las mías. La verdad es que damos el pego—. ¿Cómo viste a Naomi?

—La vi a través de un cristal, es difícil juzgar. Pero sé que está asustada como nunca. Me siento como una mierda. Un inútil absoluto.

All the single ladies

Ace Crawford

Dás y yo todavía no hemos encontrado a nadie a quien le caiga bien ese boca-chancla
Esto va a ser pan comido



Jonathan Arlington

Menos lobos, Caperucita.

Que ya llevamos un huevo de intentos y no hemos sacado nada.



Zayne Swanson

Premium y yo nos hemos tenido que comer una charla de odio de quince minutos acerca de
por qué el capullo de Octavius Waylen no sabe jugar en equipo.

Pero nada útil.

Creo que el tío iba a su uni.



Anthony Schneider

Jacob y yo lo tenemos vigilado.

Está mirando en vuestra dirección, Adler.

PD: aparta la mano de la rodilla de mi novia si no quieres que te la parta y de paso también
la cara.



Jacob Bolton

El hombre de las cavernas hace su aparición estelar.



—Ni caso —dice Dixie pegada a mí para leer la pantalla, poniendo su mano sobre la mía para que no la aparte.

—Sabe que te veo como una hermana, ¿verdad?

—Sí, ignóralo, es lo que yo hago. Y estabas hablándome sobre la chica de tus sueños.

—Dice que quiere romper incluso aunque las cosas se solucionen.

—¿Puedes culparla? Perdería su carrera. Además, tendría que cargar con el hecho de enturbiar la tuya en su conciencia y, si dos días en la playa son suficientes para calar a una persona, puedo asegurar que es lo último que quiere.

—No quiero que tenga que elegir, quiero que lo tenga todo. Ya le han quitado bastante.

—Amorcito mío —me coge de la mandíbula y me gira la cara hacia ella—, por ahí viene la razón por la que estamos haciendo esto, por la misma que te está vibrando el móvil cosa mala, recuerda todo lo que hemos hablado.

Me obligo a acariciarle el pelo y a cogerle la mano.

—Vaya, vaya, y yo que pensaba que estarías poniéndote como una cuba para olvidar tu humillación.

—¿Qué coño quieres ahora, Waylen?

—Darte las gracias. No hace ni veinticuatro horas que el vídeo se ha subido a TikTok y ya se ha hecho viral. Y eso que es solo un avance de lo que verán en el documental.

—Muy bien, ahora déjame en paz, estoy ocupado.

—Es patético, ¿lo sabes? —Octavius mira a Dixie de arriba a abajo—. Podrías follártela delante de mí y aun así no me creería una mierda. He oído demasiadas conversaciones de ti babeando por Nasher como para no saber que estás colado por ella. Y si tenía alguna duda, en el partido de ayer la despejaste. ¿No te irrita que seas siempre tú el que se pone piedras en el camino? —Se ríe y Dixie aprieta sus piernas contra las mías para que no me levante—. Espero que Naomi esté contando dinero en alguna parte, porque la voy a joder viva como no me pague lo que me debe. —Se mira el reloj—. Qué rápido están pasando los días, ¿te has fijado?

Aprieto los puños y quiero impedirle que se vaya.

—Adler, *Adler* —me doy cuenta después del tirón de Dixie a mi camisa que no es la primera, ni la segunda vez que me llama. Tampoco me he dado cuenta de que nos hemos levantado y de que la gente nos mira—. Qué susto me has dado, parecías a punto de ponerte en

plan Terminator con él.

Dixie me empuja hacia el ascensor porque es una mujer capaz de llevar una plataforma de doce centímetros y hacer otras muchas cosas a la vez. El plan era ir a la azotea, pero cuando las puertas del ascensor se abren y veo quién hay dentro, se me olvida para qué subíamos.

—Íbamos a la veintisiete, ¿venís? —dice Isabella, roja y con un mojito en la mano.

Por motivos de seguridad, estos ascensores tienen un botón que todos pulsamos al entrar, que básicamente te asegura que las puertas no van a abrirse hasta llegar a tu destino. *Así no tienes que ir y venir con gente desconocida*. Si tengo a Naomi delante, es porque no han pulsado ese botón, y solo se me ocurre un motivo por el que no lo pulsarían.

Nadie se mueve y las puertas amenazan con cerrarse, así que extendiendo un brazo y las freno.

—Isabella, bombón, ven aquí un segundo —le dice Dixie.

—Pero yo quería otro mojito —dice bajándose y dándome un golpe de cadera al pasar por mi lado.

—Que no beba más, Dixie —digo entrando en la jaula con Naomi, que no suelta ni una sola palabra, pero sí da un paso atrás.

—¡Nos vemos arriba! —dice Isabella—. Un segundo, Dixie, ¿no deberíamos estar nosotras también ahí dentro?

Las puertas se cierran a mi espalda.

—¿Por qué has hecho eso? —Se le abren mucho los ojos y no tiene más espacio para alejarse de mí.

—¿Cómo estás? —Me acerco a la mujer que no parece saber cómo contestar a esa pregunta.

Ni lo que significa.

—No deberías haber entrado. ¿Y si alguien nos ve al salir? Para, no te acerques más.

Obedezco, pero ya estamos muy cerca. Huelo el coco y todo lo que desprende su anatomía, lo que tanto he añorado.

—No has contestado a mis mensajes en todo el día. Y te vas en cuanto termino de grabar con Robert y Scarlet.

—Te lo dije, lo nuestro se ha acabado. —Aprieta los labios y separa los míos.

—Es curioso.

—¿El qué? —pregunta con la mirada fija en mis nudillos hechos polvo, acercando la punta de sus dedos hasta rozarme.

No parece ser consciente de ello.

—Que la conversación más horrible que he tenido nunca también sea mi favorita. No soy capaz de dejar de pensar en lo que dijiste al final.

—Adler...

—Te quiero, Naomi.

Se le agrandan los ojos, se le hunde el pecho y jadea, como si mis palabras tuvieran una repercusión física. Como si la primera vez estuviéramos a demasiada distancia como para que me creyera.

—No vuelvas a decir eso —su voz es una súplica ante la que siempre me rendiría.

Salvo ahora.

—Pero es la verdad, Naomi. Te quiero.

Se lanza a mis brazos, me rodea con ellos, tira de mi cuello y encuentra mi boca con desesperación. El amor revienta en mi pecho y estómago cuando siento todo lo que se calla, porque su lengua no puede mentir a la mía, solo someterse a ella. *Y aunque lo sé con certeza, todavía no entiendo por qué me sigue eligiendo.*

Poniendo las manos en sus caderas, la estabilizo y profundizo el beso a lo que ella jadea, me hunde las manos en el pelo e inclina más la cabeza con tal de que estemos más juntos. Cierro los ojos y me imagino que no se nos acaba el tiempo, que puedo gritarle al mundo que es mía. Durante unos segundos, la fantasía se vuelve real.

Naomi es la que me empuja contra la pared y yo llevo las manos a su culo, la alzo y la pego más a mí mientras la intensidad del beso destruye todos nuestros problemas. *La quiero.*

De repente pone las manos en mi pecho y se aparta jadeante, roja y excitada.

—No lo entiendo —dice con voz queda, triste y de forma entrecortada—, si todo es tan difícil, esto...

—No debería ser tan fácil —termino por ella encontrando sus manos una vez más, entrelazándolas—. Pero lo es.

Naomi las mira, unidas y su siguiente exhalación es temblorosa.

—Ojalá eso importara. —Las puertas se abren, ella sale del ascensor mientras yo me quedo dentro viéndola desaparecer.

Llevándose mi amor consigo.

Capítulo 21

Naomi

El móvil vibra en mi mesita de noche y me incorporo de golpe en la cama para que no despierte a Isabella, que ronca a mi lado plácidamente como una hiena rabiosa. Tiro el móvil al suelo y acto seguido voy tras él. Aterrizo con un quejido sordo y un dolor agudo en mis codos que, de forma tan valiente y heroica, han asumido el rol de parachoques. #DescansadEnPaz. Me levanto como puedo, descuelgo y voy al baño.

—¿Sí? —abro los ojos, pero la luz es cegadora. Creo que oigo la voz de Matthew, pero no consigo prestar atención a lo que dice hasta que abro el grifo y meto la cara debajo. Me la seco rápido—. Vale, te escucho.

—Siento haberte despertado tan pronto.

—No es pronto, es muy tarde. De hecho, ya debería estar abajo. *Ahh, no, espera.* Que es un seis, no un siete. Vamos bien de tiempo, muy bien, sí. ¿Qué tal estás, Matthew? ¿Bien? ¿Despierto?

—Bien, sí, pero necesito hablar contigo. Te llamé ayer por la noche, pero no contestaste. Lo siento, es que es importante.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Banny está bien?

—Sí, lo está. Pero quería pedirte perdón por haberme pasado de la raya. No debimos volver a Indiana, sé que estás trabajando y...

—No, no te preocupes. Tus padres se habían ido de vacaciones, tampoco ibas a dejar a Banny con una extraña.

—He buscado una canguro, es la hija de unos vecinos, así que es de confianza. Adora a Banny y es mutuo. Pero no te llamo por eso, Naomi. —Exhala, luego otra vez. A la tercera ya estoy preocupada—. ¿Te he dicho alguna vez que me recuerdas mucho a Stacy? No físicamente,

si no, en lo personal.

—Oh... no, la verdad es que no.

Exhala de nuevo esta vez de forma temblorosa.

—La hecho muchísimo de menos, ¿sabes? No hay ni un día que no me despierte pensando en todo lo que daría por recuperarla. Lo cierto es que salvo a Banny, estaría dispuesto a dar cualquier cosa. Pero no puedo hacer que vuelva, Naomi. No puedo.

Me aparto las lágrimas y asiento al teléfono como si él fuera a verlo.

—Me siento un despojo humano por intentar siquiera salir con una mujer, conocer a alguien nuevo. Como si le estuviera siendo infiel.

—No lo eres. No estás engañándola y lo que quieres es normal.

—¿De verdad lo crees?

—Sí, Matthew, de verdad. Stacy... —Me arde la garganta, hablar se convierte en una escalada al Everest de rodillas—. Ella no querría que fueras infeliz. No querría que te pasaras la vida esperándola cuando no va a volver.

—Es un alivio que pienses así, Naomi. —Sé por lo cargada, grave y ronca que suena su voz que está igual que yo y eso me destroza todavía más—. Creía que me despreciabas por buscar a alguien cuando acaba de cumplirse un año hace poco. Pero creo que estaba exteriorizando lo que yo mismo sentía.

—Reconozco que también ha sido difícil para mí hacerme a la idea, Matthew. Y lo será para Banny. Pero eso no significa que no estés en el camino correcto. Mira, con esfuerzo, llegará alguien amable y buena persona, alguien a quien Stacy habría adorado. Y una persona así, no puede ser un error.

Me habla de Celine. De cómo ha intentado cerrarle la puerta y no es capaz. De cómo le pidió viajar a Indiana para tener otra cita con tal de que lo mandara al cuerno, pero ella le siguió.

Después de calmarlo un poco, acepta mi idea de llevar a Celine y a Banny al cine. Me promete que me mantendrá informada y me resulta reconfortante que me incluya, que no se olvide de mí.

—Tienes cara de haber llorado, ¿has llorado? —pregunta una Isabella sin gafas escudriñándome con la mirada como puede.

—Sí, perdona, no pretendía despertarte.

Tira de mí y nos sienta en la cama.

—Todo lo que has oído de las lágrimas es una falacia —suelta.

—¿Cómo dices?

—Llorar irrita los párpados y seca los ojos porque las lágrimas son saladas, ¿las has probado alguna vez?

—Isabella, ¿qué...?

—No llores. Esto se va a solucionar. Los Jenkins somos tan tercos que si el tamaño de nuestra cabeza fuera equiparable al de nuestra cabezonería, no cabríamos por las puertas.

Esto me arranca una carcajada.

—Eso está mejor —me da unos golpes en el hombro que tiene cerca, se levanta de la cama y arrastra los pies hacia el baño—. Me caes bien, Naomi Nasher. Tú aguanta.

Me quedo sola en la habitación y en lo primero que pienso tras la inmediata gratitud, es que Isabella también fue abandonada por Adelaida. Para ella también debió ser muy duro. La infancia, la adolescencia, todos esos momentos en los que una hija necesita a su madre para saber y preguntar, para sentirse a salvo, segura y no un bicho raro. Isabella creció sin ese apoyo de su madre. Cierro los ojos con fuerza.

Ay, hermanos Jenkins, no os dais cuenta del peligro que tenéis.

Isabella vuelve a la cama y yo me doy una ducha rápida. Compruebo que sigue respirando, que sabe cuál es el número del servicio de habitaciones y salgo al pasillo.

El plan de mantener las distancias con Adler se fue al traste en el momento en que Octavius dejó claro que no se tragaba de la misa a la media. *Eso me contó Isabella antes de quedarse frita, a la que se lo había contado Dixie, quien considero una fuente fiable de información. Aunque teniendo en cuenta los mojitos que llevaba encima Isabella, cualquiera se fía de lo que entendió la pequeña Jenkins.*

En cualquier caso, no sé cómo voy a poder mantenerme firme en la decisión de... parar, si tengo a Adler cerca. Está claro que es mi debilidad, mi polo opuesto... y la persona a la que voy a acabar haciendo daño si no me alejo.

Amar a alguien significa anteponerlo a lo que tú deseas.

El problema llega cuando ambos deseamos lo mismo, pero no es lo que nos conviene a ninguno. ¿Qué se hace entonces?

—Señorita Nasher. —La voz de Benjamin Simons me sobresalta.

Antes incluso de saludarle, lanzo una mirada disimulada al pasillo preguntándome qué ha podido venir a hacer a esta planta.

—Buenos días, señor Simons. ¿Me buscaba?

—No, ¿debería buscarla?

—No, no, en absoluto.

Sigue cortándome el paso a la escalera.

No me gusta nada la idea de hacerle saber que tengo claustrofobia, as un arma que no quiero darle. Podría usarla en mi contra la próxima vez que le ponga los puntos sobres las íes por gritar a mi alumno.

Fingiendo normalidad, camino hasta el ascensor y espero que él siga su camino a donde sea, pero acaba justo a mi lado.

—Su jugador volvió a dar problemas anoche.

Es que no me gusta ni que lo menciones.

—¿Qué problemas? —me giro hacia él.

—Armó alboroto en el bar con un jugador rival. Debería atarle la correa más corta.

—¿Un jugador rival? Esto no es una competición, señor Simons, aquí no hay rivales y debería saberlo. —Le sonrío para que se joda—. Ah, y he oído lo que pasó de verdad. Octavius Waylen y él mantuvieron una charla amistosa, nada más.

Empiezo a indigestarme con un pánico silencioso. *¿No voy a tener que subirme a este ascensor con Benjamin Simons, verdad? ¿Verdad?*

—Me da que está siendo horrorosamente indulgente con el mal comportamiento de su...

—Le advierto que aborrezco su forma de referirse a él como un perro. Le pido que piense bien sus siguientes palabras.

Se le enturbia la mirada cuando sonrío y apenas puedo reprimir el escalofrío. Las puertas del ascensor se abren y yo ya tengo el pulso desbocado.

—¿No entra, señorita Nasher? —pregunta sujetando la puerta.

No puede saberlo.

No lo sabe.

Aprieto los dientes sintiendo náuseas y entro. Las puertas se cierran como lo haría la tapa de un ataúd. Mi pulso ya es una batería y lo único que me calma es pensar en Adler. *Mi medicina personal.*

—¿Está usted bien, señorita Nasher? —Su sonrisa se ha vuelto más ancha, ladina, casi perversa—. Está algo pálida.

Lo sabe. ¿Cómo es posible que lo sepa? Miro el contador y ver todas las plantas que faltan es como recibir un golpe seco en el estómago.

—Estos días está haciendo mucho calor y no estoy al cien por cien.

—Seguro que nadie nota la diferencia.

No tengo claro si es un halago o un insulto, pero todavía quedan más de veinte pisos. «Te quiero, Naomi», un río de alivio cálido hace contraste en mi cuerpo helado y sudorosos. «Pero es la verdad, Naomi. Te quiero».

—¿Sabe, señorita Nasher? Sus elecciones no son tan brillantes como lo es usted. Hay un mundo de posibilidades esperándola si dejara de comportarse como una adolescente.

De repente, a través de sus gafas veo el borde oscuro y amarronado de su iris, veo que se distingue con claridad de la pupila. No me he dado cuenta del momento que hemos pasado a estar tan cerca, pero no me gusta.

—Apártese, señor Simons.

—Nunca es tarde si la dicha es buena, ¿sabe? Todavía puede hacer lo correcto y elegir el bando adecuado.

Casi ni oigo lo que dice, me va el pulso a mil y estoy muy cerca de vomitarle encima.

—Le he pedido que se aleje, señor Simons. Su cercanía está incomodándome.

Lo hace, sonriente. Quiero darle una patada en los huevos y cuando se agache encogiéndose por el dolor, darle otra en la cara y dejarlo tirado en el suelo, pero las puertas se abren y sale de allí antes que yo.

Todo esto va a acabar conmigo.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —pregunta Dixie en el lobby, por lo visto iba a venir a buscarme y no le he dado tiempo.

—No sé lo que me ha dicho —le aclaro cuando me pregunta.

—Joder es un puto viejo, ha tenido toda la vida para aprender educación, ¿y así se comporta? En mi cultura, se nos enseña desde pequeños a respetar a los mayores —dice, porque es surcoreana—. Pero Benjamin, Ethan y todos esos, me dan ganas de ponerlos en fila y pedirles que vayan pasando a la sala de torturas. Gilipollas.

Me arranca una sonrisa incluso ahora, que no tengo claro dónde está arriba y dónde está abajo. *Dixie es un encanto.*

—Tenemos que contárselo a Adler. Decirle lo que ha pasado.

—No, no, de eso nada. Tiene que grabar en quince minutos, esperaremos a luego.

—No me gusta la idea. El tiempo apremia.

—Dixie, por favor. Las grabaciones son fundamentales, cuanto más encantador sea Adler,

más fácil será que se gane al público. Debe hacer todo lo que esté en su mano para que su carrera despunte. Es ahora o nunca.

—Vale, vale, cálmate. Esperaremos.

Capítulo 22

Adler

El baboso de Robert Jeden está encantado con mis amigos y el paripé que hemos montado. Tanto, que ha conseguido reservar la pista unas horas extra y vamos a volver a grabar juntos esta tarde. Me encanta la idea de jugar, sobre todo la idea de dar una paliza a mis amigos con las técnicas y estrategias de Naomi.

Pero odio que sea hoy, porque nos quita tiempo.

Tiempo que pensábamos utilizar contra Octavius.

Patino por la pista mientras Zayne y Anthony graban unas tomas extra porque ese par de futuras estrellas de la NHL son la debilidad del director. Naomi está hablando con Scarlet y le envió un mensaje en cuanto se queda sola.

Naomi Nasher

Adler Jenkins

Con semejante preciosidad en las gradas no hay quien se concentre

Me haces el favor y te controlas??



Naomi Nasher

No me sonrías así.

Adler Jenkins

Por qué?

Te pone nerviosa?

O solo te pone?



Naomi Nasher

Tonto.

No puedo dejar de pensar en ti, Adler.

Adler Jenkins

Entonces no lo hagas

Piensa en mí

Naomi Nasher

Me estás volviendo loca

No sé cómo alejarme de ti

No sé cómo librarnos de todo lo que nos está...

Adler Jenkins

No lo hagas.

Por favor, deja de luchar contra esto.

Nosotros no somos el problema, Octavius lo es

Podemos salir adelante

Juntos.

Naomi Nasher

Podemos vernos a solas luego en alguna parte?

Adler Jenkins

No es buena idea que te vean en mi hotel

Ni a mí subiendo a la veintisiete

Naomi Nasher

Te dejaste las llaves del coche en mi habitación

Pensaba devolvértelas, pero puedo esperarte dentro, si quieres

Esta tarde?

Adler Jenkins

Suena increíble

Sobre todo porque ser muy convincente cara a cara



Veo a Isabella llegar al comedor a la hora de comer con Naomi, y me siento muy agradecido de que mi hermana también esté aquí. Sé que tenía un concurso de matemáticas al que ha renunciado (*porque sí, esa es su manera de divertirse*) y no pienso olvidarlo.

—Puto Jenkins —gruñe Anthony, sacudiendo la cabeza desde la mesa de al lado como un hermano mayor orgulloso.

—Sería difícil imaginarse semejante progreso si no lo hubiera visto con mis propios ojos —dice Jacob a su lado.

Bolton no paraba de saltarme encima y celebrar cada vez que marcaba un punto, y eso que era del equipo contrario. *Scarlet ha tenido que parar la grabación un par de veces para recordárselo.*

—Tienes que contarnos lo que te ha hecho Naomi —dice Jonathan frente a mí—, y lo que te ha enseñado también.

—Tío, no parece que estés hablando de hockey —suelta Ace ahogándose en otra mesa distinta y mientras Jonathan se pone como un tomate, y el grupo rompe en carcajadas.

Estamos repartidos en cuatro diferentes y sí, es ridículo.

Se han empeñado en cambiarse de ropa así que soy el único que lleva el uniforme aunque vamos a jugar poco después de comer. *Quieren seguir con el rollo de que son cámaras porque como no hay mucha gente que nos vea grabar en la pista, de esta forma podemos continuar con el plan llegada la noche.*

Con ese plan que no está dando resultado.

—No puedo, firmé un contrato de confidencialidad —les digo.

—Una mujer no se desnuda antes de firmar un contrato.

—Dixie.

—Es broma, capitán.

Miro a Zayne cuando vuelven a llamarme capitán. Un título que no me he ganado. *Su título.* Agacho la cabeza.

—Es más que evidente que vas a serlo, quita esa puta cara de susto —dice Ace.

—A mí me gustaría que lo fueras —dice Tyler—, tenemos mucho que aprender de ti.

—Swanson, si Landon te pregunta si lo ves preparado... —Anthony no termina la pregunta.

—Le enviaré un vídeo de cómo juega ahora y no le hará falta pedirme opinión —el capitán

del equipo me pone una mano en el hombro—. Felicidades, Adler.

—¿Os imagináis que Landon nombra capitán a Bolton? —suelta Anthony

—Prefiero seguir a Jenkins el año que viene, gracias —Jacob sacude las manos con nerviosismo.

Llegan las grabaciones de la tarde y Jacob está “indispuesto”. *Vamos, que está con Premium de vigilancia*. Igual que Dás y Jonathan. Desde que llegaron, el grupo ha grabado a Octavius siendo un gilipollas en varias conversaciones, pero de momento no tenemos nada lo bastante gordo como para hacerle chantaje y se nos está acabando el tiempo.

Robert Jeden se ha cambiado de ropa después de comer. Ahora lleva un maillot naranja encima de un mono cobalto de manga larga y mientras nos pide que dediquemos un minuto a meditar sobre la muerte, pienso en el entrenador Landon. *Lo echo de menos. Sus gritos, su manera de pedirnos que dejemos de tocarle los cojones, su forma de echarnos la culpa de su vejez... lo añoro*.

—Ace te has lucido, tú también Adler —dice después de que termine un punto muy reñido—. ¿Creéis que podríais abrazaros al acabar? No, así no, Ace, con más sentimiento. Juntaros más, no seáis tímidos. Quiero ver contacto de piel con piel de todo el equipo, ¿sí? Quiero ver cómo la pasión os hace querer fundiros en un solo ser.

Ace se atraganta con lo que fuera a decir, Zayne tiene cara de querer vomitar a Robert en la cara y la de Anthony ya no sé ni cómo explicarla. *Un puto viejo verde, ¿lo había dicho ya o no?*

Acabamos las grabaciones del día, afortunadamente sin ningún trauma, y es entonces cuando Isabella llega corriendo por el pasillo, justo antes de que entremos a los vestuarios.

—¿Cómo que no encuentras a Naomi? —repito.

—Estábamos en la habitación charlando y nos hemos quedado dormidas.

—¿Nos? —hago hincapié.

—Vale, tal vez yo me haya quedado dormida.

—Tus dotes sociales siguen siendo deslumbrantes, mini-Jenkins —se burla Ace.

Compruebo mi teléfono, mientras Isabella asegura que no ha sido mucho tiempo. La llamo y no contesta. *El coche. Nuestra cita*. Me siento un tonto gratamente aliviado cuando recuerdo que si hay alguien que sepa mis horarios, es Naomi Nasher, y que seguro que ya está allí esperándome.

—Creo que sé dónde está. —Me hago el sueco cuando preguntan y me doy prisa en salir de allí. No es fácil teniendo en cuenta lo toca narices que pueden llegar a ser cuando quieren saber

algo—. Que no me puto sigáis, ¿os lo escribo?

Ace, Tyler y Zayne me escoltan hasta el lobby, y allí es donde oímos las sirenas. Todo se ralentiza. Mis pasos al cruzar las puertas no son lo bastante rápidos, pese a que estoy corriendo. *Naomi. Naomi.* Mi corazón deja de funcionar con regularidad. El mal presentimiento se convierte en mi vida y esta en una pesadilla. Corremos hasta el meollo porque sé exactamente lo que hay aparcado detrás de toda esa gente.

Mi coche.

Naomi.

Se me hiela la sangre, me arde la cabeza. Al abrírnos paso vemos todos los cristales resquebrajados, la luna delantera ha vencido como si alguien se hubiera tirado encima y la puerta del copiloto está abollada. Ella sigue dentro.

—¡Naomi!

La llamo pero no contesta. Está inconsciente y no entiendo qué ha podido pasar si aparcado en el mismo sitio en el que lo deje. Intento llegar a la maneta que se ha hundido hacia dentro, pero no lo consigo.

—Apártese, déjenos hacer nuestro trabajo. —Pero el que lo dice es un policía, no un bombero.

Y no veo paramédicos.

—¡Adler, tranquilízate o acabarán deteniéndote! —Ace aparece en mi campo de visión y me empuja justo cuando veo un grupo de bomberos, abrirse paso entre la gente.

—Está dentro, ¡dentro del puto coche! ¿Qué ha pasado?

—No lo sé, no lo sé, pero van a sacarla, tranquilízate —dice alterado de cojones.

Se suben al capó y observan los daños barajando las opciones mientras que a mí me va a estallar la puta aorta. Hay demasiada gente hablando al mismo tiempo y ninguno de ellos es la voz que quiero escuchar.

Acaban arrancando la puerta y cuando vuelvo a llamarla, a acercarme, un policía me inmoviliza contra el coche con un golpe seco. Zayne se pone como loco y oigo una peligrosidad conocida en su tono, una violencia que anuncia huesos rotos y nos veo a todos en la puta cárcel antes de que caiga la noche.

—Tiene pulso —dice la paramédico que se ha agachado frente a la mujer de mi vida—. Traed una camilla, ¡y apartad a todos estos mirones para que pueda hacer mi maldito trabajo!

Me cae bien. Lo malo es que a nosotros también nos empujan hacia atrás, en un intento de

que nos larguemos. No funciona y por supuesto, volvemos a colarnos entre los policías.

—Un puto grano en el culo eres tú chaval, ¿a que sí? —me ladra un bombero que me saca una cabeza pero no me intimida una mierda en comparación con el destino de Naomi ahora mismo.

—Necesito ir en la ambulancia, ¡necesito ir con ella al hospital! —le digo a gritos a la paramédico que da las órdenes, la que señala la ambulancia a la que segundos después suben a Naomi.

La mujer en cuestión me oye, más que nada porque no dejo de repetirlo, y clava su mirada en la mía justo cuando se sube a la parte de atrás de la ambulancia. No sé lo que ve, desesperación probablemente, pero me señala y los bomberos me abren paso. Juro que estoy a punto de hacerles un puto monumento. Al subir a la ambulancia leo en sus labios algo así como «no hagas que me arrepienta», pero no la oigo. Tengo el pulso reventándose los oídos. Me tiemblan las manos cuando cojo la de Naomi.

Sigue teniendo los ojos cerrados.

Existen pequeños cortes en su preciosa cara y hombros, que no deberían estar ahí. Algunos también en las manos y las piernas. *Mi amor, abre los ojos.*

Solo necesito un nombre, saber quién ha sido el hijo de puta responsable.

Entonces lo mataré.

Capítulo 23

Naomi

Entro en pánico al darme cuenta de que lo que veo es el techo de una ambulancia y que yo no soy la acompañante, si no la herida. Las imágenes llegan a mí como en flashes. Los golpes, los cristales, la claustrofobia, el pánico.

El pitido acelerado que oigo de fondo imita bastante bien los latidos frenéticos de mi corazón. *Ah, espera... ahhhh, ya.*

—Tranquila, estás bien, Naomi Nasher —dice una amable voz que no es quien me aprieta la mano—. Te has desmayado, pero estás sana y salva. Haz respiraciones profundas y largas, ¿de acuerdo?

Miro a Adler y no soy capaz de hacer respiraciones ni profundas, ni largas. Me besa la mano con miedo, se aferra a mí con angustia, y cuando se acerca a mi cara, el terror que refleja su iris le da la vuelta a mi corazón agitado. Necesito calmarlo. Llevo la mano que tengo libre a la máscara que me está proporcionando oxígeno, pero la paramédico me frena.

Por Adler me tranquilizo. Por él bloqueo todo lo que aflora con cada segundo. Lo empujo hasta mis pies y lo entierro segundos después.

—Estoy contigo, mi amor —me dice—. Estás a salvo.

Adler Jenkins no tiene ni idea de lo que acaba de decir delante de tres paramédicos desconocidos que, espero, achaquen sus palabras al momento. Le aprieto la mano avisándole y también porque... dios, ha dicho mi amor.

Cuando mi pulso se ralentiza y me quitan la máscara de oxígeno ya hemos llegado al hospital. Me doy cuenta de que de nada sirve asegurarles que estoy bien, ninguna de las personas que me oye parece dispuesta en lo más mínimo a dejarme marchar. Incluso traen una camilla para que no camine hasta que me hagan pruebas, ¿y sabes qué es lo peor? Que a Adler no se le

ocurre nada mejor que ofrecerse a llevarme él en brazos.

Como si acabáramos de casarnos.

Dios mío qué vergüenza, ¡todo el mundo mirando! Más que un hospital parece la recepción de los novios.

«Ahhh, qué joven tan apuesto» murmuran a nuestro paso. Me dice que lo haría por Landon si perdiera el conocimiento y yo no puedo evitar sonreír ante la imagen. *He visto a su entrenador, es un tío grande.*

—¿Qué ha pasado, Naomi? —me pregunta Adler en cuanto nos quedamos solos en una sala con dos camillas.

Trato de montar las piezas del puzzle para saber cómo contar una historia que todavía no entiendo.

—Acababa de entrar al coche cuando han aparecido tres encapuchados con unos bates de béisbol y han empezado a golpear los cristales y la carrocería conmigo dentro. Es una suerte que cuentas con un cierre automático.

—¿A plena luz del día? —Se le hincha la vena del cuello—. ¿Qué cojones, Naomi?

—Ya. He intentado llamar a emergencias, pero el móvil se me ha escurrido de las manos porque me temblaban y se ha quedado entre el asiento y la puerta, y como no podía abrirla... me he puesto muy nerviosa. Poco después de que uno de los tres se subiera de pie al capó y estrellara su culo contra la luna delantera, lo he visto todo negro. Lo siguiente que sé es que estaba en la ambulancia.

Me besa y no es un beso más: es el de un hombre moribundo al que le han dado el elixir de la vida eterna.

—Hablaemos con la policía. Solucionaremos esto —dice el que no deja de usar el plural—. Pediremos las cámaras de seguridad del parking y veremos en qué coche se largaron esos tres hijos de puta.

La puerta de la habitación se abre antes de que pueda decir nada y Adler tiene la consideración de no actuar como si fuéramos unos recién casados en su luna de miel, pero no me suelta la mano. *La suya también está herida. Vaya dos.*

—Tranquilo, puedes quedarte mientras la curamos. Pero cuando venga el médico sí tendrás que irte —explica la enfermera con amabilidad cuando nos ve a los dos sentados en la camilla.

La sonrisa de Adler al mirarme es tan dulce y cariñosa que si pudiera embotellarse la venderían como medicamento. *En serio, las heridas casi ni escuecen.* El hombre alto y

corpulento a mi lado se empeña en mantener las distancias incluso cuando volvemos a quedarnos solos.

—Es una pena que nos hayamos quedado sin nuestra cita —admito.

Hace una mueca como si eso fuera lo último que debiera pensar y me besa la mano que no tengo herida. Se niega a tocarme cualquier franja de piel por los arañazos que tampoco son para tanto.

—En serio, Adler, Kat y Mi-Miau me han hecho cosas peores. —*Es verdad salvo por el de la pierna derecha, ese sí es un poco más feo*—. Estoy bien, deja de mirarme así.

Me mira como si fuera un cervatillo con cepos por todo el cuerpo.

—Han hecho daño a la mujer a la que quiero. La han asustado hasta hacer que se desmayara. Y si no llega a ser a plena luz del día...

Es cierto, quien fuera que lo vio y llamó a la policía me salvó la vida.

Me inclino hacia él, le beso el hombro y huelo a almizcle, a incienso y a todas las cosas buenas de este mundo. Tranquilizarlo a él me ayuda a lidiar con mi propio miedo. Al fin y al cabo, solo ha sido un susto.

—Doctor, ¿es necesario?

—Sí, necesito hablar con mi paciente a solas —dice y acabo de conocer a Mike Vasler, pero juraría que se está aguantando la sonrisa—. Puede ir a la sala de espera con el resto, le avisaré cuando termine.

—¿El resto? —pregunto.

—Sí, Zayne, Ace y Tyler han seguido a la ambulancia de cerca.

—Estoy bien, en serio —me levanto de la camilla y bailo unos tres segundos pero eso los alarma cantidad a los dos.

Me quedo a solas con el doctor Mike después de que el hombre del que estoy enamorada salga de la habitación a paso de tortuga, con cara de pocos amigos y arrastrando los pies.

—Seré breve, señorita Nasher —empieza sus pruebas llevando una linterna a la altura de mis ojos y pidiéndome que la siga sin mover la cabeza—. Respire hondo —pide auscultándome, pasando el estetoscopio por la parte alta de mi espalda, luego mi pecho—. Una vez más. Muy bien —se aleja y lleva las manos más allá de mis mejillas, a algún punto detrás de mis orejas—. ¿Recuerda lo que ha pasado?

—Sí —se lo cuento mientras comprueba que no tenga pedazos de cristal en el ojo con una máquina que a primeras, tiene toda la pinta de pertenecer a un arsenal de tortura china.

—No tiene de qué preocuparse, señorita Nasher, está perfectamente.

—Eso es lo que llevo diciendo yo mucho rato.

—Me alegra que su pronóstico fuera acertado —sonríe y un hoyuelo aparece en su mejilla izquierda, obligándome a pensar en los de Adler que, sin duda, son mucho más monos—. Ahora vendrán unos agentes a hacerle unas preguntas, ¿le parece bien?

—Sí, por supuesto —disimulo la desilusión por no poder reunirme todavía con el grupo.

Espero un escaso minuto hasta que la puerta se abre, pero la persona que aparece no es un agente de la ley. El hombre de avanzada edad, canas, gafas y aires de superioridad que entra en mi habitación de hospital tiene la misma expresión de falta de empatía que aquella mañana, cuando le pedí que no volviera a tratar con mi alumno sin estar yo presente.

—¿Qué hace usted aquí?

—He venido a preocuparme por usted, señorita Nasher, por supuesto —Benjamin Simons camina hasta la camilla en la que estoy sentada y se queda a una distancia del tipo: si intento darle una patada, no le alcanzo—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien —respondo con sequedad porque sé que no ha venido a eso. *No hay forma posible de que Adler lo haya visto entrar, y si él no lo ha visto, seguro que los médicos tampoco*—. Ahora mismo van a venir unos agentes de policía a hacerme unas preguntas. Tal vez usted podría acompañarlos a las instalaciones y enseñarles las cámaras de seguridad del aparcamiento, señor Simons.

—El coche de Adler Jenkins ni siquiera estaba en nuestro aparcamiento.

—Pero las cámaras habrán grabado algo de utilidad. Estaba cerca.

Sonríe y sus ojos no lo hacen, en vez de eso pierden humanidad, se vuelven aún más oscuros. *¿Sabes esa sensación fría en la espalda, ese cosquilleo en la piel que tienes cuando te das cuenta que estás delante un psicópata? Pues eso.*

—Mucho me temo que no puedo permitir que relacionen mi prestigiosa organización con lo que te ha pasado a ti esta tarde, Naomi. Eso nos daría muy mala prensa y para librarnos de ella tendríamos que publicar la noticia. Lo entiendes, ¿no?

—¿La noticia?

—*Tu* noticia.

El eco de un gong retumba en mi cabeza.

—Al fin y al cabo, es la única forma de hacerle ver al público que *tú* eres la problemática. Que si te ha pasado esto, debe ser porque has tomado otras malas decisiones, *porque son la única*

clase de decisiones que conoces.

—Octavius...

—Espero que seas lo bastante lista como para mantener la boca cerrada delante de los agentes y que tengas el dinero listo antes de que se cumpla el plazo —dije relamiéndose—. Waylen no da segundas oportunidades. Y yo tampoco.

Agarra el pomo, abre la puerta y se marcha. El olor a desinfectante y medicinas se me atraganta.

Capítulo 24

Adler

Naomi pide a Ace que cierre la puerta en cuanto entremos y me da no sé qué verla levantarse tan rápido.

—¿Qué ha dicho el médico? —pregunto aunque he hablado con él porque era un tío legal y ha venido a la sala de espera a darnos las buenas nuevas.

Y también a pedirnos que siguiéramos esperando ahí.

—Nos has dado un susto de muerte, Naomi —dice Zayne acercándose a ella.

—Benjamin lo sabe.

—¿Qué sabe? —pregunto.

—Todo, el chantaje de Octavius, el dinero... Está de su parte, lo sabe todo.

Se me desconectan varias neuronas intentando entenderla por eso le pido que lo repita varias veces.

—Tenemos que hablar con la policía —dice Zayne y yo ya me he dado la vuelta.

—No, para, Adler —Naomi se interpone en mi camino y solo ella podría frenarme—, acabo de dejarles claro que no quiero perjudicar a la organización con mala prensa y que no quiero que se sepa.

—Pues te retractas.

—¡No! —Me pone las manos en el pecho para que retroceda—. ¡Escúchame!

—¿Es que has perdido la cabeza? Es evidente que han sido ellos los que te han hecho esto y si no los detiene la policía, me van a detener a mí por asesinato.

—Naomi, estoy con Adler, deberías retractarte —dice Ace.

—Si lo hago, perdemos los días que nos quedan para dar con algo que poder usar contra Octavius, algo que compre nuestra libertad. Si avisamos a la policía, ellos sacarán a la luz

nuestras grabaciones y entonces se acabó —dice abriendo mucho esos ojos azules aterrados suyos—. Te prometo que si no lo conseguimos, en cuarenta y ocho horas llamaré a la policía para contarles lo de Octavius, esto y lo del ascensor.

—¿Lo del ascensor? —repito y si antes lo veía todo rojo, ahora está a punto de explotarme la cabeza.

Le doy una patada a una camilla, otra y la tercera abría atravesado la pared con ella si no llega a ser por Zayne y su placaje. *Benjamin la ha molestado. La gente tiene que empezar a dejarme arrancar miembros como vendetta.*

—Vámonos de aquí —dice Tyler siendo la voz de la cordura—, por lo visto, el grupo también tiene noticias.

Una de las policías le ha traído el móvil a Naomi y le ha dicho que se pondrán en contacto con ella en cuanto averigüen algo de lo ocurrido. *Pero no descubrirán nada porque Benjamin no se lo permitirá, ¿no es así?*

Llegamos a la habitación de hotel en el que me hospedo con el equipo y por supuesto, Naomi se viene con nosotros. *No pienso dejarla sola ni para ir al puto baño.* El resto del grupo nos espera en la habitación de Jacob, Dás, Tyler y Ace, con esas noticias que no han querido compartir por teléfono.

—¿Que tenéis? —pregunto en cuanto se cierra la puerta.

—*Algo*, sin duda —dice Jacob alterado saliendo de la habitación contigua con Premium.

—Lo tenemos grabado —suelta ella.

—¡Sorpresa! Hemos tenido que colarnos en su habitación, pero ha merecido la pena —dice el puto Jacob Bolton.

—¿Que habéis *qué*? —gruñe Zayne, feroz.

—¿Pero diciendo qué exactamente? —pregunta Dásie dejando claro que nadie sabe nada todavía.

—¿Algo lo bastante fuerte? —pregunta Naomi.

—Juzgadlo vosotros mismos —dice Premium antes de pulsar el botón del play.

Ethan: *solo digo que ha sido arriesgado e imprudente. Ya los teníamos no hacía falta nada más.*

Octavius: *tenía a la zorra de Nasher cogida por los huevos, sí, ¿pero y Jenkins? Vale, que Benjamin lo echara de aquí como un perro jodería su reputación, pero eso es una mierda de*

castigo. Si luego encima me entero de que deja a Nasher en el barro y se va de rositas, quedaré como un gilipollas y sabes que no me gusta quedar como un gilipollas.

—Empieza por no serlo, pedazo de... —Ace no termina la frase porque le tapo la boca a lo que Zayne y Anthony se suman. Premium sube el volumen.

Ethan: *también está el partido en el que le humillaste.*

Octavius: *sí, me ha durado la gloria un telediario. Ayer un capullo de Arizona grabó un amistoso en el que Adler dejaba por los suelos a su rival, y ahora todo el mundo cree que me dejó ganar. (Golpe). ¡Pienso hundirlo en la puta miseria! (Gritos) ¡Joder!*

Ethan: *Gate, McKarther y Dinsen han destrozado su coche esta tarde con Naomi Nasher dentro, ¿cuál es el plan ahora?*

Octavius: *el puto plan es hacerle parecer un puto maltratador, Ethan. Hacerle creer al mundo que cuando supo que Nasher iba a manchar su currículum, se le fue la olla e intentó deshacerse de ella. Y para eso te necesito a ti: tienes que conseguirme a alguien listo, a alguien a quien se le den bien los ordenadores.*

Ethan: *¿Para qué?*

Octavius: *pues para que manipule el vídeo que tenemos de Gate, McKarther y Dinsen, y haga parecer que son Jenkins y dos de sus lameculos de North Star. A poder ser los que han entrado en la NHL. ¿Es que tengo que dártelo todo masticado o qué? Llama a Benjamin si no encuentras a nadie, pero Ethan, yo que tú empezaría a volverme más útil. Aparte de conseguirme la mejor mesa en el comedor, no sé de qué me sirves últimamente.*

(Se oyen pasos).

(La puerta se abre y se cierra)

Anthony es el primero en romper el silencio sepulcral que sigue el final de la grabación.

—*Su puta madre.*

—*La hostia* —dice Ace.

—*Pasad esa grabación por el grupo a la de ya —pide Tyler—. No podemos perderla.*

Miro a Naomi. Su expresión es una mezcla de horror y alivio que entiendo muy bien. En cuanto reacciona, se estrella contra mi pecho y la rodeo soltando una larga exhalación.

—*Os habéis colado en su puta habitación —dice Zayne—. Premium...*

—Lo sé, lo sé, pero no podíamos desaprovechar la oportunidad.

—Estábamos frente a la puerta de Naomi, comprobando que no había más micrófonos ocultos, cuando vimos a las del servicio de habitaciones salir de la de Octavius —dice Jacob.

—Por lo visto, Alessandra siente debilidad por los jugadores de hockey porque su hijo mayor Endred va a ser uno cuando crezca —sigue Premium—. Mientras Jacob hablaba con ella, yo evité que se cerrara la puerta.

—Estáis zumbados —dice Dixie—, ¿sabéis lo que podría haber hecho ese mal nacido si os encuentra ahí escondidos?

—No deberíais haberlo hecho —los miro uno a uno—, ha sido un gran error... Pero gracias.

—Ha sido guay —dice Jacob encogiéndose de hombros, chocando la mano a Premium para que un segundo después ambos finjan estar super arrepentidos.

—Entonces, ¿ya está? —pregunta Ace—. ¿Vamos a la policía?

—Yo conduzco —dice Zayne.

—Yo no lo haría todavía —dice Anthony levantando una mano.

—¿Por qué no? —pregunta Jonathan.

—Porque podemos conseguir más pruebas —digo mirando a Naomi.

—Exacto —dice Anthony.

—Y no solo algo más de Octavius —sigue Tyler—. Sabiendo que Benjamin también está en el ajo, podríamos conseguir algo de él también. Una conversación privada con Naomi en el hospital, de la que no tenemos pruebas, no será suficiente contra alguien tan poderoso como Benjamin Simons.

—¿Cóooooo? —pregunta Dixie—. ¿Benjamin en el ajo?

—¿De qué conversación estáis hablando? —pregunta Anthony.

Esa noche tardamos mucho en irnos a dormir.

Hay mucho que planear.

Capítulo 25

Naomi

Son las cinco de la mañana y no puedo dormir. Sé que Sarah estará empezando su turno ahora y me apetece ir a verla, pero ni siquiera estoy en el hotel, hemos dormido en el del grupo. Incluso Isabella ha venido.

Pienso en escabullirme, pero un retortijón en el corazón me impide hacerle eso a Adler, sabiendo cómo se pondrá cuando no me encuentre. Así que lo despierto, intentando no interrumpir el sueño de Jonathan, en el sofá cama, ni de Dixie y Premium en la cama de al lado.

A penas puedo sacarlo de la cama. *Soy una persona horrible.*

—Te lo recompensaré —le beso antes de salir al pasillo, colgándome de su cuello, incapaz de contener el éxtasis y la euforia del éxito que ya toco con los dedos.

El aire huele a venganza.

—Ten cuidado, mi amor. Tus heridas —recuerda en susurros cautos, mirándome el cuerpo como un templo sagrado.

—Mi amor —repito—, has vuelto a decirlo.

Se despierta lo bastante como para ponerse rojo.

Mi león, mi ángel de la guarda.

—Tenemos una hora para que convenzas a Sarah de que te prepare un batido de mandarina a las cinco de la mañana, pero si sigues mirándome así... me vas a obligar a romper mi promesa.

—¿Qué promesa?

—La de no tocarte de verdad hasta que te cures.

Yo lo mato. A besos, si eso.

—Adler, me has salvado. Nos has salvado a los dos. Como prometiste.

—Técnicamente han sido Jacob y Premium —dice nombrando a su familia, que siguió la

idea que *él* tuvo.

—No importa quien marque en portería, el equipo entero se lleva la medalla —abro la puerta y salimos al pasillo.

Los dos acordamos con una mirada no pensar en lo que vendrá después para nosotros. En lo que ni siquiera tener a Octavius pillado por los huevos nos permitirá tener. Decidimos disfrutar del sueño un poquito más.

Cruzamos la calle cuando todavía es de noche y se me escapa la risa.

—¿Qué? —pregunta sonriendo, aunque no tiene ni idea.

—Nada, solo pensaba en que al final sí vamos a tener nuestra cita.

—Sí, aunque mucho más vestidos de lo que lo hubiéramos estado ayer.

—Con la delicadeza con la que me tocas, no podríamos divertirnos de verdad ni aunque estuviéramos desnudos.

—Es cierto, mi promesa...

—Jenkins, son arañazos, no voy a romperme.

—Yo sí, si te acaba pasando algo sí me rompería.

Mi corazón de cristal se hace pedazos cuando lo golpean con semejantes emociones.

Entramos en el hotel de Benjamin Simons como lo hizo el caballo de Troya: sin alertar a nadie del peligro. Lo encontramos bastante vacío. Aunque sí que hay algún que otro deportista con ropa de correr listo para su primer entreno del día, el resto es silencio.

—Antes de ir a ver a Sarah, ¿podemos pasar por mi habitación a por las lentillas y comprobar que Katastrofe y Mi-Miau no se han acabado toda la comida?

—Después de ti —subimos al ascensor y en cuanto las puertas se cierran me doy cuenta de lo maravilloso que me resulta algo que durante años me aterró, si es su mano la que me sostiene.

Lo mucho que cambia tu mundo cuando metes a un Adler Jenkins en tu vida.

Dudo si es esto de lo que hablan todos esos libros románticos con los que me acompañaba cuando estaba más sola que la una, viajando de aquí para allá con una carrera brillante y muy poca gente con la que celebrarlo.

Dudo también si es de lo que hablan las canciones tristes sobre amores perdidos que te rompen y te cambian para siempre. Porque una parte de mí está segura de que para arrancar a Adler Jenkins de mi corazón, habrá que hacerlo polvo y aun así, seguirá en el aire. *Aire con olor a incienso y almizcle.*

Bueno, al menos así, seguirás conmigo allá donde vaya.

—Sea lo que sea lo que estás pensando, para —su voz es ronca, profunda, masculina, casi un gruñido.

Su mirada se oscurece logrando que el oro resalte todavía más. *Igual que las estrellas en el cielo.* Su mano llega hasta mi mejilla, hasta el lado sin arañazos.

—Estaba pensando en el súper batido que voy a suplicarle a Sarah.

—Eres una mentirosa —respira cerca de mis labios.

Una Capuleto es lo que soy, y tú un Montesco.

—¿Por qué no estás aprovechando los veinte pisos que tenemos por delante?

Adler Jenkins no me besa: me come. Me da la vida. Me transporta al paraíso. Es imposible no pensar en lo que haríamos juntos si pudiéramos, en lo lejos que llegaríamos.

De repente, pierdo el equilibrio, me caigo sobre él, me agarro como puedo a sus hombros y él frena el golpe con la espalda.

—No me lo puedo creer —gruño.

—Tranquila, Naomi.

—Se acaba de parar el ascensor.

Sip. Porque eso es lo único que saben hacer, por lo visto. Me da la risa floja. *Estábamos en la veintiséis, a punto de llegar a la veintisiete.*

—Eh, Naomi, no pasa nada —dice en tono suave. Me acaricia el rostro con dulzura desmedida—. Estoy aquí, preciosa. Estoy contigo. —Tira de mí hacia el suelo teniendo excesivo cuidado con el corte de mi pierna. Se me acelera el pulso, pero por más razones que la claustrofobia—. Salimos de aquel, ¿no?

—Sí, salimos.

—Este será igual.

Igual no. Porque el poder que manejas ahora sobre mí es de escándalo.

—Adler Jenkins...

—¿Qué? Dime.

—Que pareces capaz de curarme incluso la claustrofobia —digo arrancándole una sonrisa full-hoyuelos.

Ay, mis ovarios.

—¿Qué cojones le pasa al ascensor? —dice alguien afuera, en algún punto por encima de nuestras cabezas—. ¿Es que no hay nada que funcione bien en tu puto hotel?

—¿Puedes centrarte en lo que estamos hablando, Waylen? Es importante. ¿Te las has

tomado o no?

—Sí, pues claro que me las he tomado, juego en una hora. A estas alturas sé bien cómo funciona tu mierda.

Reconocemos las voces al instante. Adler saca el móvil y soy yo la que tira de él hacia arriba para ponernos en pie, por miedo a que la grabación no los alcance.

—Necesito mejores resultados. La gente no querrá ver un documental sobre el jugador modelo, la gente quiere violencia, quiere sangre y si no me la das, no sé de qué me sirves.

—¿De qué cojones vas, Benj? Voy a darte un huevo de publicidad cuando hunda a esa pareja en tu puerta. Vas a poder echarlos como ratas. ¿Cuántos crees que se colocarán a tu lado con tal de mirarlos por encima del hombro? El año que viene será tu mejor año.

—Me prometiste meter a más jugadores en el tráfico de mis fármacos y estás fracasando, no te vayas por las ramas intentando contentarme con un hueso cuando me habías asegurado el esqueleto entero.

—Eh, suéltame —oímos algo similar a un tirón de ropa—. Para que te enteres, yo no fracaso en nada de lo que hago. No es mi puta culpa si todos a los que me acerco son unos rajados que no quieren ser mejores jugadores.

—Juega con Jenkins hoy. Arregla el estropicio de partido que hiciste con él.

—Dalo por hecho. Jenkins hará lo que yo diga a cambio de un par de días más para su zorra.

—Hiérela, ¿de acuerdo?

—Te he oído la primera vez, deja de comerme la oreja. ¡Joder! ¿Qué tengo que hacer para conseguir un poco de bourbon en este antro de hotel?

—Hay más ascensores, Octavius. Esta conversación no ha terminado.

Silencio.

Mi corazón golpea con tanta fuerza que duele, siento que me va a estallar. Tengo ganas de vomitar, pero no por la claustrofobia. Adler baja el brazo despacio y acerca el teléfono a mí. Veo que en vez de una grabación, ha hecho un audio en una conversación de un chat llamado «all the single ladies».

—Dale tú a enviar —pide porque sigue en la bandeja de texto.

—¿Por qué yo? —pregunto aterrada y sigilosa.

—Porque dijimos juntos.

Qué ridiculez y qué nerviosa me pongo.

El botón de eliminar está en el extremo opuesto al de enviar, no es tan difícil y aun así, me siento como en las olimpiadas. No fallo, pero se queda cargando. El audio no se enviará hasta que salgamos del ascensor y lleguemos a un lugar con cobertura.

—Ahora si el ascensor se cae, nuestras muertes no serán la única tragedia —me burlo.

—Así que tú también lo has oído. Ha pasado de verdad.

—Dios, sí, y es peor de lo que pensaba. ¿Y si no caemos y nadie sabe que Benjamin Simons vende droga?

—No vamos a caernos.

—No deberías afirmar cosas que... —Me da un tirón pegándome a su pecho, con una deliciosa brusquedad que he añorado horrores.

—No se va a caer, Naomi Nasher.

—¿Por qué no?

—Porque por ti dejo de jugar al hockey. Por ti espero cuarenta y ocho horas a llamar a la policía. Y porque después de todo lo que hemos vivido, parar un puto ascensor no parece ni siquiera un reto.

—*Adler.*

Me aferro a su cuerpo cuando el ataúd metálico en el que nos hemos metido de forma voluntaria, da un tirón. Cierro los ojos con fuerza cuando el tirón se convierte en un traqueteo. El ascensor se zarandea y entonces se pone en marcha. Las puertas se abren en la veintisiete y asomo la cabeza despacio y con cuidado, pero no hay nadie en el pasillo.

En cuanto Adler entra en mi habitación, el mensaje se envía al grupo y ambos soltamos un jadeo de alivio.

All the single ladies

Adler Jenkins

(Audio)

—¿He de suponer que en ese chat están todos tus ligues? —acaricio a Kat y Mi-Miau.

—Sí, Naomi, exacto, aquí están mis grandes amores —me fulmina con la mirada deslizándolo por la pantalla, dejándome leer Anthony, Jonathan, Zayne y el resto de nombres del grupo.

—Oh —desvío la mirada—. Bueno, tampoco tenías por qué enseñármelo. —Carraspeo y

huyo al baño.

Salgo cinco minutos después con las lentillas puestas y no me gusta lo que veo escrito en su cara.

—No.

—Naomi —alza las manos en son de paz—, escúchame. Si lo hacemos, lo tendríamos cogido de todas las formas posibles.

—Ni de coña, Adler.

—Escúchame.

—Ha dicho que va a hacerte daño. No.

—Que lo intente. —Se encoge de hombros.

—¿Y si lo que se toma le hace más fuerte y consigue lo que se propone?

—Estoy muy seguro de que ya lleva tiempo tomándose lo que sea que Benjamin le da. No tienes de qué tener miedo, puedo con él.

—Adler, no vas a jugar con Octavius. Punto. Como tu entrenadora te lo prohíbo.

Adler no exhala, se convierte en un huracán frustrado, su aire se hace con toda la estancia y ni siquiera te pide permiso antes de volarte la casa.

—De acuerdo —cede—, no jugaré.

Que se lo diga a su cara, no parece convencida del todo.

De camino al salón del desayuno no encontramos a nadie. Al llegar, las paredes de madera oscura hacen eco al bofetón que obliga a Sarah a llevarse una mano a la mejilla.

Hijo de la grandísima puta.

—Haz bien tu trabajo si no quieres perderlo —dice Benjamin—. Averigua de qué hablaban anoche Smith y Arethon antes del mediodía o mañana no tendrás dónde volver.

Tiro de la camiseta de Adler porque Benjamin se marcha y que se la devuelva multiplicada por mil sería satisfactorio, pero no es lo que Sarah se merece. Eso me digo a mí misma para no saltarle encima con un grito de guerra y arañarle la cara hasta dar con el hueso.

—Adler, Adler, espera —insisto cuando no parece ni siquiera oírme—. Sarah merece algo mucho mejor que eso. Mejor incluso que devolvérsela tan fuerte que le ponga la cabeza de maltratador del revés.

—Tienes un plan —dice sin mirarme, con los ojos en la nuca de Benjamin.

—Claro que tengo un plan —entro en el comedor cuando asiente una vez y ni siquiera entonces las tengo todas conmigo de que no lo persiga. En cuanto Sarah nos ve, se le abren los

ojos con espanto—. Dime que es la primera vez que pasa.

—Naomi. Adler. —Se limpia la comisura de los ojos para no derramar las lágrimas—. No sé qué habéis visto, pero no...

—Podemos ayudarte, Sarah —susurro mientras le sujeto las manos en tono bajo—. Pero necesito saberlo, ¿por qué no has dicho nada?

—¿Decir algo? —Se le llenan los ojos de lágrimas—. La justicia no existe cuando eres pobre y el que comete el crimen tiene un séquito de abogados capaces de llenar este maldito salón. He tenido jefes como él, al menos este cabrón paga bien.

—Hoy sí existe, Sarah.

—No volverá a ponerte una mano encima —prometo.

—¿De qué estáis hablando?

Compartimos una mirada. *No podemos decírselo hasta hablar con la policía. Es demasiado arriesgado.*

—De acuerdo, no me lo digáis. Pero si alguno tiene algo contra él, lo que sea, quiero ayudar. Si el barco se hunde, seré la primera en romper las ventanas para que el agua entre más deprisa.

Estamos con ella hasta que empiezan a llegar huéspedes. Así si Benjamin vuelve, no tendrá la osadía de repetirlo.

Entro en el vestuario con él, aunque va del todo contra las normas. El ambiente está raro, la presión no deja de crecer y eso que el día apenas acaba de empezar.

—¿Estás nerviosa? —pregunta depositando un beso en mi cuello, en una franja que no marcaron los cristales.

—Mucho —acaricio las heridas que Octavius le hizo en la cara.

—También estamos juntos en eso. —Me sonrío y luego se quita la camiseta.

—Dios mío —jadeo ante semejante exhibición de músculos.

Se le tensa el cuerpo y a mí me da sed.

Adler empieza a ponerse el uniforme de juego porque solo tenemos cuarenta y cinco minutos de estudio antes de que le toque la primera sesión de grabación del día y si se viste ya, ganamos un poco más de tiempo. Ha tenido una buena idea.

—¿Echas de menos North Star? —pregunto dejando mi móvil en el banco frente a su taquilla, estirando los músculos.

—Mucho —pierde los pantalones.

—¿Algo en especial?

—Vivir en casa, no estoy hecho para hoteles. Podrás comprobarlo por ti misma —dice y no es la primera vez que menciona que quiere que vaya con él a esa casa una vez terminemos de trabajar.

Pero no puedo pisar North Star.

No tenemos un futuro.

Y no quiero pensar en eso ahora.

—Dios, Adler, ¿te digo lo suficiente lo guapo que eres?

Se ríe por lo bajo y se atreve a sonrojarse. Me atrae hacia sí, me inclina el rostro y me besa de forma lenta y minuciosa, saboreando cada rincón de mi boca, deleitándose con mis jadeos de placer que con tanta facilidad se convertirían en gemidos.

—Alguna que otra —me besa la frente y me suelta, pero las ideas impuras ya han volado hasta mí.

Solo Adler Jenkins podría obligarme a pensar en sexo cuando estamos en pleno apocalipsis de hockey. Adler remolonea en ponerse la parte de arriba, eligiendo primero todo lo demás.

—¿Has echado un vistazo a las vistas? —pregunta moviendo la cabeza hasta la pequeña ventana que hay al fondo del vestuario.

Sacudo la cabeza y camino hasta ella. Como está un poco alta, me subo al banco de madera clara y solo entonces suspiro ante las increíbles vistas de un jardín lleno de flores silvestres que se funde con el cielo azul como el mar lo hace con la arena. Amarillo, púrpura, rojo y blanco son los colores que destacan por encima del verde de las hojas de los arbustos, de la misma forma que el oro resplandece en el iris de Adler.

—Es precioso.

—Lo es, ¿verdad? —Oigo la taquilla cerrarse, pero no soy capaz de despegar la mirada.

—No debería estar oculto en la parte de atrás —digo aunque teniendo en cuenta la pendiente que hay, es evidente que no está hecho para que nadie deambule por ahí.

—La ventana se abre, mi amor, no vas a quedarte encerrada, ¿de acuerdo?

—La ventana se... Espera, ¿qué? —Me giro y le veo con las botas en la mano, sujetando la puerta del vestuario *muy* lejos de mí. *No*. Se me pone la piel de gallina, mi cuerpo se estremece mientras me horrorizo y las lágrimas vuelan hasta mi ojos—. Adler, no te atrevas.

—Solo le dejaré intentarlo, te lo prometo.

—¡Adler! —grito, corro, pero no hay nada que pueda hacer, la puerta se cierra y cuando llego hasta ella ya es tarde.

Intento accionar la maneta, pero no baja, ni siquiera se inmuta.

—Ace vendrá a por ti en cuanto termine, si no puedo hacerlo yo. Abre la ventana y respira profundamente. No tardaré, mi amor.

Golpeo la puerta con fuerza, pero él se marcha, me deja atrás. Las lágrimas se me atascan en la garganta, resbalan por mi cara quemándome las mejillas. Si no fuera a matarme en el intento, saltaría por la ventana ahora mismo, pero ni siquiera me molesto en abrirla.

Busco mi móvil para llamar a Zayne, para utilizar la carta que me dio cuando dijo que podía contar con él, ¡porque puede que me esté dando un ataque, pero mi cerebro todavía funciona con lógica! No está por ninguna parte. *Yo lo había traído, lo tenía conmigo hace un segundo.* Entonces me doy cuenta: lo ha metido en su taquilla.

Capullo traidor.

Te odio Adler Jenkins, te odio con toda mi alma.

Grito pidiendo ayuda, golpeo la puerta, tiro de la maneta y le doy patadas con el pie hasta que el dolor irradia por toda mi planta, pero no sirve de nada, está bloqueada como si se hubiera vuelto de piedra. *Adler ha debido poner algo al otro lado y no consigo que ceda, y menos que se rompa.* Pruebo más suerte con el candado de la taquilla porque tal vez así pueda llamar y pedir ayuda a...

—¿Naomi? —Una voz masculina me llega desde el otro lado del pasillo.

—¿Jacob? ¡Jacob!

—Estoy aquí.

—Jacob, sácame de aquí. ¡Estoy encerrada!

—Te juro que voy a sacarte en diez minutos, Naomi. Tú respira. ¿Has abierto la ventana?

—¿Estás de puta broma? ¡Octavius le va a hacer daño, Jacob!

—Sabemos que va a intentarlo, hemos oído el audio y también la policía. Ya vienen de camino.

—¡Jacob, escúchame! No sabemos de lo que es capaz Octavius, ¡si le hace daño de verdad puede perder su último puto año de universidad o incluso algo peor! ¡Déjame salir de aquí ahora!

No lo hace, no cede, porque su lealtad a Adler es mayor a la que me tiene a mí. Mi enfado no deja de crecer, igual que mi impotencia y desesperación. Por suerte todavía me queda algo de ingenio. Golpeo uno de los bancos con mi cuerpo y caigo al suelo.

—¿Naomi?

No contesto, al principio ni siquiera me muevo. En cuanto se inquieta, me arrastro hasta el hueco de detrás de la puerta. Jacob es listo, pero también inocente.

—Por favor, dime que no has perdido el conocimiento. —Maldice y ahora es él quien golpea la puerta—. ¿Naomi? Si esto es una broma, por favor, para, soy un tío sensible. Oye mira, no me gusta tener que hacerte esto, créeme que Adler también lo odia, pero... ¿Naomi? Joder, me cago en la puta.

Jacob es enorme, no puedo dejar que me eche el guante o no tendré forma alguna de escapar. Por eso contengo la respiración cuando la puerta roja empieza a abrirse poco a poco.

Le dejo entrar. Veo su nuca. La tensión que emana de su cuerpo mientras vuelve a llamarme. Es una suerte que el vestuario tenga forma de «L» y haya una parte que no se vea desde la entrada. Jacob está junto a la ventana y se gira cuando oye mis pasos, pero para entonces yo ya he rebasado la puerta y dejado atrás el stick de hockey que estaba bloqueando la maneta.

Llego a la pista y hay sangre sobre el hielo, no sé a quién pertenece porque ambos se mueven muy rápido y todavía les siguen grabando. Oigo a Zayne y a Ace de fondo, discutiendo a gritos con el director de la grabación acerca de la escasa ética y moral de su trabajo, pero hay un stick roto en la pista y no tengo claro quien lo empuña.

Me meto en el hielo y resbalo hacia Adler y Octavius. Creo que oigo sirenas, no estoy segura.

De repente le veo, veo como lo aplasta contra el hierro, cómo se sube sobre su espalda y lo inmoviliza. Si Octavius hace un solo movimiento con los brazos, Adler podría cortarle con las cuchillas de sus patines.

Caigo de rodillas cuando alza la cabeza y se le cae el casco, revelando una herida abierta en su frente que no estaba ahí antes y sangra mucho.

—Adler.

—Estoy bien.

—No estás bien —sollozo—. ¡Y no lo estarás después de que te curen porque voy a matarte!

—Tu novio me ha tocado los cojones así que voy a rebajar mi generoso límite de tiempo. Último día, zorra —interrumpe Octavius con la cara en el hielo—, hora de pagar tu deuda.

Tiene razón, hoy el Karma saldará su deuda, pero no como él cree.

Se ha acabado.

Capítulo 26

Adler

Tres meses después

El evento es una locura y hay cámaras por todas partes. Son las siete de la tarde cuando entro en el hotel donde se celebra la rueda de prensa. El hecho de que sea un laberinto me viene de cine para alejarme del bullicio.

Llego a la sala que tiene mi nombre escrito en un letrero en la puerta y dentro encuentro a Landon y a Nick, mi agente deportivo.

—Llegas tarde —dice mi severo entrenador.

—Faltan diez minutos para la hora que me pidió que estuviera aquí, señor.

—Pues te han faltado diez minutos para llegar muy tarde. Siéntate —ordena y procede a soltarme un sermón sobre el saber estar, no cagarla frente a las cámaras y mantener la boca cerrada cuando la alternativa no es mejor que eso.

Intimida que flipas. Yo creo que es por lo que come: mala hostia para desayunar, mala hostia para comer y súper mala hostia para cenar.

—¿Te queda claro, Jenkins?

—Clarísimo, señor.

—Hoy es el último día de trabajo que tienes con Naomi Nasher, la pobre chica ya ha tenido bastante como para que ahora encima la cagues, ¿de acuerdo? Céntrate en lo que sabes, hablas de hockey y te vas.

Nick, mi agente deportivo, se las apaña para sacarnos de la sala antes de que Landon empiece su segundo sermón y empiece un bucle peligroso que acabe causando un agujero negro que engulla la tierra.

El escándalo que vino con la caída de Benjamin Simons y todo lo que había construido durante su larguísima carrera de snob dio mucha propaganda a todos los jugadores que habían estado ahí en el meollo de la cuestión. Yo no fui ninguna excepción.

Siguiendo las órdenes de Landon, nunca hice declaraciones sobre el tema, obligando así a la prensa a centrarse en mi juego. *No te confundas, las que hice, pero solo delante del juez. Con eso fue suficiente.* Dicha decisión propició el éxito (brutal) del documental de Robert Jeden. Un éxito mayor al de ningún otro porque la verdad siempre se acaba sabiendo y el público es consciente de que Naomi y yo fuimos los que tiramos de la manta.

Entramos en la sala y Naomi ya está tras la mesa de micrófonos. Solo oigo flashes de cámara. Acelero el ritmo para acabar cuanto antes, paso por su lado rozando su silla con dos dedos de manera inconsciente y ocupo un asiento a un par de metros del suyo.

—Adler —Naomi hace un movimiento de cabeza y me regala una sonrisa breve y cordial que veo a través de las gafas de sol.

Correspondo su saludo con otra similar.

—Naomi.

Tiene el pelo más corto que la última vez que la vi, pero no le echo un segundo vistazo. Esperamos a que los periodistas se sienten.

Saludo a Sarah con la mano, ya que una vez más, está entre el público. Ella fue un factor clave, tal y como predijo Naomi. Gracias a sus alegaciones de maltrato físico, la policía se hizo con las cámaras de seguridad y al tirar de ese hilo, se descubrió un pastel todavía mayor.

No era a la única empleada a la que pegaba. Por lo visto, Benjamin no hacía discriminación ni de género, ni de edad, y a medida que sus empleados se fueron de la lengua, más y más años fueron sumándose a su sentencia.

Con la cuantiosa indemnización que Sarah recibió, abrió su propia cadena de restaurantes y teniendo en cuenta el Lexus que ha aparcado en la entrada, diría que le va bastante bien.

—Podemos empezar la rueda de preguntas —dice Sophia, la mujer que organiza el evento de hoy, la misma que ha delimitado el número de periodistas que podían entrar en la sala—. Sport-Nebraska, adelante.

—Mi pregunta es para Jenkins, ¿qué se siente al haber sido reclutado por la NHL antes de acabar la universidad?

—Es un honor. Me muero de ganas de meterme en la pista con el nuevo equipo, pero por desgracia voy a tener que esperar a graduarme. ¿Alguien tiene una máquina del tiempo que

pueda prestarme?

Las risas son más frecuentes a medida que avanza la entrevista.

—Naomi Nasher, en el *Hockey Texas Bulletin* hemos oído que ya ha elegido a su nuevo alumno, Izhan Gallenger, y que empezará a trabajar con él la semana que viene. ¿Augura un resultado tan bueno como el de Adler Jenkins?

—Jenkins evidenció ser un gran jugador en la pista mucho antes de que yo trabajara con él. Mucho me temo que si se ha convertido en mi mayor éxito ha sido por quién es, y no tanto por mi labor.

—¿Está diciendo que no volverá a repetirse semejante nivel de éxito?

—Estoy diciendo que espero poder ayudar a muchos jugadores el resto de mi carrera. El resultado que obtendremos juntos se verá con el tiempo.

Juntos.

—Jenkins, desde el News Daily Hockey nos gustaría saber qué acciones legales ha tomado contra la agresión de Octavius Waylen.

Sophia salta de su asiento como si hubiera un muelle.

—Les recuerdo que no se responderán preguntas que no tengan que ver con el documental de Robert Jeden y Scarlet Smith, o bien con el entrenamiento de la señorita Nasher.

Me pregunto por qué Scarlet y Robert se libraron de esto después de dos o tres eventos. Menuda suerte.

Las preguntas acaban una dolorosa eternidad después y soy el segundo en salir de la sala. Voy a la azotea como acostumbro a hacer mientras Nick termina de ser políticamente correcto con todo el mundo y estrechar la mano a un par de peces gordos porque “siempre va bien tener contactos en los medios de comunicación”.

El cielo se vuelve naranja cuando el sol se pone en el horizonte. Entonces escucho su voz en el viento.

—Has estado bien, Jenkins.

Me doy la vuelta y la veo. *No está en mi imaginación.*

—Y tú has devuelto hasta las bolas curvas que te lanzaban, estás hecha una profesional. Casi pareces una abogada.

—Sí, bueno, es que Matthew me ha estado dando algunas clases en secreto.

Extiendo la mano en su dirección cuando llega hasta mí.

—Ha sido un placer para mí trabajar con usted, señorita Nasher.

La mira durante un instante y luego la acepta.

—Lo mismo digo, Adler Jenkins.

Me suelta rápido y se apoya en el borde de la gruesa y ancha barandilla para admirar las vistas. *Hoy no solo es un día especial por eso, mientras hablamos están derruyendo el hotel unido al complejo deportivo de Benjamin. Se deshizo de él por una miseria porque nadie quería que lo relacionaran con el maltratador-camello-corrompe-jugadores de Simons.*

—Adiós a la organización de Benjamin Simons. Joder, cuesta creer que de verdad haya acabado.

—Ojalá alguien tomara el relevo y creara algo bueno para los aspirantes de las grandes ligas —dice con mirada de soñadora—. La misma idea, pero sin corrupción.

—Suenas genial.

Naomi habló con la policía sobre la visita inesperada de Benjamin Simons en el hospital, después de que los amigos de Octavius Waylen destrozaran mi coche con ella dentro. Después de que la policía recibiera nuestro audio y encontrara un coctel de droga en las venas de Octavius, la cosa se puso fea para él.

Digamos que cuando recibieron el resto de grabaciones, Waylen ya tenía puesto el mono naranja.

Una vez la policía miró en su dirección, ni siquiera el dinero de sus papis pudo salvarle de todo el mal que había hecho. Es una pena, pero al menos Ethan le hará compañía desde la celda de al lado. *En cuanto a las grabaciones comprometidas de Naomi y mías... fueron requisadas por la policía como pruebas cuando registraron su casa. Nunca verán la luz.*

Esto sabe mucho a final feliz, ¿no te parece?

—¿Naomi? —me quito las gafas de sol.

—¿Adler?

—¿Por qué narices te has cortado el pelo?

—Sorpresa, sorpresa. —Sacude la melena y con la ayuda del viento, me inunda los pulmones de coco—. Solo ha sido un escalado para que se me rice más, ¿te gusta?

Joder si me gusta. Tiro de ella y me hundo en su boca. Pego la espalda contra la barandilla y me la traigo a mi pecho agarrándola del culo en un débil y patético intento de que no se me escape.

—Dijiste que no te pondrías vestido. Menuda tortura —digo acariciándole la cintura, más o menos a la altura que empiezan las flores azules.

Más o menos a la altura a la que me gustaría subirle la falda.

—Es lo que te mereces después de todas las cosas que has estado diciendo de mí entrevista tras entrevista.

—No he dicho nada que no sea cierto.

—«Le daría todo lo que tengo para que alargara el entrenamiento y se quedara conmigo un día más» —me besa—, «lucharía cualquier batalla si el premio fuera convertirla en mi entrenadora personal. Pero cualquiera que la conozca sabe que Naomi Nasher no es ningún premio. Es el sol y nosotros solo tenemos suerte de vivir en la Tierra».

—Es una pena que no seas sobornable.

—En TikTok ya hay gente haciendo montajes de nosotros. Dijimos que guardaríamos las distancias y te ha faltado besarme.

—Hay muchas otras cosas que podría haberte hecho en plena rueda de prensa que habrían sido mucho más explícitas. *Au* —me quejo cuando me pega tan flojo que parece que Mi-Miau se me haya caído encima.

—No te lo tomes a broma, es serio —suspira—. Cualquiera diría que no aprendimos nada del susto que nos dio Octavius.

—Sí, aprendimos que por amor merece la pena luchar y correr riesgos. Y que a veces, si cuentas con algo de suerte, puedes ganarlo todo. —Atraigo a mi «todo» hacia mí y le beso la frente.

—Correría el riesgo contigo una y mil veces, Adler. —Se estremece.

—Bueno, en ese caso, supongo que no me queda otra que aceptarlo...

—¿Puedes dejar de hablar y besarme de una vez?

—No, todavía estoy lidiando con el hecho de que vas a irte de Indiana mañana.

—El deber es el deber —dice acariciándome el cuello, pasando los dedos por mi pelo—. Pero siempre volveré a ti, Adler Jenkins, porque tú eres mi hogar.

El corazón me da un puto vuelco.

Lo hemos conseguido. Nuestra última labor oficial juntos termina hoy. De ahora en adelante, si alguien nos descubre... no.

No, no van a descubrirnos.

Los dos somos lo bastante tercos y perseverantes como para conseguirlo.

Entonces la beso y sellamos el trato.

All the single ladies

Ace Crawford

Cuando dejéis de follar como posesos en el baño que sea que estéis,
Os esperamos fuera para celebrarlo



Jacob Bolton

SOIS LIBRES!!!!

Más o menos

Tyler Jones



Epílogo

Naomi

Seis años después

—¿Puedes dejar de torturarme? —suplico retorciéndome entre convulsiones de placer.

No. No puede. Me lo deja claro cuando hunde su polla en mi entrada un par de escasos centímetros.

Ni sé cuánto tiempo ha estado comiéndome, jugando conmigo y ahora desliza su arma por mis labios, dejando que el aire se electrifique con anticipación y un futuro prometedor.

—Te quiero solo para mí, Naomi —hace temblar mi clítoris con los latidos de su polla y sus insistentes caricias, llevándome de nuevo a villa-orgasmo, pero no como deseo—. No sé cómo voy a poder compartirte.

Embarazada.

Aún no me lo creo.

—Vas a tener que compartirme conmigo como no espabiles, Adler. —Trato de llevar mis propios dedos a mi entrada, pero no me lo permite.

Me aplasta contra la cama como tanto me gusta, dominándome. Aprovecho para rodearle la cintura con las piernas porque cachonda o no, nunca malgasto mis oportunidades, pero es más fuerte que yo y me vuelve a tener abierta y expuesta con un par de besos profundos.

—¿Esto es lo que quieres? —me penetra con dos dedos largos de golpe y chilló desesperada.

Empieza a masturbarme y coge velocidad enseguida. Besa mi pezón, lo atrapa entre sus labios y luego se mete mi pecho entero en la boca.

—A ti es... a quien quiero, tan dentro de mí que... no reconozca mi propio cuerpo,

¡ahhhhh! —gimo, chillo su nombre y él se regodea—. En una hora se hará de día y tenemos las cortinas corridas, todos nos verán.

—¿Y eso te asusta? ¿O te pone?

—Me pone, ¿puedes hacer el favor de follarme como quiero de una vez?

Adler se desliza por mi cuerpo y veo cómo se agarra la polla y se da un par de sacudidas mientras no me quita ojo de encima.

—Estás preciosa cuando te corres, ¿te lo he dicho alguna vez?

Vuelvo a chillar cuando su barba da contra mis pliegues. Adler succiona con fuerza bruta mientras curva los dedos hundidos en mi coño sin piedad. Convulsiono con una intensidad que por poco me rompe y obtiene de mí lo que buscaba.

Estoy empapada, echa un desastre y él todavía no se ha corrido ni una sola vez.

Jadeante, me levanto de la cama y empujo las palabras fuera de mi garganta, como bien puedo.

—Me voy a la ducha, *sola*. A darme lo que necesito. —*Como si pudiera*.

Me atrapa, me enjaula contra la pared con el cuerpo que considero mi templo personal de amor y placer. Se frota contra mí y dándome lo que quiero, me penetra de una sola sentada.

Hasta el fondo.

—*¡Adler!* —me arranca todo el aire.

Mis terminaciones nerviosas se vuelven locas.

—Mi chica impaciente —dice entre gruñidos animales dignos de una bestia.

Nos volvemos uno. Nos besamos con el ansia de dos hambrientos moribundos. Contraigo los músculos internos haciéndolo mío, succionándolo dentro, cargándome su odiosa disciplina y su control.

Las embestidas se vuelven más frenéticas e intensas. Me salgo de su boca y sus labios acaban en mi cuello. Me la mete de forma desenfrenada, perfecta. Me da todo lo que quiero y más.

—Eres un puto sueño, Naomi Nasher.

—Naomi *Jenkins* —corrijo a mi marido el despistado.

—Hostia puta —gruñe hundiéndose más en mí, enterrando su polla en límites desconocidos, sacándomela solo para adentrarse de nuevo con más ímpetu.

—Córrete dentro de mí, *mi amor* —susurro cerca de su oído antes de morderle el lóbulo—. Córrete y demuestra a quién pertenece mi coño.

Se tensa en un espasmo soltando un sonido fiero y gutural.

Se corre, vaya que si se corre.

La calidez se derrama en mi interior con la potencia con la que el orgasmo lo rompe en mil pedazos. Su polla palpita dentro de mí como un corazón enamorado que no tiene miedo a nada.

No puedo resistirlo, consigue que me corra otra vez y chille su nombre tan alto como para romper las ventanas. *Multiorgásmica. Lo que no me haya hecho Adler Jenkins...*

Entramos en la ducha y de ahí no hay quien nos saque en otros cincuenta minutos. *Eh, no es mi culpa, cuando me casé con Adler dije que estaría con él en lo bueno, en lo malo y... en lo buenísimo.*

—Banny va a tener una nueva amiga —digo acariciándome la barriga después de que me envuelva en la toalla—. Se llevarán once años, pero no es tanto, ¿no?

Me abraza desde detrás.

—La problemática de la diferencia de edad es un cuento chino —me besa el hombro y cuando sube al cuello lo hace con la boca bien abierta.

Me deja las rodillas de gelatina.

—Si no míranos a nosotros —sigue—. Tengo la edad que tenías tú cuando nos conocimos, lo cual significa que tú ahora tienes...

—Termina esa frase y muere. —Me giro en su abrazo y le llevo las manos a las mejillas con un suspiro dramático—. Dios, me voy a poner enorme.

—He leído por ahí que después del embarazo la sensibilidad puede aumentarte *mucho*.

—Encima Dixie es la embarazada más guapa que ha visto nunca la faz de la tierra. En serio, ¿tú la has visto? ¿Es que esa mujer suda purpurina o qué?

—Sinceramente, no entiendo cómo podrías ser más sensible si te corres tan rápido que me obligas a perder la cuenta.

—¿Me estás escuchando?

Me da la vuelta y me lleva al espejo.

—Mírate y dime cómo la mujer de mis sueños puede ser otra cosa que imponente y preciosa. Atrévete.

Me encantaría verme a través de sus ojos. En algunos momentos, como ahora, casi tengo la sensación de poder hacerlo.

—Claro, así embarazas a cualquiera —le gruño.

Quedamos en tres hijos, tres es un buen número. *Espero que en mi tercer embarazo no me*

salgan trillizos, si no va a ser la risa.

—Eres perfecta, Naomi Jenkins. Y nuestra hija lo será también porque la hemos hecho juntos.

Se me curvan los dedos de los pies.

—Si no estuviera casada contigo, me casaría ahora mismo.

Nadie se enteró de lo nuestro hasta la boda y eso que nos pasamos mucho tiempo creando la coartada perfecta por si nos pillaban. Todo empezó cuando Zayne encontró una foto de Adler y mía, de un año antes de trabajar juntos. Por lo visto, coincidimos en un evento de cazatalentos, yo voy vestida de empresaria y él lleva un chándal de North Star. *Ahora está colgada en la nevera de nuestra casa.*

Pensábamos decir que empezamos a salir mucho antes de trabajar juntos, pero nunca nos hizo falta. *Esto ha sido cosa tuya, ¿verdad Stacy? Estás ahí arriba procurando que no meta la pata, dedicándote a arreglar mis estropicios, ¿a que sí?*

Pierdo la toalla y acabamos necesitando otra ducha.

—Íbamos con tiempo de sobra, nos hemos levantado muy temprano, ¿cómo se nos ha hecho tan tarde? —Corro de un lado a otro intentando encontrar dónde está el pendiente que me falta, que es el único que me combina con mi traje rosa pastel de la suerte.

—Si quieres te lo cuento, pero te advierto que mis explicaciones vienen con toda clase de ejemplos detallados —se muerde el labio.

—Adler Jenkins eres un peligro —lo señalo mientras corro y él tiene la delicadeza de dejar mis altos tacones cerca de la entrada—. Te quiero.

—Vas a quererme más —dice cuando llega hasta mí con el pendiente, justo cuando decido que no puedo hacer nada con mi pelo porque no tengo tiempo.

Le regalo un buen beso como agradecimiento.

El efecto húmedo de mis rizos se acerca al de niña-salida-del-pozo, pero no pasa nada. Soy la jefa. Además, la alternativa es raparme furiosamente la cabeza y fijo que me arrepiento.

Hoy se cumple un año que abrí mi propia organización. Un espacio para que las jóvenes promesas del hockey se conviertan en la mejor versión que pueden ser. Tengo contratados a un montón de entrenadores que siguen mis técnicas, somos un gran equipo y yo también sigo entrenando a tantos jugadores como puedo.

¿Qué puedo decir? Me encanta el hockey.

—¿Katastrofe y Mi-Miau tienen bastante comida?

—Como para invitar a todos los gatos de la zona a un festín. Cosa que no descarto que hagan en secreto. Por cierto, el grupo ya está allí, con los niños. Matthew y Celine también.

—¿Y Banny?

Se apoya en la pared con una pose sexy y alza la ceja con una expresión peligrosa. *Como si el traje que lleva no fuera bastante...*

—Lleva toda la semana llamándonos para asegurarse de que no se había confundido de día.

—¿Eso es que sí?

—Estaba más nerviosa por hoy que tú, y ya es decir.

—¿Eso es que sí?

Resopla y me mira de esa forma que me puso un anillo en el dedo.

—Sí, Naomi, ¿puedes respirar, por favor?

Qué sonrisa, ¡joder!

—No tengo tiempo.

—Sí que lo tienes, tenemos todo el tiempo del mundo, mi amor. —Me coge de la barbilla y me la alza—. Estoy muy orgulloso de ti.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad, y llevo estándolo desde que te conocí en aquel ascensor. No dejas de sorprenderme, Naomi. Eres una mujer extraordinaria y pienso pasarme la vida ganándome un sitio a tu lado.

—¿Tengo que ir a buscar la Copa Stanley, campeón? —pregunto señalando el salón.

—Tú eres mi mayor conquista, Naomi Nasher. El mayor sueño que he cumplido —me coge de las mejillas y me besa llenándome los ojos de lágrimas y el corazón de todo lo que podré necesitar.

Y pensar que todo esto empezó con un ascensor averiado.

Menudo viaje me espera contigo Adler Jenkins, mi amor.

No puedo esperar.

Athena Paulsen

Agradecimientos

Ay, Naomi y Adler, cuantos problemas habéis... Uy, ¡hola!

¿Es violento que te pregunte cara a cara, mirándote a los ojos expectante, si te ha gustado la historia?

Supongo que sí...

Puedes dejar las estrellas que te apetezcan en una reseña de Amazon, yo me doy la vuelta y no miro, lo prometo



Se me dan fatal estas cosas, (pffff), pero imagínate que te pongo una manta súper suave por encima de los hombros y te sirvo un chocolate caliente en el día más frío de este invierno. Eso siento yo contigo. (Ya, es verano y sí, podría haber escrito una metáfora de una piscina, pero dame cancha, ¿vale? Acabo de terminar una novela)



*Gracias por leer **Tus órdenes y mis ganas**.*

Espero que hayas disfrutado con la lectura, estas historias son posibles gracias a ti :D

¡Nos vemos muy pronto con más historias North Star!

Porque la serie... no termina aquí.

Athena Paulsen

